

EL SECRETO DE

Tulieta



BILOGÍA "MI JEFE" 1

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

EL SECRETO DE

Julietta

BILOGÍA "MI JEFE" 1

Copyright © 2020 Dylan Martis – Janis Sandgrouse

Todos los derechos reservados.

© Autores: Dylan Martins y Janis Sandgrouse

© Imagen de portada: Freepik Premium

© Primera edición en eBook: Agosto 2020

La novela EL SECRETO DE JULIETA (BILOGÍA “MI JEFE” 1) es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

SINOPSIS

Julieta es alocada, pero muy responsable.

A la entrevista que le consiguió Víctor, su cuñado, acude dispuesta a hacerse con el trabajo de secretaria que ofrecen en una importante empresa de una red social.

Con lo que no contaba ella era con un jefe a quien se había propuesto sacar de quicio.

Lorenzo Andrade, un hombre acostumbrado a que sus empleados sigan sus directrices a rajatabla y quien disfruta de la soltería a sus casi cuarenta años.

Su nueva secretaria es descarada, le cabrea, le vuelve loco, pero consigue sacarle la sonrisa y más de una carcajada como nadie.

Una comedia romántica en la que no faltan las locuras de Julieta y donde su secreto podría cambiarlo todo.

CAPÍTULO 1: LORENZO

CAPÍTULO 2: JULIETA

CAPÍTULO 3: LORENZO

CAPÍTULO 4: JULIETA

CAPÍTULO 5: LORENZO

CAPÍTULO 6: JULIETA

CAPÍTULO 7: LORENZO

CAPÍTULO 8: JULIETA

CAPÍTULO 9: LORENZO

CAPÍTULO 10: JULIETA

CAPÍTULO 11: LORENZO

CAPÍTULO 12: JULIETA

CAPÍTULO 13: JULIETA

CAPÍTULO 14: LORENZO

CAPÍTULO 15: LORENZO

CAPÍTULO 16: JULIETA

CAPÍTULO 17: LORENZO

CAPÍTULO 18: JULIETA

CAPÍTULO 19: JULIETA

CAPÍTULO 20: JULIETA

CAPÍTULO 21: LORENZO

CAPÍTULO 22: LORENZO

CAPÍTULO 23: LORENZO

[CAPÍTULO 24: LORENZO](#)

[CAPÍTULO 25: LORENZO](#)

[CAPÍTULO 26: JULIETA](#)

[CAPÍTULO 27: JULIETA](#)

[CAPÍTULO 28: LORENZO](#)

[CAPÍTULO 29: LORENZO](#)

[CAPÍTULO 30: JULIETA](#)

[CAPÍTULO 31: JULIETA](#)

Capítulo 1: Lorenzo



Observé tras los cristales de mi despacho que el sol comenzaba a brillar con más intensidad de lo habitual, se asomaba la primavera en su máximo esplendor.

La taza de café en la mano era mi mejor aliada para afrontar un nuevo día lleno de trabajo y, además, una entrevista para ocupar la vacante de secretaria.

Mi anterior secretaria se había casado con un chico militar y a este lo habían destinado fuera por lo que perdí a la joya más valiosa de mi día a día y fue justo en ese momento cuando me di cuenta de que encontrar otra igual iba a ser misión imposible.

Víctor, mi amigo de toda la vida me pidió el favor de echarle un cable a la hermana de su novia, o sea, a su cuñada que se había quedado en paro después de trabajar tres años en una empresa que ahora había quebrado, por lo que al menos experiencia tenía, solo quedaba entrevistarla.

Faltaban cuatro días para el sábado, el día de mi cumpleaños. Al cumplir cuarenta años iba a celebrarlo como Dios manda y por todo lo alto. Lo estaba preparando todo con mucho ahínco, no iba a permitir que faltara detalle y para eso era muy meticuloso.

Había invitado a todos mis amigos, compromisos de trabajo, familiares... En total, unas doscientas personas. Ya que no tenía planes de casarme y mucho menos pareja, al menos lo haría en plan bodorrio y a lo grande.

Mi empresa era una de las redes sociales más importantes del mundo, por lo que había tenido una suerte impresionante cinco años atrás y ahora contaba con un equipo de más de cien trabajadores en diferentes partes del mundo, además de la oficina central donde yo tenía mi despacho y una parte del personal.

Además de haber conseguido el sueño de mi hermana Estíbaliz: ser *influencer*. Llevaba dos años en ello y ahora a sus veinte era una de las más codiciadas y cotizadas. Ni qué decir tiene que hicimos cuanto pudimos para que tuviera la mayor visibilidad del mundo y que en menos de un mes contara con millones de seguidores.

Ella era veinte años menor, y es que, como decían mis padres, había venido de sorpresa, pero eso sí, se convirtió en la princesa de la casa, era la niña de todos, hasta casi la crié como si fuera mi propia hija.

Mis padres estaban jubilados, los dos habían sido profesores y ahora estaban mejor que nunca

viviendo en unas infinitas vacaciones, donde cada día hacían algo. Era un matrimonio de esos unidos para toda la vida, donde el respeto, el amor y el cariño los mantenían en un absoluto enamoramiento.

Yo creía en el amor de los de antes, aunque no me lo aplicaba, era estar con una chica viéndome más de una semana y me entraba el agobio, me alejaba fulminantemente, era como no querer afrontar mi vida ligada a la de otra persona. Quería ser libre.

Mi amigo Víctor era como yo hasta que conoció a Susy, en la sala de urgencias cuando fue por un cólico nefrítico y allí trabajaba ella como enfermera. Según él, fue un flechazo a primera vista, yo no me lo creí, pero la broma ya lleva casi un año, así que por lo visto tenía razón.

Poco me había durado la paz esa mañana, por la puerta apareció mi hermana, sin llamar siquiera, típico en ella.

—Buenos días, hermano —entró directa a sentarse en uno de los sillones de mi mesa.

—Buenos días —sonreí mientras le señalaba mi taza por si quería un café.

—No, ya sabes que no tomo mucha cafeína —volteó los ojos—. Vengo a pedirte un favor.

—Qué raro... —ironicé.

—Bueno, ¿a quién mejor que a tu hermana favorita?

—Eres a la única que tengo —volteé los ojos.

—Pues blanco y en botella...

—Pide por esa boca —solté el aire viendo venir que tantos rodeos no eran buenos.

—Necesito que me acompañes esta noche a un evento que me han invitado. Me enteré de que va un *influencer* que me gusta y quiero darle celos contigo.

—¿Tú estás loca? —resoplé negando.

—Un poquito, pero ya a estas alturas no me podéis devolver.

—Ni sueñes que iré —le advertí señalándola con el dedo.

—Sí que irás —se levantó—. Recógeme a las ocho en casa de nuestros padres.

—Claro, ¿dónde si no? ¡A ver cuándo te independizas!

—¿Yo? —Se señaló a ella misma desde la puerta haciendo un gesto de lo más exagerado—. Ni que fuera tonta. ¿Dónde voy a vivir mejor que allí? —me sacó la lengua y dio un portazo que debió resonar en todo el edificio.

Lo peor de todo es que a las ocho en punto estaría el “menda” en la puerta de casa de mis padres esperando a que la niña saliera para acompañarla a darle celos a un chico, que seguro sería de esos que solo sabían hacer poses en las redes. Vamos, que lo tenía claro.

Dos golpes en la puerta y no podía ser mi hermana porque se hubiese dejado algo, ella no llamaba.

—Adelante.

—Hola —sonrió una joven preciosa con un gesto entre despiste y nervios.

—Hola, buenos días —me levanté para dale la mano—. Soy Lorenzo y tú debes de ser Julieta.

—Claro —se sentó sin darme tiempo a ofrecerle asiento—. Vengo a firmar el contrato que me consiguió mi cuñado Víctor, menos mal que sirve para algo —dijo con indiferencia causándome una carcajada.

—¿Cómo que para el contrato? Lo de Víctor haré como que no lo he escuchado, te recuerdo que es mi amigo —carraspeé aguantando la risa—, pero esto es una entrevista —arqueé la ceja.

—Bueno, pero estoy recomendada, además, como sabrás vengo de trabajar tres años de secretaria, a lo que hay que añadir que tengo unos trillizos que mantener y soy viuda con treinta años.

—Vaya, lo siento... —No sabía si estaba intentando convencerme, puesto que era una descarada, o es que Víctor casi le había garantizado el empleo, pero cualquiera le decía que no. ¡Menudo genio gastaba la señorita!

—Entonces, ¿firmamos el contrato?

—Claro, empezarás con seis meses de prueba y si funcionas se te pasará a la plantilla fija. Mañana a las ocho puedes comenzar y tendré preparado el contrato para que lo firmes. Deja a mi compañero de la primera puerta del pasillo una copia de tu documento de identidad.

—¿Horario?

—De ocho a tres —sonreí negando.

—Pues me voy, he dejado a los niños con mi madre, hoy no fueron al colegio porque tenían pediatra, así que me aligero que deben estar volviéndola loca.

—Claro —madre mía, esta mujer era puro nervio. ¿Dónde me había metido Víctor?

Se fue dando un portazo como había hecho un rato antes Estíbaliz, aquí parecía que tenían algo en contra de la puerta y al final iba a tener que quitarla por la seguridad del edificio.

Trabajé esa mañana revisando gráficos y datos que me habían enviado de la semana, la verdad es que todo crecía a la velocidad de la luz y no había un solo día que no me impresionara la cantidad de nuevos clientes que entraban para ver su publicidad plasmada en nuestra página.

Llamé a Víctor para darle mi primera impresión.

—Hola, hermano, ¿qué tal? —preguntó con ese tono de felicidad que siempre le acompañaba.

—Hola, bien, ya entrevisté a Julieta.

—¿Viste que es la perfecta?

—Bueno, que quede entre nosotros, la vi un poco descarada.

—Pero en su trabajo es profesional, es un poco alocada, pero responsable.

—Se fue rápido porque tenía que recoger a sus trillizos que los había dejado en casa de su madre.

—¿Sus trillizos?

—Sí, ya me contó que era viuda.

—Yo la mato...

—¿Pasa algo?

—Obviando que no tiene hijos, nunca estuvo casada y no le duró un novio dos telediarios, nada más... Bueno sí, vive con sus padres.

—¿En serio? —me eché a reír, no me quedaba otra, me la había colado sin venir a cuento de nada.

—Nada, esa es Julieta en su estado puro, bromista y alocada, pero de verdad, en el trabajo es profesional, por lo demás no le hagas ni caso.

—Vale, es bueno saberlo —tragué saliva y ladeé la cabeza.

Quedamos en vernos el sábado en mi cumpleaños, así que, seguí trabajando pues la mañana se iba de forma veloz y quería terminar de revisar varias cosas.

Dos golpes en la puerta y volvió a aparecer Julieta.

—Dime —sonreí.

—Nada, que ya dejé mi documento ahí, para que veas que soy eficaz —un gesto de adiós con sus dedos y otro portazo más.

Estaría bueno que dejar un documento fuese digno de eficacia y no de responsabilidad para poderle hacer su tan ansiado contrato, pero bueno, se veía que ella vivía en su mundo y yo me iba a tener que adaptar a él, por el bien de mi tranquilidad mental, al menos iba a intentarlo.

Para colmo esa noche tenía un evento con mi hermana, el día parecía que había comenzado movidito e iba a terminar de igual manera...

Capítulo 2: Julieta



Nada más cerrar la puerta del despacho de Lorenzo, el que ya era oficialmente mi nuevo jefe, me llevé las manos a la boca para que no me escuchara reír. ¿En serio se había creído que tenía trillizos? Que puede ser, que mi madre no deja de decirme que a ver si le doy nietos. Bueno, nos lo dice a Susy, mi hermana mayor, y a mí, a las dos. Esa mujer está como loca por ser abuela.

—*Si es que mi amiga Toñi ya tiene cuatro nietos, todos guapísimos y hermosos.*

Esa era la respuesta favorita de Esperanza, nuestra madre, cada vez que una de nosotras le decía que aún no nos había sonado el reloj biológico. Y que conste que los niños no me disgustan, al contrario, pero no había llegado mi momento todavía.

Volviendo a mi jefe, Lorenzo, como el famoso Lorenzo Lamas, el rey de las camas, solo que el mío es rubio y no moreno. La cara que ha puesto cuando he dicho lo de mis hijos, si hubiera podido hacerle una foto sería mi nuevo fondo de pantalla en el móvil. Sigo por el pasillo hasta llegar a la puerta que me ha indicado para entregar mi documento y que preparen el contrato. Doy un par de golpecitos hasta que escucho la voz al otro lado y entro discretamente.

Un hombre algo mayor que yo, moreno y concentrado en unos papeles, es lo que me encuentro. No me hace caso así que carraspeo consiguiendo llamar su atención.

—Buenos días, soy Julieta. Me ha pedido Don Lorenzo que le entregue mi documentación para que pueda empezar mañana a trabajar —sonreí ampliamente esperando que dijera algo.

—¿Don Lorenzo? —preguntó extrañado hasta que me sorprendió con una sonora carcajada— Debes ser su nueva secretaria —asentí, al tiempo que me indicaba con la mano que me sentara—. Pues no le llames así que no le gusta el “Don”, dice que le hace parecer mayor.

—Hombre, que los veinte ya no los vuelve a ver —solté así, sin pensar.

—No, desde luego que no. En unos días le caen las cuarenta velas.

Le entrego mi DNI para que prepare el contrato y me espero a que lo escanee. Cuando me lo devuelve me da la bienvenida a la empresa y yo hago mi primera labor como secretaria eficiente.

—Disculpe ¿Sabe cómo toma el jefe el café? No quisiera meter la pata si me pide uno, o ya puestos poder sorprenderlo mañana por ser mi primer día.

—Llámame Sergio, eso lo primero, nada de usted que yo sí que no voy a cumplir ni los

cuarenta todavía —sonreí pensando que este hombre y yo nos íbamos a llevar bien—. Lorenzo siempre toma el café solo, bien cargado y con dos de azúcar.

—Muchas gracias, es que la verdad, hemos hablado poco. ¿Necesitas algo más? —pregunté a lo que él negó, así que tras levantarme me despedí de Sergio—. Ya nos veremos por aquí, me voy corriendo a por mis niños.

Estoy llegando al ascensor cuando me desvíó de nuevo para ir a ver al jefe. Llamo como hice antes, pero esta vez no espero que me dé paso, sino que abro la puerta y asomo la cabeza.

—Dime —le escucho decir con una amplia sonrisa en los labios. Muy contento está el amiguito de mi cuñado, veremos cuánto le dura.

—Nada, que ya dejé mi documento ahí, para que veas que soy eficaz —le suelto despidiéndome de él, moviendo los dedos de la mano y, tras eso, el golpe de gracia, eso que a mi cuñado tanto le molesta, un sonoro portazo. Al ser amigos imagino que les hará la misma gracia a los dos.

Ahora sí, entro al ascensor de mi nuevo trabajo y cuando llego a la primera planta del edificio saco el móvil del bolso y llamo a Marina, mi mejor amiga. La conozco desde que íbamos juntas a primaria, y en todos los momentos de nuestras vidas, tanto los buenos como los malos, hemos podido contar siempre la una con la otra.

—¿Qué quiere lo más bonito de España? —pregunta nada más descolgar.

—Tomar un café con lo segundo más bonito —respondo entre risas.

—Me pillas ahora justo para mi descanso. ¿Nos vemos en la cafetería?

—Ahí me tienes en un suspiro —dije antes de colgar.

Marina tiene mi edad, treinta añitos la mar de bien llevados, es administrativo en el ayuntamiento y solo trabaja por las mañanas, algo que le viene de perlas porque las tardes las tiene más que ocupadas. Cojo el coche y enciendo la radio para ir hasta la cafetería que hay justo frente al trabajo de mi Mary. Aparco bien, cosa rara y más a estas horas, cuando estoy llegando veo la melena caoba de mi amiga que está de espaldas a mí.

—¡Vuelvo a tener trabajo! —grito poniendo ambas manos en sus hombros, dándole el susto de su vida a la pobre de mi amiga.

—¡La madre qué te parió! Que soy joven para morir de un infarto, desgraciada.

—Anda, no te quejes. ¿Me has pedido el café?

—Sí, hija, ahora vienen los dos. Entonces, ¿ya eres una más de la población activa de este país? —pregunta cruzándose de brazos.

—Efectivamente, tienes delante a la nueva secretaria de Don Lorenzo.

—Joder, ¿qué tiene, sesenta años tu jefe? ¿No era amigo de tu cuñado?

—Pues no, al parecer en unos días cumple diez más que nosotras.

—¿Y por qué le llamas Don Lorenzo? Me extraña que lo haya pedido él.

—¡Ah, no! Eso es cosa mía. Hija, tendré que divertirme un poco en el trabajo, ¿no?

—Julieta, estate quieta... —me dice mi amiga, y es que ella sabe cómo me las gasto con Víctor, mi cuñado.

—Pero si soy un amor. Mi anterior jefe no tuvo nunca una queja —alegué en mi defensa.

—No, claro, después del primer mes que le hiciste pasar a ese pobre hombre. No me quiero imaginar lo que le tienes preparado a este. Bueno, y dime, ¿cómo es?

—Pues... Veamos... —Pienso llevándome el dedo índice a la barbilla, dando unos leves golpecitos y recordando a mi jefe— Tiene un aire a un actor famoso, americano, no español. Es rubio, ojos azules, cuerpo atlético, el traje azul que llevaba le sentaba bien. Vamos, que para ser

un tío madurito se cuida.

—¿Nombre? ¿Apellidos? Vamos a buscarlo en Internet —Marina sacó el teléfono de su bolso y como no contesté nada, me apremió con un gesto de la mano para que hablara.

—Pues chica, Lorenzo, qué sé yo —respondí apoyándome en el respaldo de la silla—. Ya me enteraré mañana del apellido de mi jefe.

—Desde luego, estás en el mundo porque tiene que haber de todo.

Nos tomamos el café tranquilamente, mientras charlamos de todo un poco, aunque de vez en cuando ella se va a mi nuevo jefe, pidiéndome que no le haga la vida imposible, de verdad, qué mal concepto tiene de mí esta mujer.

Tras un buen rato con mi Mary del alma, me despido prometiéndole que nos veremos una noche para cenar juntas, en su casa, y disfrutar de una de esas tartas que hace mi madre y que tanto le gustan a la golosa de mi amiga, aunque claro, es que las tartas de chocolate de mi madre son un vicio para cualquiera que las pruebe por primera vez.

—¡Hogar, dulce hogar! —digo nada más traspasar la puerta del piso de mis padres.

Es la misma casa a la que se mudaron de recién casados, un luminoso y acogedor piso de tres dormitorios y es que ellos ya tenían muy claro que solo iban a tener dos hijos. Siempre quisieron la parejita, niño y niña, pero cuando llegué yo después de mi hermana Susy, seis años mayor, pues supieron que no tendrían ese hijo con el que mi padre veía los partidos de fútbol. No, claro que no, niño no fui, pero el fútbol lo veía con él, y lo sigo viendo.

Julían y Esperanza, un matrimonio de jubilados que siempre trabajaron duro, en cualquier cosa para la que pudieran ser buenos, y tener la nevera llena para alimentar a sus polluelas. Y como las hormiguitas, cada año guardaban dinero para el futuro de Susy y el mío. Y ese futuro llegó en forma de estudios y trabajo. Mi hermana con la carrera de enfermería y yo con mi título de Técnico Superior de Secretariado. Que suena que no veas, pero soy la que organiza la agenda del jefe, le lleva café, atiende llamadas y algunas cosas más.

No me quejo, me gusta ser secretaria, de pequeña le cogía la máquina de escribir a mi madre y me ponía a fingir que trabajaba para mi hermana, que era una jefa muy cabrita... Cómo la odiaba. Pero nos hicimos mayores, los años pasaban a pasos agigantados y...

—¡Julieta!, ¿ya estás en casa? —me llama mi padre desde el salón.

—Así es, papá. Tu hija favorita está en casita —tras acercarme, le doy un sonoro beso en la calva y al girarme allí estaba mi madre cruzada de brazos.

—¿Por qué no me has llamado al salir de la entrevista? Me tenías preocupada —se queja ella de lo más sufrida.

—¡Ay, mamá! Me fui con Marina a tomar café, necesitaba pasar mi última mañana de libertad con mi amiga.

—Hija, por Dios, ni que fueras a estar en una celda todos los días. Digo yo que ese jefe tuyo te dejará salir a desayunar. Si es amigo de mi Víctor, tiene que ser buen muchacho.

—Y dale con su Víctor... —me quejo poniendo los ojos en blanco. De verdad, ese hombre tiene embobadas a mi hermana y a mi madre— Papá, ponte celoso o algo, que al final tu Esperancita te deja por el atontado.

—Julieta... —me reprende mi padre, pero como ya me conoce, empieza a reír y a negar al tiempo que se levanta para besar a mi madre en la mejilla— No riñas a la chiquilla —sí, treinta años y sigo siendo la chiquilla para él—, que mañana empieza a trabajar. Porque empiezas mañana, ¿verdad, hija? —que preguntara eso me hacía gracia, y es que, si voy de parte del atontado de Víctor, no me va a decir que no el ilustre Don Lorenzo.

—Claro que sí, papá. Mañana me estreno como secretaria otra vez.

—¿Y no estás nerviosa? —pregunta mamá acariciándome la mejilla.

—Ni un poquito. Yo ese puesto lo tengo dominado. Venga, ¿os preparo una tortilla de patatas para comer? —pregunto sabiendo que para algo que se me da bien cocinar, mis padres lo disfrutaban mucho.

Desde luego que tengo que agradecerle a mi cuñado que me recomendara a su amigo, es una putada haber estado trabajando y ganando un buen sueldo durante tres años para que, de la noche a la mañana, la empresa se fuera al garete y nos viéramos todos en la calle, con una mano delante y otra detrás y el jefe con una depresión de caballo. Si es que cuando te fías de alguien y te da la puñalada por la espalda... Menudo socio tenía, que se fue llevando los eurillos, poco a poco, hasta dejarlo más pelado que un cable.

Pero ya estoy en racha otra vez, después de unos mesecillos de demasiado descanso y encontrando puertas cerradas a un puesto para el que me presentaba, este nuevo trabajo me viene como anillo al dedo, además amigo de mi cuñado, vamos que no me sacan de esa oficina ni con agua caliente. Como Julieta que me llamo.

Capítulo 3: Lorenzo



Las ocho en punto y mi hermana esperándome en la puerta resoplando.

—Hermano, a las mujeres no se las hace esperar —se colocó el cinturón con los morritos hacia fuera de forma enfadada.

—Son las ocho en punto y te avisé que estaba llegado.

—Venga ya, eso fue hace media hora.

—¿Qué dices? Ni tres minutos —reí—. Por cierto, estás preciosa.

—Y tú también, pero estoy molesta por hacerme esperar.

—Y, ¿cuánto tardarás en perdonarme?

—Mira hacia delante, que lo único que faltaba es que el mundo perdiera a la *influencer* más importante.

Me tuve que echar a reír, era como una niña pequeña deseosa de ser el centro de atención continuo, pero la culpa la teníamos mis padres y yo, que la habíamos consentido demasiado, aun así, se nos caía la baba con ella.

Llegamos al evento y aparqué en la zona habilitada para ello. Mi hermana no tardó en engancharse a mi brazo y entrar como si fuera una modelo, estirada, sonriente y saludando con la mano a todos los fotógrafos. Ya me veía al día siguiente en todos los medios digitales.

Yo sabía que no me había llevado solo para dar celos, medio mundo sabía de quién era hermana y ese chico debía conocerme por la de portadas que habían salido sobre mí, pero bueno, ella quería que estuviera ahí y yo no podía hacer otra cosa que complacerla.

Pasamos por un *Photocall* de esos en los que te disparan mil fotos por segundo y te dejan ciego, menos mal que ya estaba acostumbrado y para eso yo tenía mucha templanza.

—Ahí esta —murmuró nerviosa señalando hacia un lado en el que había un chico acaparando todas las miradas de las féminas y sí, era muy guapetón y se le veía simpático, tenía madera el chaval.

—Y qué hacemos, ¿ir a pedirle un autógrafo? —pregunté bromeando.

—Qué me lo pida él, que tengo más seguidores —agarró una copa de una de las bandejas que sostenían los camareros que circulaban por allí y yo aproveché para coger otra.

—Pues debería venir a saludarte, entonces —nos apoyamos sobre una de las mesas altas que había repartidas por todo el jardín.

—Más le vale, de lo contrario lo bloquearé —sonrió mientras miraba a un grupo de chicas que la saludaban de lejos emocionadas al reconocerla.

—Vaya, eres el centro de atención...

—Claro y ahora mismo están a la vez suspirando por tus huesos. Un dos por uno hemos hecho —murmuró sin dejar de saludar con la mano a todas las que les iban tirando fotos con los móviles.

—Pues a mí no me pagaron —contesté bromeando.

—Ya me pagaron a mí, así que no te preocupes.

—Eso es egoísmo.

—Tú tienes una gran fortuna.

—No te quedas atrás, señorita *socialité*.

—Míralo, las chicas no dejan de acosarlo.

—¿Celosa?

—Ya me verá, ya me verá... —murmuró dando por sentado que si lo hacía vendría hacia ella.

—Espero que alguna me vea a mí —bromeé.

—Hermano que eres el bombón de las chicas, ojos claros, pelo corto rubio y medio ondulado, un cuerpo de infarto y una planta impecable, el problema eres tú, que no te decides por ninguna y al final te quedarás con la peor. Avisado quedas...

—Vaya, gracias por los ánimos —di un trago a la copa observando a una morena que acababa de entrar con unas curvas impresionantes y por lo que pude apreciar, también me había echado el ojo, una sonrisa fue el detonante para que yo le devolviera con la misma.

—Mira, está loca por acercarse —murmuró mi hermana disimulando que cogía el móvil de su minúsculo bolso.

Y se acercó.

—Eres Lorenzo, ¿verdad?

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Claro —rio mientras se acercaba a darme dos besos—. Soy Abril, nos conocimos en la cena benéfica de Prieto.

—¡Es verdad! Ahora que te miro y te escucho hablar lo recuerdo —dije emocionado poniéndole una mano en el hombro—. La mujer que consiguió emborracharme a base de chupitos y brindis.

—Nos prometimos amor eterno esa noche, pero nos olvidamos de darnos los teléfonos. Bueno, para que mentirnos, ninguno fuimos capaz de intentar conseguirlo —agarró una copa de uno de los camareros y la puso sobre la mesa, mi hermana y yo cogimos otra.

Aproveché para presentarlas, pero pronto Estíbaliz se apartó con el chico ya que la reconoció y tal como dijo ella, vino a saludarla.

—Así que nos prometimos amor eterno... —me eché a reír mirando a mi hermana a lo lejos como una niña coqueta frente al hombre de sus sueños.

—Recuerda que lo hicimos en el baño de mujeres y casi nos echan a palos.

—Tienes razón, fuimos un poco atrevidos.

—Para nada, las chicas que estaban amargadas a falta de sexo y se empeñaron en tirarnos la puerta abajo para romper nuestro momento —dio un trago a la copa mientras me hacía un guiño.

—Puede ser... —sonreí levantando la ceja y recordando ese día en el que todo se nos fue de las manos, fue conocernos, cenar, beber y liarla un poquito, sexo fugaz incluido.

Abril era muy sexy, una chica que no sabía a qué se dedicaba pero que estaba en todos los saraos más importantes y por lo que veía siempre iba sola, aunque muchas veces es mejor el dicho

de “más vale solo que mal acompañado”.

Enigmática era, bromista, pero no soltaba ni prenda de su vida, de la mía era conocedora pues lo sabía medio mundo y parte del otro.

Nos pusimos a bromear con todo lo que iba sucediendo en aquel evento, aparte, observaba cómo mi hermana junto a aquel chico no dejaba de hacerse fotos conjuntas con muchas de sus seguidoras, todas ellas de lo más exclusivas. A ese evento no dejaban entrar a todo el mundo, solo a los invitados.

Abril tenía mucho carisma, era de esas personas que hablaba y daban más ganas de seguir escuchándola, tenía mucho arte y era de lo más irónica cosa que me gustaba, se me daba bien pillar sus cosas.

Se aseguró de que nos intercambiáramos los teléfonos antes de que el alcohol hiciera estragos en nosotros y volviéramos a perder el norte, así de claro lo dijo, me puso como una moto solo de imaginarlo.

Era de lo más sensual, sus gestos, contoneos, mirada... Todo era una provocación absoluta que hacía volar mi imaginación de una forma impresionante.

Sus carnosos labios cada vez me estaban incitando más a acercarme a ellos y devorarlos, pero debía guardar la compostura, al menos por ahora, lo que pasara más tarde ya sería cosa de esa tentación que estaba volviendo a resurgir como la vez anterior.

Tras una hora llegó el primer beso, de esos que parecían que habían sido sin querer, cuando nuestras caras quedaron perfectamente alineadas y cerca. Ahí fue cuando le di un suave beso, no quería parecer ansioso, aunque a los dos se nos notaba con ganas de ello.

Me miró, me agarró el cuello y ahora fue ella quién me lo dio, con mordisqueo de labio incluido, yo solo rezaba para que mi instinto no me hiciera sacarla de allí y terminar de nuevo en un baño, al menos que fuera en otro lugar más decente.

Y no fue así, un rato después apareció una amiga de ella y ya la cosa se vino abajo, se quedó junto a nosotros y mi hermana que se unió también. Me iba a quedar con todas las ganas de pasar un final de noche de lo más excitante.

Estuvimos charlando largo y tendido hasta que nos despedimos y quedamos en que nos llamaríamos.

—Hermano esa no me gusta para ti —dijo Estíbaliz al montarse en mi coche.

—Bueno, y, ¿quién eres tú para decidir quién es la correcta? —pregunté riendo a modo de regañina.

—Tu hermana, jodido, ¿te parece poco?

—Poquísimo, cada uno con su vida hace y escoge a quién quiera, los demás estamos para apoyarnos.

—Pero no me gusta...

—Pues a mí me encanta, pero algo me dice que no la volveré a ver hasta la próxima vez que me la encuentre de manera fortuita.

—Espero que eso no suceda...

—Y yo espero que dejes de meterte en mi vida —le hice cosquillas antes de arrancar el coche.

La dejé en casa de mis padres y por la luz del salón debían de haberse quedado dormidos en los sofás viendo una peli, así que ahora los despertaría mi hermana y todos a la cama.

Yo me fui hacia mi casa, al día siguiente tenía que trabajar y sabía que lo iba a pasar mal al trasnochar, para eso era muy especial, me gustaba dormir las horas necesarias y levantarme descansado, pero había merecido la pena, esos dos besos robados me habían dejado muy buen

sabor de boca y las ganas de que todo hubiera pasado a mayores, pero el karma, el universo o lo que quisiera que fuera se había empeñado en que esta vez no, esta vez no íbamos a continuar lo que un día empezamos.

Capítulo 4: Julieta



Empezamos la jornada, primer día de trabajo y aquí llego yo, dispuesta a dar lo mejor de mí. Entro en el edificio con paso firme y saludando con mi mejor sonrisa. En el ascensor coincido con otros empleados, de diferentes departamentos, que charlan entre ellos o simplemente les prestan más atención a sus teléfonos que a quienes les rodean.

Llego a mi puesto y si no fuera porque hay gente por aquí pululando me abrazaría al escritorio. Que no, no exagero, que llevar tanto tiempo sin trabajar se me ha hecho un mundo, pero eso cambia desde hoy mismo. Coloco el bolso sobre la brillante y reluciente madera y empiezo a sacar mis objetos más preciados: agenda, bolígrafo que me regaló mi padre, unos cuantos *post-it*, un marcador fluorescente y mi pequeña plantita de plástico. Sí, de plástico, las de verdad se me estropean y esta me dura más. Cuatro años lleva en mi vida esta preciosa macetita de diminutas flores violetas.

Cuelgo el bolso en el perchero que tengo justo detrás y me siento, tomando así posesión de mi silla de trabajo. Me siento ahora mismo como una reina recién coronada.

—Buenos días, Julieta —una voz masculina interrumpe mi momento—. ¿Instalándote?

—Buenos días, Sergio. Sí, aquí estoy estrechando lazos con mi puesto —sonreí al verle mientras negaba antes de marcharse y ocupar su despacho.

Una vez tengo el ordenador encendido, recibo un mensaje instantáneo de la red de la empresa. Es Sergio pidiéndome que vaya a firmar el contrato, cosa que hago rápidamente, no sea que mi jefe se eche atrás y me quede sin empleo.

De vuelta a mis dominios, reviso la agenda que está planificada en el ordenador, se nota que la antigua secretaria era eficiente, y muy muy organizada, pero no más que yo, eso lo tengo claro.

Atiendo un par de llamadas, anoto los recados para Lorenzo y voy a su despacho para dejarlos sobre su escritorio. Es raro que siendo la hora que es, el jefe no haya aparecido todavía, menudo ejemplo que da el “mandamás”. Me encojo de hombros y estoy a punto de alejarme cuando veo una agenda, vieja y muy estropeada, sobre el cristal de su mesa.

—Chico, tienes que modernizarte —dije cogiéndola y viendo que algunas hojas estaban casi por caer.

Agenda en mano, salgo dispuesta a ir a ver a Sergio, que es con el que más contacto he tenido así que imagino que podrá echarme una mano.

—Adelante —escucho al otro lado y abro la puerta para entrar.

—Sergio, una pregunta ¿Tenemos agendas nuevas en algún sitio?

—Sí, claro. En el armario del final del pasillo tienes todo el material de oficina que necesites.

—Genial, ¡gracias! —y agitando mis deditos a modo de despedida, marca oficial de una servidora, dejo a mi compañero seguir con su tarea.

Abro el armario y para mí, que soy una súper mega fanática de las agendas, los marcadores fluorescentes y esas pijaditas que ayudan al día a día para la organización, es como abrir un cofre del tesoro. Hay agendas de colores surtidos, todas con el logo de la empresa, así que me hago con una morada a la que se me han ido los ojos nada más verla. Para el jefe una más sobria, negra como el fósil que voy a tirar en cuanto pase todo esto a limpio.

En ello estoy cuando aparece, al fin, el señor del reino. Vestido con un impoluto traje gris, el pelo bien arreglado y dejando un agradable aroma de su perfume por toda la sala.

—Buenos días, jefe. ¿Un café? —pregunto al ver la mala cara que tiene, como de cansado.

—Más tarde.

Y sin un “buenos días” o un simple y sencillo “hola”, Lorencito se va a su despachito. Pues mira qué bien, yo a seguir pasando a limpio las notas importantes de su fósil a la agenda nueva.

Suena el teléfono y veo que es la extensión del jefe, sí, la suya es la única que me sé de memoria, que es la que más veces tendré que utilizar a lo largo del día.

—Dígame, jefe.

—¿Podrías traerme un café, por favor? —pide y cuelga, sin esperar a que le conteste. Pues nada, allá que va Julieta a por el café del jefe.

Voy a la sala habilitada para los descansos y varios de los compañeros me saludan, sirvo el café y regreso a mi puesto, ya que necesito el ingrediente estrella para el elixir del jefazo. Un par de golpecitos y entro sin esperar, ya para qué, si tenemos una confianza Lorencito y yo.

—Aquí está el café.

—Déjalo en la mesa, gracias.

Está recostado en la silla con los ojos cerrados, cosa rara ya que debería tener algún papel entre manos, o igual revisar algún correo electrónico, qué sé yo. Como no dice nada más, me encojo de hombros y tras dejar el vaso en la mesa salgo del despacho.

Atiendo una llamada, anoto el cambio de reunión de mañana a primera hora para media mañana y lo actualizo en la agenda que comparto con él en nuestros ordenadores, de modo que le llegará el aviso y así estará al corriente.

Y cuando creo que ya no va a beberse el café, que me he tomado la molestia de prepararle con todo el cariño del mundo, lo escucho. No he oído tantos tacos juntos en mi vida.

—¡Julieta! —grita mi nombre abriendo la puerta del despacho y su cara lo dice todo. Contento, lo que se dice contento... no, no estaba.

—¿Sí, Don Lorenzo? —Me va el riesgo, ¿lo había dicho ya?

—¿Se puede saber qué mierda me has traído?

—Su café, tal como le gusta. Con leche de soja y sal.

—Qué quieres, ¿que te despida el primer día? —pregunta caminando hacia mí, más cabreado que una mona.

—No, no. Yo este puesto no lo dejo, jefe, que me gusta la oficina.

—El café, para la próxima, me lo traes solo, bien cargado y dos de azúcar. ¿Estamos? —no

pregunta, está exigiendo.

—Como el agua, Don Lorenzo —toma otra pullita.

—Y deja de llamarme Don Lorenzo, que no estoy senil.

Girándose y dándome la espalda, entra en el despacho, cierra y yo sigo con ambas agendas. Hasta que dos horas después, con todas las notas bien pasaditas a limpio, suena de nuevo el teléfono de mi mesa.

—Dígame usted, jefe querido —nótese el retintín en mi tono de voz, por supuesto.

—Julieta, ¿has visto mi agenda?

—¿Qué agenda? —Ahí vamos con el viejo fósil, seguro.

—Pues mi agenda, joder. Una negra que había en mi escritorio. Tenía varias cosas ahí apuntadas.

—Una agenda negra... —Se me da bien hacerme la despistada, pero soy muy eficiente— La tengo yo, es que quería contrastar que las notas de la agenda electrónica de nuestros ordenadores estuviesen bien respecto a esta.

—Tráemela, por favor, que voy a anotar el aplazamiento de la reunión de mañana.

—¡Ah, no se preocupe! Eso ya lo he hecho yo, pero ahora mismo se la llevo, jefe.

Cuelgo y con la mejor de mis sonrisas, voy a su despacho y esta vez entro sin llamar. La confianza y esas cosas.

—Aquí la tiene.

Cuando Lorenzo ve la agenda que dejo sobre el cristal de su escritorio, me mira arqueando una ceja, pero yo no pierdo la sonrisa.

—¿Qué es esto?

—Su agenda —respondo tranquilamente.

—No, es una agenda, pero no es la mía. ¿Dónde está, Julieta? —Se le ve nervioso, ¿o está cabreado? No lo tengo muy claro.

—Verá, su agenda a la que llamaremos fósil desde este mismo instante, ha pasado a mejor vida. La he jubilado, jefe. Ya había dado sus mejores años en este puesto y...

—¿¿Que has hecho qué?! —grita poniéndose en pie, y creo que le veo la vena del cuello un pelín hinchada— Dime, por favor, que no las has tirado. Dímelo.

—No, no la he tirado.

—Menos mal —suspira aliviado, pero de que me llamo Julieta, el alivio le durará poco... ya lo sé yo.

—La he destruido en la trituradora.

—¿¿Cómo?! No me jodas, esa agenda llevaba años conmigo.

—Lo sé, por eso le he dado una más nueva. Esa pobre ya estaba viejita, toda ajada y las hojas para caerse.

—Era un regalo de mi madre, le tenía cariño y las hojas las iba añadiendo, no hacía falta tirarla. Era de esas que... —silencio, una mirada y tras respirar hondo vuelve a hablar— Déjalo, olvida la puta agenda. ¿Está todo anotado en esta?

—Sí.

Coge la nueva, mira las últimas páginas donde está la reunión de mañana y al comprobar que está anotado el cambio solo asiente.

—Puedes volver a tu puesto —indica sentándose de nuevo y mirando la pantalla del ordenador.

Salgo triunfante, dos de dos, menuda racha. Julieta va ganando el primer asalto. ¿Cómo acabará la jornada?

Capítulo 5: Lorenzo



No sabía si el karma se estaba riendo de mí o si lo de Julieta era una venganza de Víctor por algo del pasado que no recordaba y estaba pagándomelas ahora, pero que esa chica era un calvario, lo era y era el primer día, no quería imaginar que fuera a más.

Me había tirado toda la mañana con la resaca en lo alto, la tensión sexual que me provocó Abril el día anterior y, hoy para colmo de males, el tormento de Julieta y sus cosas. ¿Podía salir algo bien en lo que quedaba de día? Esperaba que sí, de lo contrario me iba a acostar bien pronto.

No me podía creer que aquella tipa me hubiera echado en el café leche de soja y sal. ¿Podía ser más inepta? Y lo de la agenda... ¡La mataba! Me había sacado de quicio, todo lo que tenía de guapa lo tenía de gilipollas. ¡Madre la que me quedaba por aguantar...!

Llegué a casa y me senté en el sofá a comer, tenía la mesa a buena altura y es que era mi lugar favorito para ver las noticias mientras comía.

La chica de la limpieza venía de lunes a viernes y me dejaba la comida lista para cuando llegara, además se iba a la hora que salía yo del trabajo y lo dejaba todo sobre la mesa, me venía perfecto.

Eso sí, yo era muy apañado y luego lo dejaba todo recogido, ella decía que limpiaba sobre limpio, que yo era de lo más ordenado y era la verdad.

Mi hermana me llamó para contarme que había quedado con el chico que le gustaba y que estaba en el evento la noche anterior, así que me advirtió que seguramente para mi cumpleaños llevara compañía.

—Por supuesto, pero no hagas locuras, todo con calma.

—¿Con la misma calma que tú haces las cosas, hermano?

—Bueno, no empecemos y hazme caso, ya sabes que luego te pones como te pones.

—¿Y cómo me pongo?

—Estíbaliz, lo sabes de sobra, luego te entran los agobios, los desengaños, los aperreos y lo pasas mal.

—No me hagas de padre que ya con uno tengo bastante —la escuché resoplar tras el teléfono.

—Cuando te conviene bien que dices que soy tu segundo padre...

—Pues ahora no me conviene, así de fácil, solo quería que supieras que seguramente aparezca con compañía en tu cumpleaños. Te quiero.

Colgó sin dejarme ni hablar, típico de ella, en el fondo me tenía que reír.

Un mensaje entró a mi móvil mientras hablaba con mi hermana, era de Coral, una amiga mía de toda la vida que siempre salía de muy joven con mi amigo y conmigo, es más con Víctor ahora se veía tres veces a la semana pues era su entrenador personal, de ella y de otra mucha gente. Fíjate si tenía clientes, que hasta tenía listas de espera.

Estuve un rato charlando con ella por mensajes, me contaba que se iba a ir en verano una semana a Italia con una compañera suya, se habían pillado ya los vuelos y le hacía mucha ilusión a pesar de haber ido mil veces, pero estaba enamorada de aquel país.

Ni que decir tenía que más ilusionada aún estaba con mi cumpleaños y no dejaba de decirme que estaba deseosa de que llegara el sábado y, sobre todo, de que descubriera su regalo.

Ella vivía todo con mucha ilusión e intensidad, era muy detallista y siempre acertaba, tenía mucha elegancia para dar en el clavo y digo elegancia pues todo lo preparaba con mucho cariño, con mucho gusto y quedaba para foto, daba hasta pena abrir el envoltorio.

Tras hablar un rato con Coral recogí la mesa, dejé todo limpio y me eché un rato a dormir la siesta, aún tenía que reponerme de la noche anterior, que ya no tenía veinte años en los que hacía dobles de marcha, ahora uno necesitaba su tiempo para reponerse.

Me desperté a las nueve de la noche, poco más, y lo hago con la alarma de por la mañana para ir al trabajo.

Me metí en la ducha, preparé una ensalada y me quedé en el sofá viendo una serie que ya había visto varias veces, “Juego de tronos”.

Cada vez le pillaba más detalles, la disfrutaba más, aquello era una obra magistral del autor y un gran trabajo por parte del director que le dio vida y consiguió dejar enganchado a una gran parte del mundo entero.

Mi madre me llamó para preguntarme si comería con ellos al día siguiente, así que accedí, solía ir una vez por semana al menos, aunque si por ellos fuera, comería y cenaría todos los días.

Les hacía muy felices y es que tenerme en su casa les encantaba, aunque yo era más independiente y al vivir con intensidad mi trabajo, necesitaba desconectar en la mía, tranquilo, sin escuchar nada.

Tenía una familia que era de lo mejor del mundo, no porque fuera la mía, pero es que siempre estuvimos muy unidos y mis padres se esforzaron por inculcarnos la unión y el apoyo familiar en todo momento, nos criaron con mucho amor y jamás les hizo falta ponernos una mano encima para educarnos.

Me encantaba escucharla hablar, contarme las cosas, siempre estaba feliz, nunca tenía una mala cara y mucho menos un reproche, transmitía mucha paz al igual que mi padre.

Después de una buena charla seguí viendo la serie hasta quedar dormido, ahí en el sofá, ni me moví para irme hacia la cama.

Capítulo 6: Julieta



Segunda mañana de trabajo, y desde luego que hoy el café se lo sirvo como a él le gusta. Es lo primero que hago en cuanto enciendo el ordenador, ir a la sala a por uno para mí, cortito, leche templada y dos de azúcar, y otro para el jefe. Cuando vuelvo a mi puesto le veo entrar en la sala, y de nuevo ese aroma que deja huella por donde quiera que pasa.

—Buenos días, le he preparado café —sonreí tendiéndole el vaso y él sin dejar de mirarme con el ceño fruncido—. Solo, bien cargado y dos de azúcar, lo prometo.

Mira el vaso, comprobando que el líquido es todo negro, y se lo acerca para olisquearlo. Da un sorbo pequeño y cuando asiente, yo sonrío feliz y encantada de la vida.

—Recuerde, la reunión es a las once y media, dejaré todo preparado en la sala de juntas. ¿Le parece bien? —doy un sorbo a mi café y me siento volver a la vida, si es que he salido con prisa de casa de mis padres y ni desayunar pude.

—Bien, sí, gracias.

Asiento y voy a ocupar mi puesto, reviso lo que tengo que preparar en la sala y cuando él se encierra en su despacho me pongo a ello. Y así paso el resto de la mañana hasta que le veo marchar hacia la reunión, y como según me ha dicho no necesita que yo esté presente, pues aquí me quedo tan ricamente atendiendo llamadas.

Otro *post-it* que le dejo en el escritorio, al final me coge manía, pero es lo que hay, que así ni a él se le olvida llamar ni a mí que llamaron. ¿Cuánto se perfumará este hombre? Si es que todo huele a él, y además bien, para qué vamos a decir lo contrario.

Veo uno de los cajones abierto y antes de cerrarlo me puede la curiosidad, sí, esa que mató al gato, pero que a mí no me va a hacer nada. Lo abro y ahí encuentro el tesoro con mayúsculas. Esa caja que contiene embotellado el aroma que desprende Lorenzo.

—Tiene buen gusto, sí señor. The Scent, de Hugo Boss. Pues ya tenemos regalo de cumpleaños, jefe, que se le está acabando la que tiene aquí —me dije volviendo a dejarlo en el cajón y saliendo a ocupar mi puesto.

No llevo ni veinte minutos, enfrascada en mis quehaceres, cuando aparece una morena, con camisa bastante escotada y embutida en una falda de tubo, con unos tacones de aguja que como se

descuide, se rompe hasta las pestañas en una caída. No me dirige ni la palabra, se limita a seguir caminando derechita a la puerta del jefe.

—Perdone. ¿Desea algo? —pregunto y ella como la que oye llover, abre la puerta y ahí estoy yo antes de que asome la carita—. Che che che, perdona, pero ahí ni se mira ni se entra sin permiso —al fin me mira y si las miradas mataran...

—He venido a ver a Lorenzo, mi buen y querido Loren —soltó con un tono de “aquí estoy yo, empleaducha” que me dieron ganas de arrancarle las extensiones, sí, que eso pelo natural no era, ya lo digo yo— ¿Puedes avisarle?

—¿Loren? Y ese, ¿quién es? Aquí es el señor Don Lorenzo, nada menos, que él para eso es muy estricto.

—Mira, bonita, quiero dar una sorpresa a mi Loren —ahí, recalcándome bien el diminutivo—, que seguro le hará ilusión verme. La otra noche nos quedó... algo pendiente.

La otra noche, así que debe ser una amiguita o ligue del momento. Pues nada, bonita, que te vas de vuelta a tu casita y sin tu Loren.

—¡Vaya por Dios! Pues Don Lorenzo no está, tuvo que irse urgentemente, le llamó su mujer, que una de las gemelas se había puesto mala, pero mala en plan niña del exorcista, todo vomitado y la otra, de verla, acabó igual. Esa pobre mujer tiene el cielo ganado. Cinco hijos que tuvo que traer a este mundo, y todo porque Don Lorenzo quería una princesita en casa, después de sus tres machitos y mira, tanto buscar a la princesa que vino con sorpresa.

Blanca como la pared de mi habitación, así se ha quedado la morena que ahora mismo parece familia directa de Morticia Addams. Más blanca y se queda en el sitio.

—¿Está usted bien, señora? —Ahí, el dedo en la llaga que esta los veinte tampoco los ve ya.

—Sí, sí. Es solo que no sabía... Bueno, no importa. ¿Podrías decirle que ha venido Abril a verlo? Que me llame, por favor.

—¡Claro! No se preocupe, que si viene hoy se lo digo. O mañana, no sé cuándo estarán mejor las niñas.

—Sí, claro. Bien, me marcho ya. Buenos días.

Me despido de ella con la mano y en cuanto sale por la puerta, hago el baile de la victoria. Tanto para Julieta, van tres asaltos ganados al jefe. Vamos, que si pensaba meter a “Lady extensiones” en su cama lo lleva chungo, que no creo yo que esa quisiera un marido con cinco mochilitas.

—¿Algún recado? —Me sobresalto al escuchar la voz de Lorenzo, tan concentraba como estaba en redactar un correo para solicitar los datos de una empresa que nos había pedido presupuesto, que ni me enteré de que se acercaba.

—Tiene unos post-it en la mesa, ahí están las llamadas que tiene que hacer.

—Bien —antes de que se encierre en su despacho, le hablo de su amiguita que vino buscándole.

—Señor, una tal... Abril, vino antes, quería verle, pero ya le dije que no se encontraba. Quiere que la llame. He buscado en la agenda de clientes su número para dejarle una nota, pero no lo encontré.

—No, ella no es una cliente más —respondió sonriendo y con esa cara del que sabe que en cuanto marque el número de la morena en cuestión, tiene plan para la noche. Amigo Loren, qué equivocado estás...

—Pues nada, vaya usted a sus cosas que yo... termino y me voy a comer.

Aparto la mirada de él, centrándome de nuevo en el trabajo y cuando escucho que se cierra su

puerta sonrió al pensar en qué se dirán en esa llamada. Ay... si pudiera escucharla...

El sonido de un mensaje en mi móvil me saca de mis locos pensamientos, lo cojo del cajón y veo que es Marina, que me pide que vaya a comer con ella, está sola y le apetece un buen plato de pescaito. Pues nada, recogiendo todo y saliendo del trabajo que ya es la hora. Después, a la tarde, veremos qué sorpresas me encuentro.

—¿Sales a comer? —pregunta Sergio llegando a mi escritorio.

—Sí, me espera mi mejor amiga. Hay que ponerse al día que no la veo desde que vine a la entrevista.

—Bueno, que aproveche entonces.

—Gracias, igualmente.

—¡Julieta! —el grito de Lorenzo resonó en toda la sala, madre mía qué cabreo tiene el jefe. Miro a Sergio que se ha quedado con los ojos abiertos como los de una lechuza, y yo, encogiéndome de hombros, entro en el ascensor de lo más sonriente.

—Dile que ya me fui —susurro mientras se cierran las puertas, pero dándome tiempo a ver a Sergio empezar a reírse. Nada, que le debo caer bien a este chico.

Afortunadamente tengo un par de horas para comer, porque entre el viaje de ida y el de vuelta se me van a ir algo más de cuarenta minutos y eso contando que encuentre aparcamiento, claro, que a veces eso es como dar con la aguja del pajar.

Ya veo a mi Mary sentada en nuestro bar favorito, donde acompañadas de una copita de vino charlamos de su vida y la mía, y sobre todo del trabajo, que esta me ha llamado para que le cuente cómo estoy portándome con Don Lorenzo. Si conoceré yo a mi Pepita Grilla...

Capítulo 7: Lorenzo



Nada, que se había ido, me había dejado con un problema sin resolver, no le había dado a guardar en el ordenador un contrato importante que tenía que enviar y ahora lo necesitaban antes de media hora, cosa que me llevaría prepararlo de nuevo una hora al menos. ¡La mataba!

Así sin más, aunque fuera a la cárcel, demasiado bien se había portado ese día para ser cierto.

Me puse a toda leche a prepararlo, solo cuarenta minutos después lo tenía listo y lo envié, luego salí hacia casa de mis padres que me estaban esperando para comer, además, estaba de lo más hambriento.

—Hijo, tenías mucho trabajo, ¿verdad? —preguntó mi madre con esa sonrisa y arropo, mientras frotaba mi brazo.

—Un imprevisto de última hora, pero nada que no haya quedado solucionado —la abracé y besé la coronilla.

—Mi hombretón —apareció feliz mi padre por la cocina y le di un abrazo también a él.

—Aquí la princesa. Hola —hizo mi hermana un gesto con la mano en plan de broma como para que le hiciéramos caso.

Y eso que vivía en la casa y estaba todo el día recibiendo atenciones de mis padres, pero ella era así, la niña y siempre lo sería.

Nos dimos un abrazo grupal riendo y luego nos sentamos a comer en la terraza, habían hecho unas chuletas de cordero lechal con patatas fritas que tenían una pinta impresionante, con los ojos las podía comer.

Faltaban dos días para mi cumpleaños y todos estaban de lo más nerviosos con ello, mis padres también, no paraban de decirme que tenían una gran sorpresa, lo mismo que me había dicho el día anterior mi amiga Coral, así que estaba ya curioso por saber de qué se trataba, siempre terminaban sorprendiéndome.

Mi hermana no paraba de buscarle la lengua a mis padres con que tenía novio nuevo, para matarla, ahora se llamaba novio a cualquier cosa, pero encima mis padres le decían que, si era buen chico, que adelante.

Yo miraba a Estíbaliz con una media sonrisa y ella lo hacía peor, sabía que me encendía que fuera tan rápida en ciertos temas, pero como ella bien decía para eso había tenido un buen maestro, o sea, yo...

Pasé una maravillosa tarde en familia y luego me fui hacia casa, me había sorprendido que Abril no respondiera a mis dos llamadas, además, le había puesto un mensaje con la ubicación del club donde se celebraría mi cumpleaños y me había dejado en visto, cosa rara, pero algo debía de estar haciendo ese día para no poder contestar.

Quería que estuviera allí, conmigo, me hacía especial ilusión reencontrarme con ella y, pensar que había estado esta mañana buscándome, me había parecido algo muy emocionante.

Antes de llegar a casa paré en un lugar donde hacían unas empanadillas riquísimas de varios sabores, eran grandes, con un par de ellas ya estabas cenado, así que las cogí y para casita con la cena a cuestas.

Ese día necesitaba llenar el baño, relajarme un rato ahí tirado antes de cenar y caer en redondo, así que lo puse en modo jacuzzi, eché los productos de *spa* y disfruté un buen rato como un enano, escuchando *Bob Dylan* de fondo, casi que cerré un par de minutos los ojos.

La paz era algo que valoraba mucho, por ese motivo creo que las mujeres me duraban poco, ese miedo a perder la tranquilidad que sentía de puertas hacia dentro de mi casa no tenía precio y era algo que quería seguir cuidando el mayor tiempo posible.

Había puesto hasta velas e incienso para ese baño, el olor era simplemente perfecto, aunque mi casa por norma general siempre olía bien. Silvia, la chica de la limpieza, para eso era muy especial, como yo, y conseguía tener la casa con un olor a vainilla y coco que se olía desde antes de abrir la puerta.

Me senté en el sofá a comer las empanadillas mientras revisaba mi *email* y escuchaba de fondo las noticias, ya me habían confirmado la recepción de mi contrato y todo lo demás estaba en orden, así que respiré aliviado y me puse a ver la tele.

Víctor me mandó unos mensajes para ver cómo iba con su recomendación, en el fondo le gustaba jugársela, menos mal que ese día aparte de la cagada del contrato no había hecho más nada, de lo contrario se la devolvía a mi amigo con moñita y todo, pero vamos que la gamba la había metido hoy y bien.

Le dije que todo estaba perfecto, tampoco le quería calentar mucho el coco a mi amigo y a Julieta la iba a tener en cuarentena, vigilada en las distancias cortas e intentando que no se pasara ni lo más mínimo, ya estaba bien que se tomara esas confianzas y me tocara los huevos constantemente, eso no lo iba a permitir por nada del mundo.

Lo de la agenda me superó, pero lo del contrato mucho más, vamos que lo del café fue una gracia al lado de lo demás, en fin, hay gente para todo y luego está el nivel Dios, ese al que solo llega Julieta.

Tal como llegara a la oficina a la mañana siguiente le iba a hacer saber que un error así más no estaba permitido, que estuviera muy atenta a todo y que hay cosas que son demasiado serias para no tenerlas bien controladas.

Esa noche seguí con el tema de la serie, estaba ya en la última temporada y hasta pena me daba que se fuera acabando, como si no la fuera a volver a ver dentro de unos meses, eso como el “Señor de los Anillos”, que también la vi infinidad de veces, me sabía hasta los diálogos.

Me fui a la cama, esta vez necesitaba estirarme bien en mi colchón, dormir plácidamente hasta las siete de la mañana que me levantara y desconectar del día de locos con el que terminé la mañana.

Seguía sin noticias de Abril y eso me ponía la mosca detrás de la oreja, me parecía muy raro, es más me preocupaba, era como si pasara algo y no pudiera hablarlo conmigo en esos momentos, solo esperaba que estuviera bien y que el sábado pudiera acudir a mi cumpleaños, con eso me

daba más que por satisfecho, me haría el hombre más feliz del mundo con su presencia y más si al fin podíamos resolver esa tensión que quedó entre nosotros.

Capítulo 8: Julieta



Y como no hay dos sin tres, aquí estamos, tercer día de trabajo y, además, viernes. Una gozada, porque la noche de los viernes siempre quedo con Marina para cenar en su casa, y hoy no iba a ser menos, vaya que no. Como en días anteriores me voy cruzando con compañeros de todos los departamentos, la verdad es que he charlado con algunos y son majos, no hay malos rollos en esta oficina, ni chicas locas por el jefe que yo sepa o haya visto, aquí todas respetan la intimidad del supremo. Ni que fuera Dios.

Como los primeros días, Sergio llega poco después que yo, mientras preparo mi puesto, saludándome con esa sonrisa que le hace encantador, aunque nada que ver con la de Lorenzo. La sonrisa del rubio es... y eso que la deja ver poco, al menos conmigo. ¿Y sus ojos? Esos dos iris azules pueden llegar a ser hipnotizantes, vamos, que por mi salud mental más me vale no fijarme en ellos durante más tiempo del verdaderamente permitido porque sería capaz de hacer cualquier cosa.

Y esos labios... madre del amor hermoso, eso son labios y lo demás carnecilla que tienen en la cara. Se le ven de un carnosito, y a la vez tiernos, de esos que besarías una vez, y después mordisquearías y... ¡Y qué mierda hago pensando en los labios de mi jefe! Por Dios, me he vuelto loca.

—Julieta —ahí está, ese tono de voz de jefe cabreado. ¿Qué hice ayer para que me llamara gritando como un energúmeno?

—Buenos días, jefe —mi mejor sonrisa y mis ojos que se van a... sí, a sus labios.

Esos puñeteros labios que veo moverse, pero no sé qué mierda me están diciendo porque me he perdido en ellos. Voy subiendo la vista hacia sus ojos, madre mía, pero qué ojazos. ¿Y por qué frunce el ceño? No le queda bien, se le contrae el rostro cuando está enfadado...

—¿Me estás escuchando siquiera? —pregunta dando un par de pasos hasta llegar a mí, quedando tan cerca que casi me desmayo al sentir su aroma envolverme.

—Esto... disculpe, pero no.

—Genial, lo que me faltaba. Me toca los huevos todo el puto día, y eso que solo lleva dos aquí, y encima me ignora cuando la hablo —se giró para hablar, mientras caminaba de un lado a otro,

hablando solo.

Y yo sigo aquí, esperando que me diga algo, porque no sé qué le pasa.

—¿Ha ocurrido algo, jefe?

—Que si ha... —Que apriete los puños no debe ser bueno, ¿verdad? — ¡Claro que ha ocurrido, joder! Ayer, cuando te llamé antes de que te marcharas, y no, no me pongas la excusa de que te habías ido porque sé perfectamente que seguías aquí cuando lo hice, era para que me dijeras dónde cojones estaba el contrato que había que enviar. Lo esperaban con urgencia y no lo habías enviado, tuve que hacerlo rápido y mandarlo. Si llegamos a perder ese cliente...

—¿Me habla del contrato que yo —empecé a preguntar señalándome con el dedo y haciendo énfasis en el pronombre— envíe a la hora que tenía que hacerlo, desde mi ordenador, que casualmente está conectado con el suyo igual que nuestros *e-mails*, puesto que todo lo que mando le llega a usted con copia? ¿De ese contrato?

—¡No lo enviaste, maldita sea! Miré en la bandeja de salida y no había una mierda referente al puto contrato.

—Hummm.

—¿Qué coño significa ese hummm? —pregunta mientras me veía entrar en su despacho, encender el ordenador y sentarme en su sillón.

Ni qué decir tiene que la cara que ha puesto al verme ocupar su trono de todopoderoso es un poema. Que se fastidie, que va de divo el señorito Loren.

A ver, bandeja de salida... no, nada. Vale, bien, calma porque de que lo envíe, lo envíe. Como que me llamo Julieta y mi madre Esperanza, sí, esa que es lo último que se pierde en casos de máxima gravedad, como esta.

—Aquí está el contrato, enviado ayer a las doce y treinta y ocho minutos, pero claro, le aparece en su bandeja de *Spam*, a saber, por qué está ahí y no en enviados, pues normal que no lo encontrara.

—No puede ser. Entonces, ¿les llegó dos veces? —Sí, alucina en este momento, y su tono es más suave, vamos que me he ganado un día más de vacaciones, fíjate lo que digo.

—Eso parece. Y ahora, si me disculpa... —Poniéndome en pie paso por su lado y voy a mi puesto, pero antes de sentarme lo pienso mejor. Necesito un café, que al loco este no le aguanto hoy ni media, vamos.

Entro en la sala y mientras me preparo el café, ese que me da la vida, aunque lo tome tan clarito como dice mi madre, escucho charlar a los compañeros. Al parecer mañana van todos al cumpleaños del jefe, bueno, todos menos yo, que no tengo esa famosa invitación que han recibido ellos.

—Sí, es en un local de lo más exclusivo —parloteaba una de ellas, y yo haciéndome la tonta, como si no me enterara de lo que hablan—. Mi primo estuvo allí hace un par de meses y quedó encantado, dijo que repetiría en cuanto pudiera.

Tanta charla que al final me he tomado el café allí mismo, mirando por la ventana como si no me interesara lo que estaban contándose, pero al final ha servido para enterarme del nombre del local, vamos, que allí me planto mañana por la noche para el cumpleaños del jefe, con regalo y todo. Preparo un café para él, aunque hoy no se lo merezca, y vuelvo a mi zona.

—Le dejo aquí el café —suelto, sin más, ya que había entrado sin llamar siquiera. Es que no pensaba molestarme en hacerlo en la vida, vamos.

—Gracias —alucinada me quedo al escucharle, y cuando le miro, en sus ojos veo que hay algo que podría ser arrepentimiento, pero lo descarto rápidamente pues este hombre no debe tener de

eso—. Julieta —me llama antes de que pueda salir del despacho—. Un error más, una cagada más de lo que sea, y vas a la calle y me importa una mierda que seas la cuñadita de mi amigo. ¿Queda claro?

—Como el agua, Don Lorenzo —amenazas a mí. ¡Ja! Vas listo, Lorencito.

El resto de la mañana me sentí observada. ¿Me estaba vigilando el muy idiota? Pues al parecer sí porque después de que cerrara la puerta de su despacho, él salió a buscar a saber qué en un armario, que me podría haber pedido lo que necesitaba, pero no lo hizo. Cuando volvió a entrar dejó la puerta abierta de modo que, si mantenía una conversación con alguien por teléfono yo no le podía escuchar, pero él me controlaba desde su posición a las mil maravillas. Vamos, que se ha pasado la mañana como los halcones en busca de algo de caza y yo de los nervios, que no sabía ni como ponerme. Si hasta me ha dado vergüenza las pocas veces que me he cruzado de piernas porque al llevar la falda queda más carne a la vista.

Por Dios que estoy deseando salir e irme a comer, hoy he quedado con mi hermana Susy, espero que no lleve a coliquitos. Vale, no volveré a llamarle así... ¡Qué narices, si le conoció en urgencias por un cólico! Que debe doler, eso está claro, pero, ¿no había una manera más... normal? No sé, es entrenador personal, podía haber tenido una mala caída y torcerse un tobillo, conocer a la enfermera buenorra y, ¡tachan! Boda a la vista. Dentro de años, claro, porque mi hermana que yo sepa no ha hablado de campanas de boda con coliquitos, perdón, con Víctor.

—Julieta, no te pregunté el otro día —mis pensamientos se ven interrumpidos por esa voz que ya hace que me estremezca, pero solo cuando habla en un tono normal, de persona y no de jefe de los orcos cabreado—, ¿tus trillizos qué tal?

Vaya, los trillizos... claro, que se lo creyó, ¡qué mono!

—Bien, unos cólicos —sí, pensar en mi cuñado me recuerda a eso, así que mejor es eso que nada—. Los niños que suelen tenerlos a menudo.

—¿Y están mejor? —Si hasta está preocupado, ¡me lo como! Qué buen padre sería para mis hijos. Nos veo con tres, sin duda alguna. Lorencito, Julietita y... habrá que preguntarle a él qué nombre quiere para la otra niña, porque de que tengo un niño y dos niñas con este pedazo de hombre, los tengo.

—Sí, sí, mi madre que los cuida muy bien. La abuela Esperanza es un amor con ellos. Se le cae la baba —y el Óscar a la actriz revelación es para... ¡Julieta!

—¡Hola! —Me giro al escuchar la voz de una mujer, pensando que es “Lady extensiones”, pero no, esta es una rubia con carita de niña que se lanza a los bazos de mi Lorenzo como si fuera su dueña.

Espera, ¿he dicho mi Lorenzo? Madre mía, pues sí que me gusta a mí este hombre. Claro, si ya estoy pensando en aumentar la familia y ni hemos cenado juntos. En fin, la cena ya llegará, que lo sé yo.

—Hola, preciosa —responde él con cara de bobo... A ver si va a ser verdad que tiene mujer y no se lo había comentado a la morena que vino a verle.

—¿Comemos?

—Claro, espera que voy por el móvil.

Cuando Lorenzo se marcha, la rubia me mira con cara de pocos amigos, ¿qué le pasa? Si no me conoce de nada. De verdad, que no soy tan mala, solo un poquito traviesa, pero es que la vida sería aburridísima con tanta seriedad.

—Perdona, ¿tú eres...? —pregunta apoyándose con ambas manos en mi escritorio. Peligro, esta es capaz de arrancarme el pelo, y el mío es natural, no son extensiones.

—Julieta, la nueva secretaria de Don Lorenzo.

—¿Don Lorenzo? —estalla en una carcajada que deja su aspecto de niña buena y glamorosa por los suelos—. Espero que no te oiga llamarle así, a menos que quieras que te despida.

—Pues me ha oído varias veces y aquí sigo.

—Pues tienes valor, bonita, que al jefe no se le puede mangonear. Llevas poco tiempo, ¿verdad?

—Es mi tercer día —respondo, orgullosa y juraría que hinchada como un pavo en Navidad.

—A ver lo que duras —estrechó los ojos llevándose los dedos en forma de uve hacia ellos sin dejar de mirarme—. Te estoy vigilando.

¡Toma ya! Otra que va a estar en plan halcón. Mira tú qué bien. Lorenzo se marcha con la rubita, que igual es teñido, pero no me he fijado tanto, y vuelvo a quedarme sola, rodeada de paz y silencio. Sí, me gusta disfrutar de momentos así, lástima que la bañera de casa de mis padres no es tan grande como para darme ese pequeño capricho de vez en cuando. Recojo yo también y me voy a ver a mi hermana.

—Hola, hermanita —saludo al llegar junto a ella, que me esperaba en el restaurante cerca de casa de nuestros padres porque después iría a tomar café con ellos. A ver, ella ya está independizada desde hace un par de meses, vive con su Víctor del alma, pero echa de menos el nido en el que se ha criado.

—¿Cómo estás, Julieta? —me dice dándome uno de sus abrazos.

—Bien, en mi turno de descanso.

—¿Y el trabajo? ¿Todo bien? ¿Estás contenta? Dime que estás portándote bien con Lorenzo, por favor.

Anda, otra Pepita Grilla. De verdad, qué poco confían en mí. Bueno, será que como en cada trabajo en el que he estado, no se ha librado nadie de mis travesuras durante unos días... Vale, semanas.

—Bien. Sí. Mucho. Más buena no se puede ser —respondo a sus preguntas por orden, cosa que hizo que mi hermana mayor sonriera.

Nos parecíamos bastante, ambas de cabello castaño y liso, de estatura media, como nuestra madre, casi podríamos pasar por mellizas porque nuestro rostro es muy parecido. Tan solo una cosa nos diferencia más, el color de ojos. Mientras los suyos son de un precioso verde heredado de nuestra madre, yo había salido a la rama paterna, ojos marrón chocolate.

—¿Y tú hombretón? ¿Qué tal la convivencia con él? —pregunto cambiando de tema, que no es que mi cuñado sea algo de lo que me apasione hablar, pero, a ver, no había otra cosa si quería dejar mi trabajo a un lado.

—Muy bien —responde con una sonrisa de esas que te alegran el alma. Enamorada hasta las trancas es poco, solo espero que “coliquitos” no haga daño a mi hermana porque... Por mi niña, mato.

El resto de mi descanso para comer lo pasamos hablando de su trabajo, como enfermera. Veía de todo, pero le partía el alma cuando llegaba algún niño herido por un accidente de tráfico. El peor caso lo vivió solo un par de días antes, cuando no pudieron hacer nada por ese pequeñín que tenía toda una vida por delante. Tras despedirnos asegurando que comeríamos juntas en su próximo día libre, nos abrazamos como si no fuéramos a vernos en meses, vamos, ni que una de las dos se fuera a una isla perdida a concursar para la tele.

Y vuelvo a pensar en el trabajo, que, para mi suerte, por las tardes no tengo que ir a la oficina. Me libro de aguantar los gritos y las caras de rey de los orcos que tiene Lorenzo cuando, según él,

hago algo que no está bien. ¿Él trabajará por las tardes? Porque cuando se es jefe, si no quieres ir una tarde porque no te apetece, pues no vas. Te quedas en casa y santas pascuas, ¿verdad? El día que sea la mujer del jefe... ¿Otra vez pensando en eso?

—Ay Julieta... ¡Estate quieta! —me digo a mí misma entrando en el coche para volver a la oficina.

Capítulo 9: Lorenzo



Salí con mi hermana de las oficinas, resoplando, cada vez me ponía más nervioso Julieta, me caía entre mal, peor, regular y como el culo.

Lo peor de todo es que no sabía sí hacía las cosas adrede, o es que era tonta del culo y sin remedio, pero por ahí andaba sin duda la cosa.

Sabía que mi hermana me iba a decir algo sobre ello y fue pensarlo y ella saltar...

—Hermano, me cae mal tu secretaria —dijo subiéndose a mi coche.

—Bienvenida al club, un regalito en forma de compromiso de Víctor, es su cuñada.

—Joder, pues te coló a una tonta.

—Tampoco te dio tiempo a deducir eso. ¿En qué te basas? —le pregunto intrigado por saber si no era solo cosa mía eso de que me cayera fatal.

—Sus gestos prepotentes, pero que intentan aparentar ser una mosquita muerta y está vivita y coleando.

—Joder, buen análisis.

—Otro contacto más con ella y te digo hasta de qué pie cojea.

—De tocarme los cojones, te lo digo ya.

—¿Y por qué no la echas?

—Aún es pronto, no quiero que Víctor se sienta mal, pero no tardaré en hacerlo. Esa no va a durar mucho en la empresa.

—Hermano, te recuerdo que mañana voy con mi chico.

—Tu chico... —se me escapó una risa. Tres días y ya era su chico. Desde luego me tenía que tragar la saliva pues yo habría deseado ir con Abril, así que estábamos en las mismas.

Llegamos a un centro comercial ya que ella quería mirar unas cosas y yo también, además había varios restaurantes que nos gustaban así que era el sitio perfecto para perdernos unas horas.

Y no, no podía ser, ya comenzaba Estíbaliz con la gracia de las escaleras automáticas y sus *Tik Tok*, todo el mundo mirando y ella haciendo los bailecitos mientras que el “menda lerenda” la iba grabando.

Y ese pie que levanta haciendo lo que ella llamaba la serpiente picarona. ¡No podía con ella! Pero encima le quedaba genial, tenía carisma, era guapa, se movía bien y así mantenía el éxito entre las féminas.

—¿Ya? —le pregunté mientras lo veía.

—No, no, está horroroso, este movimiento me salió fatal, repetimos. Intenta que me coja más alargada, se me ve más esbelta —¡Más esbelta, decía! Para matarla, era perfecta y se la veía genial.

—Yo me voy a cagar en todo lo cagable —resople volviendo a dar la vuelta en las otras escaleras para grabarla de frente, ella para arriba y yo hacia abajo.

Volví a enseñarle el móvil y esta vez sí le convenció, menos mal porque si no, la tiraba escaleras abajo y no le grababa ni uno más, tenía un hambre de mil demonios y la niña dando por saco.

Se puso a subirlo a las redes de lo más nerviosa.

—Verás la de *likes* que me gano en segundos —dijo emocionada.

Los *likes* en segundos eran un hecho, ni dos minutos y ya contaba con decenas de miles, para alucinar, esa jodida aplicación era la hostia, nada que ver con mi página social que funcionaba, pero de otra manera, más del estilo de Facebook.

Nos decantamos por un italiano, pero ya sabía yo por qué era, más que nada porque el local estaba ambientado en ese país, con una Vespa y hasta una imitación de la Torre de Pisa.

Pedimos unas copas de Lambrusco, unas burschetta y una pasta a la carbonara y claro, mientras nos lo traían me tuvo haciéndole fotos por todo el restaurante para sus redes sociales, sobre todo, para la mía que es donde lo petaba la niña.

—Verás esta cómo causa sensación —dijo en la que estaba sobre la Vespa y la verdad es que siempre acertaba, salía de lo más divertida, *chic* y elegante.

Elegancia tenía mucha, además de un gusto exquisito para escoger cada prenda con la que obsequiaba a sus seguidores con las imágenes que subía.

Fotos a la comida, a nosotros, a ella haciendo muecas... Total que me estaba estresando en ese día que se suponía que empezaba mi paz mental ya que no volvía a trabajar hasta el lunes.

—A la gente le gusta mucho las imágenes de las comidas, pero por supuesto en fotos muy cuidadas, no es lo mismo poner esta —me enseñó la de ella riendo mientras mordisqueaba la bruschetta—, que una poco cuidada de una hamburguesa de comida rápida.

Mi madre me llamó para preguntar si necesitaba algo para el día siguiente, me había ayudado en mucho, pero ella seguía pendiente a cada detalle, no como mi hermana, que a lo único que se dedicaba era a exigir lo que quería y no para sus fotos del evento, aunque como era nuestra niña bonita, todos sus deseos se convertirían en órdenes para mí y no le faltaría nada de lo que hubiese pedido.

Me tenía muy nervioso el tema de Abril, no había dado señales de vida y mucho menos había contestado a mi mensaje. ¿Le habría pasado algo tan grave como para no hacerlo?

¿Se habría enfadado conmigo por algo? No podía ser, eso sí que no, pero bueno, estaba ansioso por saber qué había pasado para que no hubiese atendido mis llamadas o mi mensaje, aunque realmente no la conocía en ese sentido, lo mismo era normal en ella pasar de responder. ¡Yo qué sé! Lo único que sabía es que no dejaba de darle vueltas al coco.

Tras la comida nos fuimos de tiendas, ir con mi hermana era un atentado contra la tarjeta. Eso sí, ella no sacaba la suya, todo lo iba pagando yo y ella se quedaba tan ancha, vamos ni el mínimo intento, pero sabía de sobra que no la dejaría pagar.

Decenas de perfumes los que se compraba, no le valía con tener uno o dos como cualquier persona, ella iba probando y acumulando tal cantidad de ellos, que tendría para muchos años, pero claro, como iba de “jeta” me sonsacó un par de ellos, al igual que un bolso, unos *jeans* de una

marca que la volvía loca y un montón de cosas más.

La gracia de todo es que al ser *influencer* muchas marcas le enviaban toda clase de ropas y fragancias, como deportivas, zapatos, bolsos y demás complementos, pero nada, la princesita necesitaba más y más. Le iba a faltar vida para ponérselo todo.

Agotado me tenía de tienda en tienda, yo iba comprando alguna que otra prenda para mí, además de un reloj que vi y que era el perfecto auto regalo de cumpleaños para lucir en mi día.

Terminamos quedándonos toda la tarde en el centro comercial y cuando ya no podíamos más con tantas bolsas, eso sí, yo las llevaba, nos fuimos hacia el coche y se vino para casa, esa noche quería dormir conmigo y ver una película, para ello me hizo comprarle ropa interior, un pijama primaveral y hasta sus productos para el cabello, todo por no pasar por casa de mis padres a coger sus cosas. La niña era la niña, una consentida de dos pares de demonios.

Se metió en un baño y yo en otro para ducharnos cuando llegamos y luego nos fuimos a la cocina a preparar una ensalada de las nuestras: pasta, huevo duro, pasas, nueces, maíz, cebolla, atún y piñones. Era nuestra favorita, nuestros padres nos la hacían así y ya era vicio.

—Tengo ganas de independizarme y tener una casa para mí sola, pero por otro lado estoy tan bien en casa...

—Hermana, ya sabes que no te vas a ir, estás con todas las comodidades ahí y te lo tienen todo hecho —negué riendo.

—Bueno, puedo contratar una chica como tú —volteó los ojos.

—¡Sí, claro! Anda, calla y come. ¿Qué peli vamos a ver?

—Pretty Woman —sonrió.

—No, ni de coña —reí.

—Es broma, tonto, elige la que quieras, menos de miedo, que luego tengo pesadillas y me paso la noche a chillidos.

—¿Y si vemos una comedia?

—¡Vale! Acepto.

Y terminamos viendo una con la que no podíamos parar de reír “Salidos de cuentas”. Mi hermana estaba a carcajada limpia todo el tiempo y no me dejaba ni escuchar, a punto estuve de ponerle un esparadrapo en la boca.

Al final de la película nos pusimos a charlar, cada uno en un sofá, ahí es donde íbamos a dormir ya que cuando mi hermana se quedaba no se iba a la habitación y eso que se tenía una cogida para ella, para emergencias decía, esas que eran las que le daban la vena y se venía, pero no, al final siempre me hacía quedar en el salón con ella.

Nos dieron charlando la una de la madrugada y al final quedamos rendidos entre risas y cosas que me contaba de Mathew, su chico *influencer*...

Capítulo 10: Julieta



No hay nada mejor que un sábado primaveral. Bueno sí, una mañana de sábado primaveral en el centro comercial. Hoy es el cumpleaños de Lorenzo, y tengo clarísimo lo que voy a regalarle. Vamos, que se va a sorprender de lo lindo.

Localizo mi objetivo, entro, voy a la sección y busco hasta dar con lo que quiero. Ni ayuda he necesitado de las dependientas, seguro que nadie tiene tan claro como yo lo que va a llevarse. Pago mi compra más feliz que una perdiz y salgo dispuesta a quemar la tarjeta. Vale, tampoco hay que pasarse que una tiene ahorritos, pero hay que conservarlos un poco, por lo que pueda pasar.

Primer destino, una de esas boutiques donde tienen vestidos monísimos capaces de dejar sin palabras a un hombre. Es que hoy se ha despertado mi Julieta más guerrera, qué le vamos a hacer. Pido ayuda a una de las dependientas, que ellas están más que acostumbradas a vender y saben lo que mejor les sienta a sus clientas, y tras probarme tres vestidos, tanto ella como yo sonreímos al verme con el último. Ahora solo me faltan algunos complementos y unos buenos tacones.

Tras hacerme con un buen cargamento, le pido que me lo deje guardado puesto que ahora me quiero dar una de esas sesiones de belleza que toda mujer necesita de vez en cuando.

Voy al salón y me pongo en manos de un chico de lo más agradable, que mientras me pone cremas y potingues varios, me cuenta un poquito de sus cosas. Si es que, si algo tengo, es que la gente me coge confianza enseguida, como Lorenzo, que ya entro en su despacho sin llamar a la puerta. Verás en un par de semanas. Bueno, a partir de esta noche ese hombre me mira con otros ojos, que lo sé yo. Lorencito va a ser mío y de nadie más. “Lady extensiones” no tiene nada que hacer...

Cuando salgo del salón tengo el cutis tan suave como el culito de un bebé, además del cuerpo, he dejado que me dieran un masaje con aceites y parece que tenga seda en vez de piel. Me siento de lo más resplandeciente.

Toca peluquería, algo distinto, que la melena suelta Lorenzo me la tiene muy vista. Entro, me preguntan si tengo cita y al contestar que no, pienso que voy a tener que irme por donde he venido,

pero la chica de recepción me dice que han tenido una cancelación y pueden atenderme, así que más contenta que unas castañuelas allá que voy a sentarme y dejar que Lupe, una pelirroja muy simpática, haga magia con sus manos en mi cabello.

Y tanto que la hace, después de un buen lavado con champús hidratantes, mascarillas, cremas y alguna cápsula de esas de vitaminas para el cabello, me recortó un poquitín las puntas para sanear y me hizo un recogido la mar de bonito.

Cogió el pelo de la parte de arriba, llevándolo hacia el lado izquierdo, donde hizo una trenza. Con el resto del pelo hizo otra que recogió en un moñito bajo monísimo para después coger la otra trenza y colocarla alrededor del moñito. Vamos, que llevo un recogido trenzado que me encanta.

Hora de comer, y como voy a hacerlo sola, llamo a mi amiga Marina para charlar mientras espero que me sirvan la ensalada de pasta, que hoy me apetece algo ligerito.

—¿Qué tal, reina? —pregunta ella sonriente, aunque de fondo escuchaba yo lo que tenía por casa.

—Bien, de compritas, ¿y tú?

—En casa, con mis trastos, ya sabes, todo muy yo —reí al escucharla y es que, aunque es un amor y adora a sus trastos como ella dice, desde luego que tiene el cielito ganado esa buena mujer — ¿Y cómo es que está de compritas, señorita?

—Porque es el cumpleaños de Lorenzo y tengo que estar radiante esta noche para él.

—Espera... ¿Te ha invitado el jefe a su cumpleaños?

—Oficialmente no, escuché ayer que iban todos y yo no voy a ser menos, que soy su secretaria, hija.

—Julieta...

—... estate quieta, ya lo sé. Que solo es un cumpleaños, si hasta le he comprado un regalo que seguro que le va a encantar. Y voy a ir guapísima, ya te mandaré foto con mi vestido nuevo, con sus complementos y unos taconazos que...

—De verdad, que no sé para qué te digo nada, si al final haces lo que quieres. ¿En serio vas a presentarte así, sin más, en la fiesta de cumpleaños de tu jefe?

—¡Pues claro! Y lo contento que se va a poner él cuando me vea. Te lo digo yo.

—En serio, no puedo contigo —su voz queda casi tapada por un estruendo. ¿Qué habrán liado sus trastos ya? —. Te dejo, que al final me quedo sin piso. Pásalo bien, anda, y mándame una foto para darme envidia de lo guapa que va mi chica.

—Eso está hecho, y otro día vamos juntas de compras y a que te den una sesión de belleza que a mí me ha dejado como nueva.

—Deja de dar envidia, desgraciada. Te quiero, trasto.

—Y yo, Pepita Grilla.

—Ya estamos con el apodito... Un día de estos... —Pero no dejo que siga porque empiezo a reír y cuelgo.

¿Qué haría yo sin mi mejor amiga? Desde luego que otra como ella no encuentro, es la mitad perfecta para mí. La sensatez y madurez que a mí a veces me falta, no siempre, que no soy una descerebrada, y yo el equilibrio perfecto que pone ese punto de locura sana que tan bien le viene a ella. Que es muy joven para lo que ha tenido que pasar y que conmigo cuenta para todo lo que necesite, vaya que sí.

Disfruto de mi ensalada mientras reviso las redes sociales, que las tenía un poquitín abandonadas así que ahí estoy cotilleando cuando, de repente, veo una foto de la rubia con carita de niña que casi se come a mi Lorenzo ayer. Vaya, vaya, y no está sola, un muchacho que debe

tener tres o quizás cuatro años más que ella la acompaña. Se la ve feliz, sonriente, y lo mira con unos ojitos...

—Así que Estíbaliz, ¿eh? Muy bien, señorita, vas a saber lo que es perder a tu maridito porque a ese yo te lo quito. Vamos, que en cuanto vea que sales con otro y le haces carantoñas, te deja con una mano delante y otra detrás.

Me guardo tantas fotos como puedo de ella y el chico ese, igual que de ella con Lorenzo, que hay unas cuantas, en la red de esta chica, anda que no tiene seguidores. ¿Quién será? No me suena que se dedique al mundo del espectáculo, vamos que ni canta, ni baila ni hace cine. Igual es una de esas chicas que hay por la televisión que han salido con fulanito y después con menganito y ahora tienen sus bolos de un lado a otro. Quién sabe...

Tengo el número de teléfono de mi jefe guardado en la agenda, para emergencias y esas cosas, así que aprovecho para enviarle un mensaje con las fotos que he ido guardando.

«¿Problemas en el paraíso?»

Con eso es suficiente, dicen que a buen entendedor pocas palabras bastan, y que una imagen vale más que mil palabras. Pues lleva unas cuantas fotos, que se empache de ver a su preciosa rubia en brazos de otro.

Termino de comer, recojo mi nuevo vestido junto al resto de complementos y lista para ir a casa.

En cuanto llego, mi madre me dice lo guapa que estoy con el recogido tan modernito que me han hecho, y que tengo la piel muy suavcita, que a ver si la llevo un día a que le hagan lo mismo.

Saco el vestido de su funda y lo cuelgo en la parte alta del armario para que no se arrugue, que yo hoy tengo que ir impecable, como va siempre Lorenzo. ¿Qué traje se pondrá esta noche? Si fuera azul marino, que contrasta a la perfección con el color de sus ojos...

Preparo los zapatos, pendientes, gargantilla y la pulsera y voy a tomarme un café con mis padres, que no tardan en preguntarme dónde voy a ir esta noche. Como no quiero que se lo cuenten a mi hermana ya que Víctor podría fastidiarme la sorpresa, les digo una pequeña mentirijilla, que he quedado con un compañero del trabajo para cenar y tomar una copa.

—Me alegro, hija —responde mi madre, feliz de saber que había vuelto a querer salir con un chico—, desde lo que te hizo Gonzalo... no has estado con nadie.

Con nadie, que ellos sepan, que una no es monja de clausura, para qué mentir. Gonzalo, es el último hombre al que quisiera ver en esta vida. ¿Pues no me dejó por una azafata de su compañía? Vamos, que Gonzalo era, o es, porque digo yo que seguirá respirando ese canalla, piloto de avión, de esos que se pasan la vida surcando los cielos y te llaman cuando llegan al aeropuerto para decirte que está bien. Todo iba bien, fue el que más tiempo estuvo conmigo, y me dejó hace ya casi dos años. Por eso Víctor se atreve a decir que los novios no me duran ni dos telediarios, porque no he querido nada serio con nadie y simplemente estoy una semana, o tal vez dos, con el mismo tío y después nada de nada.

Mi madre no lo sabe, no quiero que se haga ilusiones si le digo que he conocido a alguien. Que esta mujer me prepara una boda y hasta el bautizo de su nieto antes de que yo diga, esta boca es mía.

Después de ver un poco la televisión con ellos, vuelvo a mi cuarto para prepararme, lo primero enciendo el equipo de música y dejo que la voz de *Ed Sheeran* me acompañe mientras me maquillo. Nada demasiado exagerado, que mi padre siempre dice que con un toque natural y sencillo estoy más que preciosa. Cosas de padre, la verdad.

Unos golpecitos en la puerta y poco después veo a mi madre a través del espejo.

—Hija, estás preciosa —sonríe al verme, y sus ojos se llenan de un brillo que conozco bien.

—Gracias. ¿Puedes ayudarme con la cremallera, por favor?

—Claro, mi niña.

Sé que, para mi madre, Susy es su favorita, pero yo soy su milagro especial. Sí, un milagro. Y es que Doña Esperanza pensó que después de su primer retoño no podría tener más hijos, así se lo habían dicho los médicos, y cuando le dieron la noticia de que estaba embarazada de nuevo, quiso ponerme Milagros, pero mi padre dijo que, ya que ella había escogido el nombre de mi hermana, le tocaba a él hacerlo con el mío y como no fui el niño que querían para llamarle Julián, me quedé en Julieta.

—Vas a volver loco a ese muchacho, mi niña —susurra mi madre mientras me acaricia la mejilla—. El día que un hombre te vea de verdad, no como Gonzalo, no querrá dejarte escapar.

—Mamá, que me vas a hacer llorar... —digo parpadeando para evitar que las lágrimas caigan solas.

—Te veo a ti, y veo a la joven que una vez fui. Mi madre también me dijo eso mismo que acabo de decirte, y esa misma noche, en la boda de mi primo Timoteo, conocí a tu padre.

—Mamá, la vuestra es una historia de amor del bueno, del de verdad. De ese que se mantiene firme contra viento y marea, llueva, truene o granice. Papá te quiere mucho, no hay más que ver cómo te mira.

—Y yo a él, pero el amor es eso, mi niña. Luchar contra quien se interponga por delante. ¿Sabías que tu padre tenía una mujer que le rondaba?

—¿Qué me dices! —Eso nunca nos lo había contado.

—Sí, hija. Ramoncita se llamaba. No la aguantaba, era mala y quiso quitarme a mi Julián con mentiras. Si hasta dijo que esperaba un hijo suyo la muy... —se queda callada, recordando, y no puedo hacer otra cosa que acariciarle el brazo— Pero al final aquí estamos, cuarenta años después, con dos hijas como dos soles.

—Soy vuestra mayor fan, mamá. Yo quiero un amor como el vuestro.

—Y lo tendrás, hija, lo tendrás. Di conmigo que esta noche... te sale pretendiente.

Y tras esas palabras, mi madre sale dejándome sola. Me siento en la silla de mi tocador y por un momento recuerdo a la morena y la rubia que rondan a Lorenzo. Vaya, si es que yo tengo dos Ramoncitas para mí solita.

—Naranjas de la china, majas, que Lorenzo es pa' mí o pa' más nadie —como dice Shakira, muy sabia ella.

Cojo el regalo de Lorenzo, ese que le va a dejar loco cuando lo vea, y me despido de mis padres. He pedido un taxi, que con estos tacones y el vestidazo que llevo no quiero conducir, así que bajo a esperar que llegue y en menos de lo que pensaba ya estoy sentada dándole al taxista la dirección del local.

¿Será posible que estoy nerviosa? Por favor, ni que no hubiera estado nunca en un local con más gente, pero no es por eso, que lo sé yo. Es por Lorenzo, porque voy a verle fuera del trabajo y porque no vengo vestida de secretaria eficiente. ¿Qué pensará cuando me vea? A ver, que se enfada seguro porque vengo sin que me haya invitado, pero también formo parte de su plantilla de empleados, ¿no? Pues ya está, aquí todos iguales, sí no, que no invite a los trabajadores.

—Hemos llegado —me avisa el taxista. Pago, salgo recibiendo el aire de la noche, y me sorprendo al ver lo que tengo delante.

Madre mía, pues sí que está viniendo gente esta noche aquí. Camino, decidida como si viniera como una invitada más, hasta la entrada donde me para el portero.

—Buenas noches, señorita. Es un evento privado.

—Lo sé, soy una de las empleadas de Lorenzo, el anfitrión.

—Bienvenida, que se divierta —responde con un gesto de su mano para dejarme entrar.

Qué fácil, y qué suerte la mía, vamos, que cualquier día me voy a un estreno de cine a ver si me dejan entrar así, con ponerme un poquito mona no desentonaría. Respiro hondo, entro y espero no encontrarme con mi hermana o mi cuñado antes de ver a Lorenzo, que no quiero que me manden a casa como si fuera una niña pequeña, pues esos dos son capaces, sobre todo el “coliquitos...”

Capítulo 11: Lorenzo



Están llegando los primeros invitados, me froto las manos de lo nervioso que me encuentro y es que ese día era de los que te lo curras para que todo salga perfecto, para que nada pueda fallar y eso espero.

Observo todo a mi alrededor; las antorchas y velas grandes iluminan el jardín, los camareros están atentos a todo, mis padres están pendientes de que nada se pase, mi hermana da vueltas con su nuevo chico de un lado a otro haciendo *Tik Tok* con él, todo va sobre ruedas.

¡No me lo puedo creer...! Mis ojos ven aparecer a Julieta. ¿Quién cojones la invitó? Contengo la respiración para no liarla, es mi día y ni ella, ni nadie me lo va a estropear. La voy a recibir con una sonrisa de oreja a oreja y no voy a montar ningún numerito, no se puede estropear algo con lo que tantas ganas he preparado.

Está preciosa y ese peinado le sienta genial, observo cómo camina hacia mí de manera sonriente con lo que parece un regalo en las manos, al menos al tenido el detalle de traerme algo.

Lleva un vestido corto a modo falda con un lazo grande a un lado y la parte de arriba como si fuera una camiseta que se ve que es de un solo tirante, lo acompaña con una especie de rebeca fina que le combina con ese modelito muy bien y unos taconazos que le hacen unas piernas espectaculares.

—¡Jefe, felicidades! —exclama emocionada cuando está delante de mí y se atreve hasta a darme un abrazo. Debo reconocer que me hace hasta gracia y me sorprende lo bien que huele y lo suave que tiene su rostro.

—Gracias, no la hacía por aquí... —sonreí.

—Hombre, venía toda la plantilla y yo no podía hacerte este feo, soy tu secretaria —me puso el regalo en las manos sin dejar de sonreír como la que había hecho el bien del año, pero bueno, era un detalle por su parte el no colarse con las manos vacías encima de que se autoinvitó por la cara.

—Gracias —lo abro y me quedo sorprendido al descubrir que es mi perfume favorito.

—Vaya acierto, es el que uso.

—Tengo un olfato que todo lo adivino, soy muy especial para los olores.

—Me lo creo, me lo creo. Por cierto... ¿Con quién dejaste a los trillizos?

—Con mi madre, ya sabes cómo son las abuelas, se desviven por ellos.

Ella seguía mintiendo como una bellaca y lo peor de todo es que lo disfrutaba la jodida, era una buena descarada que se quedaba tan campante con sus propias mentiras.

En ese momento aparecieron Víctor y Susy, por la cara que pusieron estos no se imaginaban que Julieta iba a estar, pero se saludaron, me entregaron el regalo que era una corbata de una firma muy exclusiva y se alejaron a tomar algo y dejar que los siguientes invitados fueran apareciendo y entregando sus regalos.

Y cuando no me lo podía esperar, apareció Abril, con ese vestido rojo, pegado al cuerpo, su melena al aire con una especie de horquilla que recogía el lado derecho de su pelo, mirándome fijamente y andando directa hacia mí.

Era un bomboncito, ese que yo estaba deseoso de mordisquear y probar, ese que estaba haciendo que perdiera la cabeza por tener un momento sabático con ella. ¿Sería esta noche?

—Estás preciosa, no esperaba encontrarte aquí... —La cogí por las manos para mirarla y la besé la mejilla. El brillo de su mirada era como una noche de fuegos artificiales que hacen especial ese momento.

—Espero que tu mujer no se ponga celosa —dijo en un tono un poco puyita y me quedé paralizado. ¿A qué se refería?

—No entiendo de qué mujer hablas, aún no nació la fêmea capaz de atarme en corto —carraspeé en espera de su respuesta.

—Bueno, la madre de tus hijos —sonaba a retintín...

—Me cago... —En ese momento pude ver claramente que aquello había sido cosa de Julieta, a la que vi a lo lejos y me levantó la mano sonriente como diciendo que, ahí la llevaba.

—No tengo mujer, no tengo hijos, pero tengo una secretaria un poco cabrona —volteé los ojos.

—La que está allí —señaló sin dudarlo, como que la conocía muy bien.

—Esa misma —resoplé—. Ahora entiendo que no me respondieras... —Me puse la mano en los ojos a modo de indignación.

—Esa no sabe con quién fue a dar, si quiere guerra la tendrá. Por cierto, —sacó algo de su bolso y lo puso en mis manos— es para ti.

—No debías de haberte molestado.

—No es una molestia, espero que te guste.

Y tanto que me gustó, un bolígrafo de una firma muy exclusiva y elegante, en color malva claro, una preciosidad que le agradecí enormemente.

Tenía buen gusto, solo había que verla a ella, la elegancia, el saber estar, el control... Me ponía cardíaco.

Se retiró a tomar algo, quedamos en que en un momento nos veríamos, ella conocía a uno de los presentes y fue a charlar con él, mientras yo seguía recibiendo invitados, pero de que a Julieta la mataba, la mataba. Vaya el atrevimiento a hacer ese tipo de cosas que no eran justificables.

Lo peor de todo pese al cabreo que tenía por lo que había hecho, era que me seguía causando una sonrisa. ¿Me estaría contagiando la locura?

Mis padres aparecieron y me regalaron unos gemelos de oro y brillantes, joder como se esforzaban y eso que ricos no eran, pero siempre se dejaban la piel en sorprendernos a Estíbaliz y a mí.

—No debíais haber gastado tanto dinero, sabéis que me lo puedo comprar yo —los abracé a la vez y los pegué a mi pecho.

—Hijo, si lo compraras tú no los ibas a cuidar y apreciar tanto como siendo un regalo nuestro —dijo mi padre cuando nos separamos y apretó mi hombro con su mano.

—Además, no tenemos la fortuna que tienes tú, pero hemos trabajado y ahorrado lo suficiente para poder daros algún que otro caprichito así —aseguró mi madre acariciándome la mejilla.

—Lo sé, mamá, lo tengo muy claro. Habéis trabajado toda la vida —le sonreí pellizcándole la mejilla.

Mi hermana me sorprendió con una pulsera de cuero y acero de una firma que me gustaba bastante, me la puse en la mano contraria al reloj y eso la hizo muy feliz, me comió a besos y comprobé cómo Julieta me miraba con el hocico hacia fuera. ¿Qué le pasaba a esa mujer? Madre del amor hermoso, aquello era una condena.

Julieta no me quitaba los ojos de encima, ni a mí, ni a Abril que charlaba con conocidos, esos que al igual que yo no tenían ni idea de quién era, solo que aparecía de vez en cuando por alguna que otra fiesta, era increíble. ¿Quién era esa sensual mujer? ¿A qué se dedicaba? Fuera lo que fuese lo iba a terminar descubriendo.

La fiesta comenzó a animarse, pasaban vinos, había varias barras por todo el jardín, canapés de todos los sabores y para todos los gustos, jamón, croquetas, de todo para que no faltara de nada en ese día tan especial.

En ese momento comenzó a sonar una canción que me encantaba, la de “Eres Mía” de Romeo Santos. Miré a Abril que estaba mirándome de lejos, no paraba de observarme, le hice un guiño mientras pensaba que no sabía cómo lo haría, pero esa noche sería mía tal como la canción.

Todo el mundo saludado y ya por fin podía ir a mi bola, así que lo primero que hice fue acercarme a Abril, que charlaba con unos amigos míos y con un poco de disimulo la aparté de ellos.

La música era perfecta, todo lo era, la gente estaba disfrutando, charlaba, bailaba y claro, todos los ojos puestos en mí y en mis actos, como era de esperar.

Me acerqué a Osvaldo, un empresario de los más potentes de mi página, de esos que se apuntan a un bombardeo. Era el que se encargaba de gestionar la publicidad de muchas grandes firmas, así que yo lo invitaba a todo lo que surgía, necesitaba tenerlo contento y que se sintiera especial. Me hacía gracia que siempre aparecía con una mujer diferente y con todas se le veía de lo más atento y caballeroso, ese debía de ser su secreto, a todas las tenía babeando.

En ese momento, y sin poderlo creer, el micro del evento chirrió y todos los invitados miraron al escenario donde... ¡No!, no lo podía creer... Ahí estaba Julieta, sonriente y mirado a todas partes y saludando cual princesa de Jordania.

Y menos pude creer cuando de repente escuché esa canción de cumpleaños en inglés, a lo *Marilyn Monroe*, con el final de *Mr. Loren*. De esta iba a salir despedida de por vida, la iba a matar o mandar a que la secuestraran o pagarle un billete de ida a algún país del mundo donde me aseguraran que no la iban a dejar salir más. Algo por el estilo debía pasar.

No entendía ese atrevimiento y descaro que poseía. ¿No le temblaba la voz al hacer esas cosas aun sabiendo que podía perder su trabajo? Aunque bueno, viniendo de alguien que habla de sus trillizos imaginarios...

Los asistentes aplaudían emocionados y ella se cruzaba de piernas hacia atrás haciendo un gesto de agradecimiento, mientras tiraba besos a todos y podía ver en la cara de Víctor y Susy que no lo estaban pasando nada bien con ese descaro de Julieta.

—Es un poco ligerita tu empleada... —murmuró Abril.

—Un poquito, nada más —dije tragando saliva y queriendo que alguien la sacara del evento, pero me conformaba con que se quedara quietecita un poco más.

Mi hermana me miraba a lo lejos, negando, me había presentado a *Mathew* que hablaba

amigablemente con mis padres, se le veía muy educado y simpático, parecía un chico con unos valores dignos para estar con mi hermana.

El caso es que en el fondo me había hecho gracia lo de Julieta, incluso me había sacado una sonrisa, pero que había sido muy atrevida no cabía duda de ello.

Abril en cambio me seguía produciendo una tensión que necesitaba resolver inmediatamente y lo hicimos, conseguí llevarla a un apartado que había una especie de habitación donde yo tenía los regalos guardados y ahí fue cuando nuestros flujos salivares comenzaron a unirse de forma pasional, con muchos deseos, hasta que mis manos fueron subiendo su vestido por encima de sus caderas y la apreté contra mí bien fuerte, yo estaba apoyado sobre la mesita donde reposaban todos los regalos.

Lo hicimos ahí, a lo fiero, quitando aquella tensión que había tenido durante esos días, la cogí sobre mis caderas y la penetré, luego la puse mirando hacia la pared y bajé su espalda, se lo tenía que hacer de mil maneras y ella... Ella se dejaba llevar entre gemidos que se le escapaban sin poder evitarlo.

Su cuerpo era un escándalo para mi vista y tacto, me daban ganas de traspasarla mientras se lo hacía como más me gustaba y que ella lo disfrutara, quería que aquello no acabara nunca, el placer era inmenso y mi corazón iba a mil, me faltaba hasta el aire, pero me daba igual, yo quería sentir eso que tanto había deseado y fantaseado. Por fin estaba donde yo quería, entre mis manos.

Acompañé a Abril a la puerta, debía irse antes ya que tenía un compromiso al día siguiente por la mañana. Seguía sin darme datos de su vida, pero quedó en que estaríamos en contacto.

Me hizo un guiño al montarse en el taxi, me acababa de poner cardíaco y eso que había desfogado de una manera increíble, pero ella me provocaba esos calores que se iban volviendo más intensos a cada momento.

Entré a la fiesta sonriente, ya me había quitado aquella maldita tensión sexual que me acompañó ese tiempo, ahora ya estaba más relajado.

Aparté a Julieta de Víctor y Susy con disimulo.

—¿Por qué le dijiste eso a Abril, el otro día?

—¿Quién es Abril? —Se hizo la despistada.

—No te hagas la tonta, y, por favor, te pido que no vuelvas a hacer algo de ese tipo o...

— O iré a la calle, ¿verdad? —soltó una risita que me puso enfadado, pero no solo eso, me hizo hasta sonreír a mí. ¿Qué me estaba pasando con las mujeres?

Me cogió de la mano y comenzó a hacerme bailar la canción que estaba sonando en esos momentos. ¡Hacerme bailar a mí!

Pues lo logró mientras yo no dejaba de negar por lo atrevida que era, pero estaba llena de vida, era algo de lo que no me cabía duda, estaba como una cabra, pero conseguía sacar lo mejor y peor de mí, era para volverse loco con aquella mujer tan bipolar.

Se movía sensual, de forma que me hacía hasta moverme a su ritmo, con esa sonrisa de no romper un plato y haberse cargado toda la vajilla de un regimiento, pero así era ella, loca y sensual a partes iguales, sin importarle el mundo, solo ella y lo que quería conseguir en ese momento.

Luego estuve con Víctor charlando un rato, el pobre me decía que tuviera paciencia, que Julieta era buena persona, solo había que saberla llevar. ¿Qué había hecho yo para merecer eso?

La fiesta duró hasta altas horas de la madrugada, casi las seis, donde ya no quedaba nadie más que Víctor, Susy y Julieta, a esta última se la tuvieron que llevar hasta obligada, me quería acompañar a mi casa y eso que yo iba en taxi, en fin... La que me había caído a mí con esta

mujer...

Capítulo 12: Julieta



Domingo, y además con dolor de cabeza. No bebí tanto en la fiesta de Lorenzo, pero bailé hasta el punto de sentir pinchazos en los pies. Nos dieron las seis de la mañana y si por mí hubiese sido, habríamos estado un poco más, al menos hasta tomarnos un buen chocolate con churros. ¿Qué noche de sábado no acaba con ese delicioso manjar a la mañana siguiente? Intenté convencer a mi hermana y al atontado de mi cuñado, pero nada, que no quisieron apoyarme y al final... Al final Lorenzo solo en un taxi camino de su casa y yo con mi hermana.

En cuanto llegué a casa me desvestí y me dejé caer en la cama, estaba agotada de tanto meneío, pero, ¿y lo que me divertí? Lástima que el jefecito no abriera su regalito, me habría encantado que decidiera ponerse unas gotitas de su perfume, solo por verle la cara. Que cuando vaya a usarla me lo perderé y su cabreo lo tengo más que asegurado.

Me pongo en pie al ver que son la tres de la tarde. Sí que he dormido, sí, y mi madre no se ha molestado ni en despertarme. Nada, una ducha rápida y a prepararme algo ligerito para comer. Cuando salgo del baño paso junto a mi tocador y ahí está, la prueba de mi pequeña travesura.

Ayer no pude evitarlo, desde luego que compré el perfume que usa Lorenzo, solo que además traje otro... uno más fuerte. *Tabac*, ese que mi madre decía que usaba un amigo de mi padre y que era tan fuerte, que podías desmayarte y no de gusto precisamente sino de la impresión. Sí, Julieta la traviesa hizo de las suyas. Tras coger un bote de cristal y vaciar el contenido del frasco de perfume de mi jefe, abrí el que olía a pachuli y lo rellené con ese. Vamos, que cuando el jefe se ponga unas gotitas de su adorado *The Scent*... va a tener que meterse en la ducha para quitarse el pestazo de *Tabac*.

Empiezo a reír solo de pensar en su cara, y de que el primer pensamiento que tendrá cuando se perfume sea yo, vale, alguna maldición también, pero al menos estaré en su mente, como él en la mía. ¿Por qué? Pues eso quisiera saber, hacía mucho que no me fijaba en nadie de ese modo. ¿Será que me gusta mi jefe más de lo que pensaba? Porque anoche cuando le canté el *Happy birthday* lo hice con todo mi cariño, vamos que no aparté los ojos de él en ningún momento, aunque él quizás no se diera cuenta de eso, ya que estaba ella, esa morena cubierta de extensiones que no se apartaba de él, y me hervía la sangre.

¿Lo peor de la noche? Cuando los vi desaparecer y, curiosa como soy, los seguí hasta ese cuartito donde hubo más que palabras entre ellos. Siendo sincera, hablar los escuché poco, se oían más sus gemidos, los gritos de ella y... Tuve que salir de allí antes de que hiciera una locura, porque poquito me faltó para abrir la puerta y dejar calva a la guarra esa. Que no, que no voy a permitir que nadie me quite a mi Loren. Que ese hombre será mío, que lo sé yo, que si estaba soltero cuando nos conocimos era por algo. Vamos, que me esperaba a mí, a su Julieta. Que le conquistó de todas, todas, y que si tengo que luchar por él lo hago. Ya lo hizo mi madre en su momento y mira qué felices son, cuarenta años de amor y lo que aún les depare el destino. Yo quiero eso, yo quiero ser la Julieta de mi Lorenzo.

Cuando regresaba me topé con la rubia, que era lo que me faltaba, vamos. Un dos por uno, bonita noche. Al final me enteré de que era su hermana pequeña, cuando me preguntó si había visto a Lorenzo y le dije dónde y con quién estaba me gustó escucharla decir que esa mujer no le gustaba ni un poco, al menos en algo estábamos de acuerdo las dos, pero Estíbaliz, que así me dijo que se llamaba, volvió a dejar caer que me vigilaba. Pues nada, qué suerte la mía, ahora debo ser poco más que una delincuente.

—¿Ya despertó mi niña? —preguntó mi padre cuando aparecí en el salón donde él y mi madre tomaban café y veían el tiempo.

—Sí, voy a prepararme algo rápido y me voy a ver a Marina.

—Te he dejado unas croquetas en el microondas, cariño —dijo mi madre, y yo no pude más que sonreír y darle un beso.

Si es que me cuidaban de bien... ¿Dónde iba a estar yo mejor que con ellos?, pues con mi Lorenzo. Joder, otra vez pensando en él, esto tengo que mirármelo. En cuanto hable con Marina se me quita la tontería, seguro.

Croquetas, un poquito de queso y un refresco. Café para terminar de despertarme y saliendo en vaqueros y zapatillas a ver a mi amiga. Una muy buena tarde de domingo.

—¡Abre, que soy yo! —grité en cuanto mi Mary habló por el telefonillo.

Afortunadamente vive en un segundo y sus escaleras no cansan, así que puedo subir andando y así de paso hago ejercicio. Cuando llego a su rellano la puerta está entreabierta y ya escucho a sus trastos gritar. Santa paciencia tiene ella...

—¡Llegó la tía Julieta! —anuncié cerrando con un portazo y allí estaban mis tres bebés, mis trillizos favoritos.

—¡Juli! ¡Juli! —gritaron, soltando los mandos de la videoconsola, para correr hasta mí.

Ni qué decir tiene que cuando me ven, se lanzan a mis brazos y acabamos los cuatro por los suelos, muertos de risa, y con ellos haciéndome cosquillas donde pillan. Los quiero muchísimo, pero son unos cabritos de cuidado.

—¡Ya estamos otra vez! —escuché quejarse a Marina y al levantarme la veo con los brazos en jarra— Cualquiera día le rompéis algo a Julieta, ¿no veis que entre los tres pesáis más que ella?

—Jo, tía Marina, siempre regañándonos. Hacía mucho que no veíamos a la tía Juli —se quejó Álvaro, el mayor de los tres por apenas unos minutos.

Y es que sí tengo trillizos, como le dije a mi jefe el día de la entrevista, no son míos, pero los adoro como si lo fueran.

Marina es su tía, hermana pequeña de su madre, Mónica, que por desgracia de la vida no salió de quirófano después de tener a sus bebés. Álvaro, que así se llama también el padre de las criaturas, Rodrigo, como su abuelo paterno, y Miguel, como el materno.

Álvaro se vio solo y viudo a los veintinueve años, sus padres viven en un pueblecito de

Zaragoza y de allí no salen más que para venir por Navidad, que tampoco es que tengan buena relación con su hijo, pero quieren ver a sus nietos. Marina, como tía de los recién llegados al mundo, se vio en el papel de mamá casi sin darse cuenta, ayudó a su cuñado en todo desde el primer momento, igual que los padres de ella, Miguel y Rosa, que se desviven por estos chiquillos.

Cinco años hace ya que tenemos a los trastos entre nosotros, y claro, son como los muñecos de todos. Álvaro es policía por lo que Rosa se encarga de los niños por las mañanas y Marina por las tardes, mientras que las noches, salvo en las que le toca turno, se encarga él. La verdad es que es un padrazo, siempre he dicho que, si no me caso antes de los treinta y cuatro, me pido a Álvaro de marido, total el cariño de sus hijos ya lo tengo.

—Siéntate, ¿quieres un café? —pregunta Marina mientras los enanos volvían a prestar atención a la videoconsola.

—Sí, que tengo que hablar contigo —me dirigí con ella a la cocina y allí le conté lo ocurrido en la fiesta.

Alucinada se quedó al escucharme decir que había cantado a lo Marilyn para el jefe, hasta que las dos no aguantamos más y empezamos a reír. Y como siempre me confieso con ella, pues esta vez no iba a ser menos.

—Creo que me estoy pillando del rey de los orcos, Marina —murmuré mirando mi taza de café.

—Si ya sabía yo que algo te pasaba, un domingo a estas horas tú en mi casa...

—¡Oye, que vengo muchos domingos! —protesté.

—Sí, pero a traer chucherías a mis sobrinos y hoy no traes ni un triste caramelo.

Cierto, había llegado con las manos vacías, solo con las ganas de hablar con ella y que me ayudara a pensar en algo.

—Ahora sí, quiero ver cómo es tu jefe. Vamos, suelta el apellido, maja.

Con el móvil en la mano, Marina esperaba pacientemente a que hablara, así que al final tuve que darle el apellido del hombre que, no sabía en qué momento, había empezado a ocupar mis pensamientos.

—¡Santa María, madre de Dios! —exclamó al ver una de las muchas fotos que circulan por Internet. Es que ese hombre tiene una vida de lo más ajetreada— Qué ojazos, por favor. En persona tiene que ser de los que hacen que a una se le caiga...

—Mary, los niños —la regañé, pero con una sonrisa en los labios, y es que mi amiga tenía menos citas con los hombres que yo, que ya es decir en estos últimos meses.

—Chiquilla, ¿este hombre es de verdad? Si es que se parece a un famoso, ahora no caigo en el nombre, pero... Sí, desde luego es un bombón —mirándome y dejando el móvil sobre la mesa, me pregunta— ¿Qué vamos a hacer para conseguir que sea el tío Loren?

Rompo a reír al verla apoyar su barbilla en las manos y pestañear, si es que es como yo, tiene una loca escondida en algún rincón a la que no sé por qué no quiere sacar.

—Hay un problema, bueno, mejor dicho, dos.

—Nada que no podamos arreglar, seguro. Dime, ¿qué pasa?

—Tenemos a Abril, alias “Lady extensiones”, una morena que revolotea a su alrededor y con la que anoche en su fiesta... ya sabes.

—Ajá, hicieron algo más que hablar. Vale, lo pillo, pero no es problema, la despachamos, seguro. ¿Problema número dos, por favor?

—Estíbaliz, su hermana pequeña. Creo que me odia, ya me ha dicho dos veces que me está

vigilando.

—Hummm... así que tiene una hermana pequeña... —dice dándose unos golpecitos en la barbilla mientras mira hacia el sofá en el que están los enanos, se queda pensativa hasta que la veo sonreír y eso me da casi más miedo que el que tan solo piense— Vamos a ver a la hermanita.

Empieza a buscarla por Internet, metiéndose en su red social, cotilleando todo lo habido y por haber y al saber que la niña es una más que famosa y aclamada *influencer*, sonrío mucho más que antes.

—Hay que hacerse amiga de la hermana. Por lo que veo aquí —me enseña un artículo en el que Estíbaliz sale rodeada de niños de un colegio, donde al parecer fue a llevar algunos regalos las Navidades pasadas—, creo que le gustan bastante los niños.

—Miedo me da saber qué idea tienes tú ahora mismo — ni siquiera tengo claro que quiera saber cuál es esa idea que se le ha metido en la cabeza a mi amiga.

—Muy fácil. ¿No me dijiste que le habías dado pena diciéndole que eras viuda y tenías tres hijos?

—Sí...

—Pues ya está, mañana tengo uno de mis días mocosos, mi madre va al médico y no puede quedarse con ellos, así que la tía Marina irá a recoger a mamá con sus pequeñines para ir a comer juntas.

—Marina, no puedes estar pensando en lo que...

—¡Oh, sí, claro que sí! Que yo también sé ser traviesilla, a ver si crees que vas a ser la única.

—Marina, que no podemos meter a los niños en esto.

—Tranquila, que por sus tías hacen lo que sea. Bueno, por nosotras y por uno de esos helados de tres bolas con nata y sirope.

—Joder, esto no va a salir bien —me quejo apoyando la cabeza en ambas manos.

—Que sí, que el jefe mañana conoce a tus retoños y si tenemos suerte lo hace también tu futura cuñada.

—Marina... Marina...

—Julieta... Julieta...

Y reímos tan fuerte que los tres niños dejan la videoconsola para acercarse a nosotras a ver qué nos pasa. Total, que al final hablando con ellos y diciéndoles que vamos a hacer un juego para mi jefe, chantaje de helados incluido, terminamos de preparar la que sin duda será la mejor y peor visita sorpresa del año para Lorenzo. Si anoche cuando me vio aparecer en el local se le borró la sonrisa de golpe... Mañana le da un infarto.

—Recuerda, inventa lo que quieras para que Estíbaliz vaya a tu puesto, que tiene que llegar justo cuando nosotros estemos allí y así ella los conoce antes que Lorenzo —me repite mi amiga por enésima vez antes de que me marche a casa.

—Que sí, que yo busco una excusa creíble. Madre mía, si no me ha despedido todavía, de esta no me libro y cuando esté en el paro otra vez, ¿qué hago?

—Pues trabajar de niñera para mi cuñado y así me dejás a mí las tardes libres y a mi madre descansar de nietos.

—¡Ja! Adoro a mis sobrinos, pero no voy a trabajar para tu cuñado. Chiquilla de verdad, tendría que controlarme para no saltarle encima. ¿Tú cómo lo haces?

Cuando la veo ponerse más colorada que un tomate, creo que he metido la pata hasta el fondo y más allá. ¿Qué es lo que no me está contando mi amiga...?

—¿Estás bien? —pregunto mirándola con los ojos entrecerrados.

—Sí, sí. Tranquila... Ahora vete, que mañana tienes que currar.

—Qué cabrita eres, cómo se nota que tú tienes fiesta —protesté.

—Claro, fiesta con tres hombrecitos de lo más tranquilos.

—No te quejes, que tranquilos son. Por cierto, si se entera Álvaro de lo que va a pasar mañana, nos quita a los niños, lo sabes, ¿verdad?

—No puede, ninguna niñera aguantaría ni dos horas con ellos. Ya lo intentó una noche que salió con una chica y... bueno. Ellos solo nos quieren a la abuela Rosa o a mí —respondió encogiéndose de hombros.

Pues nada, tendré que hacer averiguaciones porque estos dos... Estos dos deben ser tontos si no se han dado cuenta de que serían la pareja perfecta. Ahora entiendo algunas cosas...

—Me voy, sobrinos —les dije esperando que me dieran uno de esos besos y abrazos que tanto me gustaban y no tardaron ni medio segundo en abalanzarse sobre mí—. Ya sabéis, mañana no soy la tía Juli, ¿de acuerdo?

—Sí, mañana eres mamá —responde Miguel, el más tranquilo de los tres.

—Pero solo mañana —se queja Rodrigo—, que yo te quiero más como la tía divertida —y acercándose me susurra— La tía Marina, no nos deja hacerle cosquillas.

Y otra ronda de risas con nuestros trastos particulares. Me despido de mi amiga con un beso y ahí dejo a los cuatro preparados para la hora del baño antes de cenar. Vuelvo a casa, me tomo tan solo un vaso de leche con un trozo de tarta de chocolate que mi madre ha preparado esta tarde y dejo a la pareja en el salón, sentados uno al lado del otro, viendo una de esas películas antiguas que suelen poner en canales que nadie guarda en la lista, pero ellos sí.

Otro día que acaba, y para mi suerte, o mi desgracia, en apenas unas horas empezará otro que, sin duda, va a traer cola, ya lo veo venir.

—Bueno —me digo con un susurro—, que sea lo que tenga que ser, Julieta.

Capítulo 13: Julieta



—Buenos días, Sergio —saludo cuando llego a mi puesto y le veo allí esperando—. Te me has adelantado hoy.

—Sí, es que necesito que me digas si Lorenzo tiene alguna reunión prevista para hoy. Le comenté que había un conocido que quería contratarnos y me ha dicho que podía pasarse hoy a las doce.

—Claro, dame un momento que se encienda el ordenador y lo miro.

Tras comprobar que el jefe a esa hora está libre y que no tiene nada importante para después, Sergio me pide que anote la reunión a esa hora para que Lorenzo lo vea en cuanto llegue. Dicho y hecho.

La mañana pasa tranquila en las horas que él no está, y es que hoy debía ir a un par de citas con clientes, vamos que ha desayunado con uno a las nueve y media, con otro ha tomado café a las diez y media y son las once y treinta y siete minutos cuando aparece por la sala con esa cara que ya conozco bien.

—Buenos días, jefe —lo saludo con la mejor y más resplandeciente de mis sonrisas y mis ojos, cómo no, se van directos a contemplar sus labios. La madre que me parió...

—Serán para ti —vale, empezamos el siguiente asalto— ¿Se puede saber dónde mierda compraste mi regalo? Porque lo que había en ese frasco no era mi perfume.

—¿No? —Modo sorprendida, con mano al pecho y gritito incluido— Pero si lo compré en una de las perfumerías del centro comercial. No puede ser. Mire, tengo el *ticket*.

Saco el monedero del bolso y cojo el *ticket* de mi compra, ese en el que únicamente aparece el pago de su perfume, que una es lista y sabía que esto debía enseñarlo.

Lorenzo lo coge, lo mira y vuelve a clavar sus ojos en mí, no se fía del todo, pero vamos, que yo no sé falsificar tan bien el logo de la puñetera perfumería.

—Pues no olía nada bien, era como... ¡Yo qué sé! Me recordó al pestazo que llevaba siempre mi profesor de matemáticas.

—Lo siento, igual es una partida mala que han tenido que vender sí o sí. Puedo cambiarlo...

—No, ya no puedes, he tirado el frasco a la basura. Si hasta he tenido que volver a ducharme

para intentar que se me quitara del cuello, y no digamos la camisa, espero que los de la tintorería la dejen sin ese tufo.

No puedo evitar ponerme en pie, acercarme a él y poniéndome de puntillas, con ambas manos sobre sus hombros, aspirar su cuello.

—Pues huele usted muy bien, jefe, como siempre —suelto en un tono de voz demasiado más sensual de lo acostumbrado.

Por un instante nuestros ojos se encuentran, quedándose fijos en los del otro, hasta que le veo desviarlos y mirar mis labios. No puedo evitar hacer lo mismo, me fijo en lo carnosos que son y me pregunto si serán tan suaves como imagino. ¿Besará bien? Cuando le veo pasar su lengua por los suyos quiero que lo haga en los míos, que me saboreé a mí. Me muerdo el labio inferior y siento que se me aceleran los latidos del corazón. ¿Lo estará notando él también? Que estoy pegada a su pecho. Es en ese momento es cuando soy consciente de que me sostiene con ambas manos por la cintura, como intentando evitar que me caiga de mis propios tacones.

Trago saliva y en un acto de valentía, o locura transitoria, no lo tengo claro del todo, me acerco más a él volviendo a mirarle a los ojos, dispuesta a probar sus labios, saber si besa de esa forma que te hace que se te encojan los dedos de los pies. Estoy tan cerca que le escucho tragar y noto que se aferra más a mi cintura con los dedos. Cierro los ojos, me acerco y...

—Perdón —la voz de Sergio a mi espalda hace que me aparte de Lorenzo como si quemara.

Mi jefe y yo nos miramos con cara de “¿qué iba a pasar?”. Carraspeo y disimulo quitándole una pelusa inexistente del cuello de su chaqueta y vuelvo a mi puesto.

—Como le decía, jefe —me pongo de nuevo en modo secretaria eficiente—, Sergio me pidió que anotara una reunión para las doce con el amigo que ya le había comentado.

—¿Qué? —La cara de idiota que se le ha quedado es digna de una foto, queda en segundo puesto tras la de sorpresa que puso cuando le dije que tenía trillizos— ¡Ah, sí, sí, claro! Bien, pues... pasa, Sergio, y me vas contando.

Los dos hombres entran en el despacho del jefe y yo me quedo ahí, mirando hacia la puerta, como si tuviera el súper poder de rayos x en los ojos y viera a mi Lorenzo sentarse, nervioso, ante la escrutadora mirada de Sergio.

Que el moreno tonto no es y sabe lo que estaba a punto de pasar en esta sala si no llega a interrumpirnos.

«Pues nada, que me quedo con las ganas de besarle. Pero de que le beso... le beso» —me dije sonriendo.

Un mensaje de Marina me hace saber que están llegando, así que cuento con exactamente diez minutos para que Estíbaliz, que desde ayer sé qué trabaja en la planta anterior a la mía, haga acto de presencia con mi excusa.

—¿Sí? —pregunta con ese tono jovial que le escuché hablando con su hermano.

—Señorita Estíbaliz, soy Julieta, la secretaria de su hermano.

—Sí, dime.

—Verá, es que tengo aquí anotada una reunión con usted para hoy y como hace cinco minutos debería haber llegado...

—¡Vaya! Pues se me habrá pasado o... mi secretaria debió olvidarlo. Dame tres minutos y estoy ahí.

—Claro, no se preocupe. No le diré nada a su hermano.

—Gracias, Julieta. Estoy algo despistada últimamente y mi hermano eso no lo soporta.

—Señorita, entre mujeres nos entendemos. Siempre que necesite mi ayuda, ya sabe... —Ahí,

ganándome a la rubita para que venga a mi terreno, que si a ella tampoco le gusta “Lady extensiones...”

Cuando escucho el ascensor, no puedo evitar sonreír al oír la voz de mi amiga. Mira que es, que me dice que le queda aún por llegar y era mentira, que lo que quería ella que coincidieran en el ascensor.

«Pero qué lista mi Marina» —me digo fingiendo estar concentrada en mi trabajo.

—¡Mamá! —tres voces, pero con gritos, resuenan en la sala.

Me giro y ahí están los trillizos. Son igualitos que su padre, cabello negro y ojos verdes. A estos sí que no se les diferencia uno de otro, pero en nada.

—Pero, ¿qué hacéis aquí? —pregunto, feliz y sonriente, abrazándolos.

—Hija, que querían que los llevara a comer fuera —responde Marina—. Los recogí en el colegio y no me han dejado llevarlos a casa de tu madre.

—No, hoy queremos ir al *burguer* —responde Rodrigo, el más revoltoso. Vamos, que al chantaje de los helados le añadimos hamburguesas, su padre de esta nos mata a las dos.

—No sabía que tenías unos hijos tan guapos, Julieta —ahí está, Estíbaliz sonriendo y mirando a mis supuestos retoños.

—No es algo que se cuente, ¿sabe? Y menos si no hablo con casi nadie del trabajo.

—Así que, ¿estás casada? —pregunta, muy interesada ella.

—Viuda —susurra Marina llevándose el dedo a los labios, como indicándole de ese modo que no hiciera preguntas.

Estíbaliz me dedica una mirada algo tristonera, pero sonrío y asiente.

—Así que hoy queréis hamburguesas —dije sentándome de nuevo, con las tres piezas delante de mí.

—Ajá, y patatas —me contesta Miguel.

—Y yo quiero alitas, mamá —pide Álvaro.

—Y después helado de tres bolas, nata y sirope —termina Roberto, no sea que se nos fuera a olvidar el helado.

—¿Qué está pasando aquí? —me giro en cuanto escucho a Lorenzo hablar, que salía de su despacho con Sergio.

La visita se marchó hace tiempo y yo estaba preparando ya un primer borrador del contrato con ellos.

—¿Y estos hombrecitos? —pregunta Sergio.

—Somos los hijos de Julieta —se adelanta Rodrigo a contestarle.

—Vaya, no sabía...

—El día que te dejé mis papeles para que prepararas el contrato, te dije que iba a recoger a mis niños.

—Lo siento, no presté atención a eso, Julieta.

—Claro, estarías más interesado en otra cosa de ella —protesta Lorenzo.

Al mirarle, veo que tiene el ceño fruncido, mirándome como si algo no le gustara. No puede ser por los niños porque están de lo más tranquilos, así que...

—Hermano, estos niños son un encanto —escucho decir a Estíbaliz.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —Lorenzo mira a su hermana, sorprendido.

—Me llamó Julieta, que teníamos una reunión...

Cuando Lorenzo escucha mi nombre se gira a mirarme de nuevo y me adelanto a decir la verdad, que he sido yo quien ha confundido la fecha, que la reunión es en dos días y que me había

equivocado al verlo. Estíbaliz sonrío, me dice que no pasa nada, que le puede ocurrir a cualquiera y me da la sensación de que empiezo a caerle mejor.

Sergio se marcha a comer, Estíbaliz se despide de nosotros excusándose porque ha quedado con su chico, imagino que con el que estuvo el sábado, el mismo que aparece con ella en las fotos de Internet y cuando cojo mi bolso para marcharme con Marina y los niños, Lorenzo me pide que vaya a su despacho.

—Dame unos minutos, enseguida bajo, ¿vale? —le pido a Marina.

Ella sonrío, asiente y me desea suerte. Si supiera lo que estuvo a punto de ocurrir esta mañana...

—¿Qué necesita? —pregunto entrando en sus dominios.

—Cierra la puerta, por favor —me pide, mientras contemplaba la calle por el ventanal de su despacho.

Me acerco y espero, de pie, junto al escritorio, sin saber muy bien qué hacer y sin atreverme a decir una sola palabra.

Durante unos segundos que se me antojan horas, Lorenzo está callado, sin girarse, sin siquiera mirarme, hasta que al fin escucho su voz.

—¿Qué ha sido lo que estuvo a punto de pasar esta mañana, Julieta?

—No sé a qué se refiere, jefe.

Tras girarse y acortar la distancia que nos separa, le tengo a escasos centímetros de mí. Es más alto que yo así que tengo que levantar la mirada para poder verlo, y en qué momento hice eso. Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, no soy capaz de descifrar lo que me transmiten.

—Ibas a besarme —contesta, con ese tono de voz que adopta cuando está cabreado conmigo. Anda que si lo hubiera hecho no le habría gustado, si por su manera de mirarme y apretarme la cintura diría que lo estaba deseando.

—¿Yo? —pregunto entre sorprendida y ofendida a partes iguales, vamos que no le iba a decir que sí, que, si no llega a ser por la aparición de Sergio, le había besado hasta dejarle sin aliento.

—Sí, tú. No había nadie más aquí conmigo —¿Por qué de repente susurra?

—Estaba Sergio —me excusé.

—Apareció después. En el momento oportuno, o inoportuno si lo prefieres.

—Si no necesita nada... me están esperando.

—¿De verdad son tus hijos, Julieta? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Los mismitos que parí hace cinco años entre dolores durante horas, jefe.

—No sé por qué, pero creo que me estás mintiendo...

Me mira, tratando de averiguar si voy a decirle la verdad o no y antes de que pueda abrir la boca para decirle algo, le entra una llamada al móvil. Aprovecho que se aparta para alejarme y cuando tiene el teléfono en la mano, abro la puerta y salgo sin decirle nada, pero me da tiempo a escucharle saludar a la persona que ha llamado.

—Hola, Abril.

Odio a esa mujer con todas mis fuerzas. Si piensa que va a interponerse entre él y yo, lo lleva claro.

—No, bonita, no. Ramoncitas a mí no —murmuro entrando en el ascensor.

Nada más salir a la calle veo a mi amiga con sus sobrinos, que corren para darme un abrazo y preguntarme si lo han hecho bien.

—Mejor que bien, trastos. Lo habéis hecho de cine, vamos, que hoy hasta tenéis chuches, pero para que las guardéis y comáis unas poquitas después de la merienda todos los días, que si os

pasáis después estáis toda la noche vomitando y con vuestro padre en urgencias.

—Vale, tía Juli, tranquila que las guardamos. ¿Nos vamos al *burger*? —pregunta Rodrigo.

—Sí, vamos que yo también quiero una hamburguesa.

—Julieta —me giro al escuchar a Lorenzo llamarme y tras acercarse, sentí que me perdía en esos ojos que me miraban como si lo hicieran por primera vez—. Sigues teniendo que explicarme lo de esta mañana, no lo voy a dejar pasar.

—¿Loren? —la voz de la morena a la que odio me llega desde la carretera.

Ambos miramos y ahí está ella, sonriendo, bajando de un taxi. Cuando llega junto a nosotros, me mira como si fuera poco menos que una cucaracha a su lado, hasta que se centra en mi jefe y ni corta ni perezosa le planta un beso en todos los morros que hasta mi amiga intenta tapar los ojos a sus sobrinos.

—¿Nos vamos, amor? Tengo hambre... de ti —susurra, pero demasiado alto, bien lo sabe ella, para que yo la escuche.

Lorenzo asiente, la pega a su costado y tras despedirse de mí caminan juntos en dirección a donde sea que él tiene el coche. Ella se gira, mirándome con ese aire de la que se sabe triunfadora de este asalto.

—Esa es la tal Abril, ¿verdad? —me pregunta Marina.

—La misma que viste y calza —respondo.

—Bueno, que viste... —resopló mi amiga— Para mi gusto a esa falda le falta tela y no te digo al escote, pero tranquila, que no tiene nada que hacer contigo. Esa son unos polvos tontos y ya está.

—No lo tengo yo tan claro...

—Que sí, ya verás. Ha ganado este asalto, pero la guerra es tuya, cariño. Y ahora, vamos a dar de comer a esas tres fierecillas antes de que intenten hincarnos el diente a nosotras.

Sonríó a mi amiga y cogiendo a nuestros hombrecitos particulares, vamos hacia los coches para llevarlos a por esas hamburguesas. Sin que sirva de precedente, hoy me voy a dar el gustazo de comerme una, muy grasienta y con mucho *ketchup*, que me lo he ganado solo por tener que aguantar el haber visto a la morena esa en brazos de mi Lorenzo.

Sí, mi Lorenzo, porque no voy a permitir que nadie me lo quite. Si tengo que ser como la gran Escarlata *O'Hara* y poner a Dios por testigo, lo pongo. Pero que no se piense Abril que va a conquistar a Lorenzo porque no, eso solo lo voy a hacer yo y nadie más que yo.

«Palabra de Julieta» —me digo entrando en el coche y poniéndolo en marcha para seguir a Marina hasta el centro comercial, donde íbamos a pasar la tarde consintiendo a nuestros niños.

Capítulo 14: Lorenzo



Estaba despampanante con esa falda que le quedaba de vértigo, sonriente y con ganas de pedir guerra, lo podía ver en su rostro.

Pedí a mi empleada de hogar que me dejara la comida lista para dos, así que nos fuimos directos para mi casa.

—Tienes buen gusto —observaba todo lo que veía a su alrededor, incluso la mesa preparada en el salón con el vino, las copas y todo colocado para una comida de lo más, ¿especial?

—Tú también lo tienes, solo hay que ver que estás aquí conmigo —me mordisqueé el labio agarrándola por detrás y besando su cuello.

—¿Lo dices por ti? —hizo un suave carraspeo.

—¿Hay alguien más? —pregunté bromeando.

—¿Debería de importar eso?

—Un poquito —murmuré.

—Entonces, recoge el halago...

—Lo tengo.

La giré y comencé a besarla, frené rápido, la comida nos esperaba y tenía una pinta espectacular.

—Creo que ya es hora de que me digas a qué te dedicas, o algo de tu vida —murmuré mientras servía el vino en su copa.

—Digamos que administro fortunas ajenas...

—Interesante... —Hice el gesto con los labios y una ligera inclinación de cabeza.

—¿Y tú cómo haces para aguantar una secretaria desquiciada que se muere por follarse al jefe?

—Vaya, dicho así suena muy mal —arqueé la ceja.

—Esa tipa que tú consientes que te arruine una cita inventando ciertas cosas, a lo que hay que añadir que esa misma tipa es la que se atreve a autoinvitarse a tu cumpleaños y encima, para colmo de descarado se atreve a cantarte la canción de cumpleaños más sexy de la historia... ¿Esa dices tú qué no es la que se muere por follarte? ¡Venga, por Dios...! Si le dices que se meta debajo de tu mesa y te la chupe por una hora, no dudes que lo hace —me sonrió con falsedad y dio un trago a la copa.

—No creo que sea tampoco así —en el fondo me molestaba que hablara de Julieta de esa

manera.

—¿Te molesta? —su tono era entre pregunta y enfado.

—No me gusta que se hable mal de las personas que no están presentes —¿La estaba defendiendo? ¿A la indefendible?

—Bueno, yo tengo derecho a hacerlo, conmigo no se portó muy bien que digamos, la “señorita” —lo dijo en tono despectivo, su gesto era de asco absoluto.

—¿Tenemos una comida más agradable? —sonreí mientras le daba a entender mis ganas de cambiar de tema.

—Creo que lo va a tener muy fácil —soltó sin dudar y comenzó a comer el solomillo.

—¿Como tú, o más fácil? —pregunté en tono de enfado por no acabar ya la conversación como le había pedido.

—Es verdad, eres muy facilón, no había contado con que podía ser tu “modus operandi”.

—Vaya, has tardado en darte cuenta —sonreí con ironía, me estaba tocando las narices. ¿Se estaban poniendo de acuerdo las mujeres para joderme la vida?

—No hay problema siempre que se sepa jugar.

—Lo malo es perder...

—Eso es para quien no sabe —me hizo un guiño. Era obvio que estaba celosa, pero eso no quitaba que me daba rabia que se dirigiera a Julieta de esa manera y ahora encima dándome a entender que yo era un juego y que iba a ganar, pues muy bien, ni que yo estuviera viéndola como mi futura mujer, pero no por eso me ponía en ese tonito, en fin, que la comida estaba deliciosa.

Hubo unos momentos de silencio mientras comíamos, una tensión que se cortaba con un cuchillo, yo por un lado quería estar bien con ella y por otro mandarla a paseo, lo mismo que me pasaba con Julieta. ¡Mierda! De nuevo en mi mente. ¿Qué cojones me estaba pasando?

En ese momento sonó mi teléfono, era Víctor, quería que me pasara esta noche por el bar de debajo de su casa, que lo llamara fingiendo que le quería contar algo del trabajo y que él bajaría, tenía que pedirme consejo de algo, me olía mal. Le dije que sí, que luego nos veríamos.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó de forma entrometida.

—Quiere que luego le aconseje algo de su trabajo —no le iba a dar ni la más mínima explicación, primero porque no sabía qué pasaba y segundo porque una parte de mí no se fiaba de ella.

—Eso está bien, te tiene como referente —me miraba de forma desafiante.

—Puede ser, tan mal no hago las cosas —carraspeé.

—No, pero algunas las puedes mejorar —me hizo un guiño.

Buena cosa me había dicho. Madre del amor hermoso, quería jugar y bien clarito que lo estaba dejando, pero si era así. ¿Por qué no hacerlo?

—No te preocupes, que lo intentaré —le devolví el guiño de ojo mientras volvía a servir las copas.

—Lo espero impaciente... —Se notaba que su tono ya iba por la vía de la provocación.

Yo tenía un problema y muy grande, había algo que no me gustaba ni un pelo y otro que me arrastraba como un imán a ella, así que ahí estaba, entre las ganas de que se fuera y el deseo de verla desnuda sobre mi cama.

Exactamente lo mismo que con Julieta, que me la imaginaba de mil maneras a mi lado, desnudos, aunque no lo quisiera reconocer, pero me estaba pasando algo serio, estaba sintiendo exactamente lo mismo por dos mujeres totalmente diferentes y cada una sabía cómo sacarme de mis casillas, esas que creía tener bastante niveladas.

Comenzó a ponerse de manera sugerente en la sobremesa en la que seguíamos disfrutando del vino, tenía ganas de juego y yo se lo iba a dar.

Recogí todo con su ayuda y la agarré en la cocina por la cintura, comenzando a deshacerme de sus prendas que iban cayendo al suelo mientras ella me miraba con esa pasión que salía por sus ojos, al tiempo que se mordisqueaba el labio con el contacto de mis manos sobre su piel.

Una vez desnuda, la giré y la recosté sobre la encimera, le aparté un poco las piernas y levanté sus caderas, así quedaba perfecta para esa primera y ansiada estocada.

La penetré con intensidad mientras ella se agarró con fuerza al otro lado, ya que era de doble posición, la encimera, válgame la redundancia, te podías poner por ambos lados en esa parte.

Comencé a entrar y salir de forma sincronizada, ligera, con golpes secos, por momentos pensé que la mandaba al otro lado de la barra, casi me hecho a reír entre jadeos y palpitaciones que me dejaban sin respiración.

Me agarré con fuerzas a sus caderas y esa presión parecía que la hacía enloquecer más y eso que nos habíamos saltado los preliminares, pero es que esa ocasión lo requería, me había puesto de aquella manera, de lo más caliente y enfadado, una sensación de lo más extraña.

La escuché jadear como nunca, gritaba de excitación por ese momento tan eufórico que le estaba dando, pero es que me había puesto así, la culpable era ella y lo estábamos disfrutando, al menos yo y ella también parecía estar gozando lo suyo.

Tras terminar, comenzó a vestirse sin decir nada, llamó a un taxi y no dejándome hablar, haciendo un gesto con su dedo en mis labios, se fue...

Definitivamente las mujeres estaban ejerciendo un poder sobre mí absolutamente fuerte, me iban a volver loco, pero... ¡Esto lo iba a frenar!

Miré la hora y apenas eran las seis, me daba tiempo a una buena ducha, descansar un poco y luego ir a tomar algo con Víctor para ver qué es lo que le pasaba, me había dejado con una intriga bastante grande.

Dormí un par de horas que me vinieron bastante bien para relajarme de esa tensa, provocadora y rara cita en la que parecíamos dos leones al acecho en una conversación digna de parejas de bastante tiempo. ¿Quién era ella para nombrar a Julieta de esa manera? Tanto me estaba picando el cuello de pensarlo, que hasta me iba a salir un sarpullido.

Fui en busca de Víctor al que había avisado de que iba de camino para que fuera bajando al bar, que era una tasca bastante bonita, tipo vasca y donde ponían unos pinchos de lo más ricos.

—¿Qué pasa, hermano? —Le abracé.

—Si fuera tu hermano me iba a tu casa ahora a vivir —negó riendo.

—Ya sabes que lo eres, aunque no tengas mi sangre y que te puedes venir cuando quieras — miré al camarero y le pedí dos cervezas.

—La he cagado y lo peor es que no quiero arreglarlo.

—¿Qué pasó?

—Estoy liado con una de las clientas a las que entreno...

—¿Cómo? —pregunté asombrado— Creí que estabas enamorado de Susy.

—Y lo estoy, pero de la otra también, te juro que me voy a volver loco. No quiero hacerle daño, pero, tampoco logro alejarme de Clara.

—No sé qué decirte, yo estoy viviendo una situación bastante extraña también.

—¿Tú? ¿Con Abril?

—Con Abril y... No vayas a decir nada, bueno sé que no lo harás, pero es que tu cuñada...

—¿Te gusta Julieta?

—Me pasa lo mismo que con Abril, me atraen, pero por otro lado me caen como el culo.

—¿Desde cuándo te cae Abril como el culo?

—Desde que se comporta como una niña celosa e impertinente. Hoy estuve con ella y lo peor de todo es que la deseaba, pero no podía dejar de pensar en Julieta.

—¡La virgen y todos los santos del cielo! ¿De qué pasta estamos hechos los hombres?

—No lo sé, pero nos las buscamos solitos. Por cierto, piensa bien las cosas porque Susy no se merece eso.

—Lo sé y es lo que más me duele, pero no lo puedo evitar, es ver a Clara y mis instintos se vuelven de lo más fuertes.

—Y Susy, ¿no sospecha nada?

—Nada —respondió al tiempo que negaba con la cabeza—, entre su trabajo, el mío y demás, el tiempo que estamos juntos lo pasamos bien, sabes que nos llevamos genial.

—No deberías de jugar con ella.

—Lo sé, como se entere me da una patada que me va a romper en dos y con razón.

—Tú lo has dicho. No se lo merece y deberías de hacer lo que quieras, pero no así, no puedes seguir con esto, no es justo y se te puede ir de las manos.

—Ya se me fue...

—¿Cuánto tiempo llevas viéndote de esa manera con Clara?

—Dos meses, tres veces en semana y lo hacemos cada vez que...

—¡Joder! —exclamé porque no pensaba que fuera tan en serio la cosa.

—Me siento cada vez peor.

—No me extraña, pero esto tienes que pararlo ya, no es comportamiento que ninguna persona deba de tener con alguien que está totalmente entregada a ti, y Susy lo está.

—Sí, eso es lo que más me duele, que me tiene como si fuera lo mejor de su vida.

—Lo eres —le aseguré porque no había más que ver a Susy, el modo en que hablaba de Víctor cuando él no estaba con ella—. ¿No te das cuenta?

—Creo que hablaré con Clara y le diré que no puedo seguir haciéndole entrenamientos.

—Debes de hacerlo y no dejar que pase ni una vez más.

—No quiero perder a Susy.

—Pues estás jugando a conseguirlo.

Pedimos un par de pinchos y un silencio se hizo entre nosotros, se le veía muy afectado, pero se notaba que las dos le tiraban como en una balanza que no termina por decantarse hacia qué lado caer.

Yo me encontraba en una situación similar pero no tenía novia, no compartía nada con ninguna de las dos, a Abril casi no la conocía y a Julieta, estuve a punto de ponerla de patitas en la calle, si no llega a ser por Víctor...

Se le vía muy agobiado y lo entendía, lo mío era suave, pero lo de él era algo serio y no para andarse con tonterías.

Tenía los ojos vidriosos como si fuera a llorar, pero joder, es que tenía que echarle agallas y decidir qué quería, no podía estar jugando con dos personas a la vez de esa manera y menos con Susy que era todo amor hacia él.

Me comí mucho el coco pensando en que aquello iba a traer una brecha muy grande a la relación, pero no quería decirle nada más, se estaba desahogando y contándome lo que sentía, tenía una monumental lucha en su cabeza y no era buen momento para machacarlo mucho.

Nos despedimos y quedamos en vernos para comer en estos días. Un fuerte abrazo acompañado

con todos los ánimos para afrontar lo mejor que pudiera esa situación y me marché hacia casa.

Llegué a la mía y me llegó un mensaje de Abril.

Abril: *El juego no hizo más que comenzar...*

Lo que me faltaba por leer esa noche, ese tipo de cosas que lo único que hacían era sacar el mar humor y lo peor de mí. Decidí contestarle después de pensarlo mucho.

Lorenzo: *Pues espero que te lo pases bien, no cuentes conmigo.*

Lo sentía, pero no tenía humor para aguantar las tonterías de esa tipa que lo que quería era buscarme a su forma, desde el no desvelar nada de su vida hasta meterse en la mía como si tuviera derecho a ello.

Joder, vaya comedero de coco el que estaba viviendo en ese momento, del deseo irrefrenable a esta sensación que no me gustaba ni un pelo. No tardó en responder...

Abril: *Ya eres parte del juego y te gusta, debes reconocerlo, asumirlo, disfrutarlo y apostar por tu estrategia.*

¿Pero de qué iba esta? Madre del amor hermoso. ¿Se habían empeñado todas las mujeres en joderme la vida? A la mierda todo, no quería saber ya ni de la una, ni de la otra, para jugar estaba yo...

Abril: *¿No vas a contestar? Quizás prefieres que te haga una visita por el despacho y probemos tu escritorio.*

Joder, se le iba la pinza, aunque no me importaría probarlo, pero en esa actitud como que no le iba a contestar, era difícil romper mi paciencia, pero a ella se le daba bastante bien por lo visto, así que nada, pasando y a dormir. El día había sido demasiado largo, lleno de situaciones surrealistas y encima lo de Víctor, era para flipar.

Y para colmo lo de los trillizos de Julieta, que ya me había explicado Víctor que eran los sobrinos de su amiga Marina, esa que se hacía pasar por su cuidadora, en fin, que la cosa era para meterse en la cama y no salir hasta que el mundo hubiera cambiado, pero con estas dos iba a ser bastante difícil.

Capítulo 15: Lorenzo



—Si abres la boca te juro que acabas hoy despedida —avisé a Julieta señalándola con la mano cuando venía hacia mí con la agenda en la mano.

—Vaya humor, jefe —giró sus ojos que parecían que se iban a salir de órbita—. Parece que te hayan dado calabazas —encima con puyitas, lo dicho, parecía que las dos se habían puesto de acuerdo para tirarse la pelota en el tejado de la otra.

Cerré la puerta de mi despacho hasta con pestillo, cosa que jamás había hecho hasta ese momento, pero es que ya me la conocía e iba a abrir cuando le diera la gana.

Ni diez minutos después estaba llamando a la puerta diciendo que me traía el café.

—¡¡¡Déjalo en el suelo!!! —le grité para que se fuera porque no quería soltar toda la rabia que sentía dentro de mí.

—¡¡¡Que le aproveche, Don Lorenzo!!! —exclamó a gritos y tuve que resoplar y soltar aire.

Don Loren... Yo la iba a matar. Abrí la puerta y respiré aliviado al comprobar que no estaba, cogí el café y luego pensé que no sabía realmente si me había gustado que ella no estuviera desobedeciendo mis órdenes. ¡Me iba a quedar loco! Quería, pero no, así estaba, en el fondo me sentía mi hermana cuando quería llamar la atención. ¿Me estaría viendo de aquella manera?

El café sabía a gloria bendita, no sabía si era porque necesitaba ese chute de cafeína o porque me gustaba que a pesar de todo me lo hubiera preparado.

Me eché a reír al recordar lo de los trillizos, en el fondo tenía un arte increíble y lo mejor es que a pesar de sus locuras era una preciosa finura, tenía sus alocados puntos, pero no le faltaba ese toque elegante, no era ninguna niñata de esas que la van liando en plan borde y eso, tenía su gracia.

Mi hermana me llamó para ir a comer juntos cuando saliera de la oficina y acepté, necesitaba que me diera el aire y no encerrarme en casa, mi cabeza iba demasiado rápido y no era bueno estar de la manera en la que me encontraba.

La mañana la pasé aguantando la risa, Julieta hizo mil cosas para hablar conmigo, pero se lo puse difícil, bueno, no le di opción, la palabra que más usé fue, “¡qué me dejes!”

Y no tuvo otra que hacerlo, primero porque estaba encerrado bajo llave y segundo porque el teléfono de mi oficina estaba desconectado aposta, ese día quien quisiera que me llamara al móvil y a ella se lo tenía prohibido, es más, esa mañana la bloqueé cuando hizo el primer intento.

Y me estaban entrando muchas ganas de llamarla, meterla en el despacho y, ¡zasca! Pero nada, eso solo eran pajas mentales y no iba a pasar nada, no estaba el horno para bollos, ni el pastel para probarlo, ya demasiado había aguantado estos días como para liarla un poquito más.

Pero no estaba loco, estuvimos a punto de besarnos el día anterior por mucho que ella se hiciera la sueca, pero de que estuvo a punto de pasar, lo estuvo. ¡Vamos si lo estuvo!

Me apeteció algo que hacía mucho que no hacía en el despacho, pero era la una de la tarde y tampoco era mala hora.

Me fui hacia una esquina donde tenía un *Whisky* de Escocía que me regaló un amigo, me eché un trago y me lo bebí, algo de efecto me haría para terminar de afrontar la mañana.

A la hora de la salida estaba Julieta con las manos en jarra.

—¿Me vas a escuchar?

—Por supuesto que no —dije aligerando el paso y sin pararme junto a ella.

—¡¡¡Me voy a coger una baja psicológica!!! —gritó desde su puesto.

Si no la cogía yo, no la cogía ni Dios, en fin, lo que había que escuchar, pero bueno, sabiendo cómo era Julieta cualquier cosa u ocurrencia podía salir por su boca.

Recogí a mi hermana que estaba en un bar tomando un refresco mientras me esperaba.

—Hermano, me han pedido no sé cuántas fotos, menos mal que llegaste, pero qué agobio más grande.

—¿No querías ser una *celebrity*?

—Anda, más vale que me lleves al Bohemia, o te juro que no te hablo en un año.

—¿Me estás amenazando?

—Totalmente...

—Pues marchando al Bohemia, pero deberíamos pasar por mi casa, que veo que tú llevas ropa adecuada y yo no voy a ir allí de chaqueta.

—Tienes cinco minutos para entrar a cambiarte.

—¿Vas a dar mucho por saco?

—Más tarde, me tienes que hacer fotos para mi perfil.

—Yo a ti te mato... —Aparqué delante de mi casa.

—No eres capaz de matar a una mosca, mucho menos a tu hermana favorita —soltó una carcajada, ella se lo decía todo.

—Obvio, ya lo de que eres mi única hermana, veo que jamás lo entenderás —me bajé negando.

Entré a mi casa para cambiarme: unos *jeans*, unas deportivas, polo blanco y listo para ir al Bohemia.

Nos dirigimos a ese restaurante con vistas al mar, hacía sol y la terraza era perfecta para pasar toda la tarde allí, comer, tomar algo y disfrutar de ese lugar de estilo balinés.

Pedí una ensalada griega para compartir y cada uno pidió un plato, para mí un atún fresco con cebolla y Estíbaliz optó por una dorada al horno.

—Así que, tu novio hoy está en un *spot* publicitario... —dije mientras cortaba un trozo de mi comida.

—Ajá, me quería llevar, pero como iba a tardar bastante preferí que tú me entretuvieras.

—Muy bonito —reí negando por lo campante que se había quedado tras soltarlo.

—Soy sincera —se encogió de hombros.

—Eres una descarada, una maldita descarada.

—Por cierto, no sé por qué, pero cada vez me cae mejor tu secretaria, pero no se lo digas, no quiero que se le suba a la cabeza, pero la otra... ¡Me cae fatal!

—Bueno, veo que eres una veleta, que ahora sí te cae bien una, luego no, hoy qué maja es, mañana es una bruja, ya te conozco, hermana —reí negando.

—Solo intento mirar por ti, no quiero que ninguna listilla haga algo contigo y te lleve a merced de sus garras.

—Merced te voy a dar yo —no podía dejar de reír con las cosas de mi hermana.

Estíbaliz era una mezcla de dulzura y entrometida, pero lo hacía desde la confianza y el amor que sentía hacía mí, pero que no se le iba ni una, ella marcaba y luego era la detective en la sombra, se daba cuenta de todo, estaba al acecho de cualquier cosa, no se le iba ni una.

Tras la comida nos fuimos a una cama de esas balinesas con mesita alrededor para apoyar las copas y nos tumbamos ahí, bueno eso después de hacerle un millón de fotos para que al final se decantara por una para subir a la red.

Salía preciosa en todas, pero, como buena *influencer*, ella miraba la calidad de la foto, que no se viera nada fuera de lugar en ella, todo tenía que estar perfecto, que pareciera un entorno de lo más idílico y vaya si lo conseguía, sabía qué rincón y qué momento era el idóneo.

Me llegó en ese momento que estaba relajadamente tomando un cóctel un mensaje de Abril.

Abril: *Veo que perdiste en el juego.*

¿Estaba graciosa aún? Pues le iba a dar para el pelo.

Lorenzo: *Y en el amor, y en el amor...*

Cuando me ponía irónico no había Dios quién me ganara y tenía esa sensación de que Abril quería jugar conmigo o lo estaba haciendo ya desde el minuto uno, así que ahí iba *Mr. Loren*, como decía mi Julieta y le iba a dar para el pelo.

Abril: *Bueno, eso es que no diste con la persona correcta...*

Lorenzo: *Y tú, ¿diste con ella?*

Abril: *Veo que te interesa mi vida.*

Lorenzo: *Solo curiosidad, intento seguirte el rollo ya que no hay conversación interesante por lo que veo.*

Abril: *¿Quieres que hablemos de la fea?*

Esa pregunta era referida a Julieta, quedaba claro que estaba en ese punto tonto que comenzó el día anterior, aunque lo de fea...

Lorenzo: *No conozco a ninguna fea.*

Abril: *Pues la tienes en tu propia oficina, ¿necesitas gafas?*

Lorenzo: *Puede que yo necesite gafas, pero creo que tú necesitas un poco de humildad. Pasa un buen día, BONITA.*

Abril: *No tan bonito como el tuyo, se te ve guapo en esa cama...*

¡Joder! ¿Me estaba espiando? Miré a mi hermana, que no se enteraba de nada revisando sus redes, a mí me comenzaron a entrar sudores fríos, no quería buscarla descaradamente con la mirada para que no pareciera que me había sorprendido.

Ni rastro de ella, yo no quería ni que se acercara a mí, ahora la tenía un poco entre ojo y es que ella se lo había buscado solita.

Pasé toda la tarde con mi hermana en ese lugar, se estaba de muerte e incluso cenamos, no tuve más noticias de Abril, pero sabía perfectamente... ¡Sus castas!

Claro, no estaba en el lugar, había revisado una foto de las que subió mi hermana y en la que me etiquetaba diciendo que pasando una hermosa tarde con su hermano.

En fin, que me la había colado bien y yo, bueno yo estuve toda la tarde sudando la gota gorda.

Dejé a mi hermana en su casa y me fui hacia la mía, necesitaba una buena ducha y una dosis de

relax, estaba agotado y eso que no había hecho nada del otro mundo más que relajarme en ese lugar donde se estaba de vicio.

Me tiré en el sofá y vi que tenía un mensaje de Abril dándome las buenas noches, ni le respondí, ese día ya tenía el humor por los suelos y nada me hacía gracia.

Mi cabeza estaba que por un lado deseaba otro encuentro con Abril, y por el otro, necesitaba escaparme con Julieta y conocerla a solas, en las distancias cortas, así estaba, lleno de sentimientos encontrados.

Me quedé dormido pensando que mis últimos días se habían convertido en una locura con la aparición de Julieta y la reaparición de Abril...

Capítulo 16: Julieta



Miércoles y después de la mañana que tuve ayer, que Lorenzo no me hizo ni caso, ni siquiera pidió café o alguna de las tareas que tengo como secretaria, espero que al menos hoy la cosa vaya mejor.

Ocupo mi puesto y atiendo una llamada mientras se enciende el ordenador, otro posible cliente que quiere concertar una cita con el jefe para ver si le damos un buen presupuesto.

Sergio llega, sonriente y saludando como cada mañana, pero esta vez me sorprende cuando se acerca y me deja un café sobre el escritorio.

—Buenos días, Julieta.

—Buenos días. ¿Y esto? —pregunto señalando el café, que era tal como a mí me gustaba.

—Un café, ¿no lo ves?

—Claro que sí, pero, ¿por qué me lo traes? —Cogiendo el vaso sin dejar de mirarle, me lo llevo a los labios para dar un sorbo de ese elixir que tanto me gusta.

—¿Es que no puedo traerle un café a mi compañera de trabajo?

—Buenos días —en ese momento llega el jefazo, con su cara de vinagre de cada mañana. Madre mía, ¿qué narices desayuna?

—Buenos días, Lorenzo. ¿Qué tal todo? —pregunta Sergio, tan cordial como siempre.

—Pues bien, aunque algunos tenemos trabajo que hacer, no sé vosotros —soltó con toda su mala leche.

¿Qué narices le pasa? El lunes me dice que tengo que explicarle lo de ese casi beso, ayer me ignora y hoy se enfada porque nos ve a Sergio y a mí charlando, como muchas otras mañanas y luego, ¿las raras somos nosotras?

—Tranquilo, jefe, que Sergio solo me trajo el café porque yo estaba atendiendo una llamada —poniéndome en pie, con el papel en la mano, me acerco y se lo entrego—. Aquí tiene, un posible cliente que quiere reunirse con usted. Si le llama ahora mismo le pillará en el despacho, que al parecer tiene que salir.

Vuelvo a mi asiento, miro a Sergio y le dedico una sonrisa antes de ocuparme de mis tareas. Cuando ambos hombres se marchan a sus respectivos despachos, miro hacia el de Lorenzo

queriendo ir a verle, preguntarle si está bien o qué es lo que pasa conmigo.

Con lo buena que he sido estos días, que no he hecho ninguna travesura.

A media mañana Estíbaliz sube para hablar con él, después de media hora encerrados en su despacho, sale y me saluda.

—¿Necesita algo, señorita? —le pregunto dejando la carpeta de uno de los clientes sobre la mesa.

—No, solo quería decirte que, por favor, anotes en la agenda de mi hermano que el viernes comemos con nuestros padres. Se lo acabo de decir, pero, entre que estaba con la cabeza en otro sitio y que parecía enfadado, no creo que vaya a acordarse.

—No se preocupe, ahora mismo lo anoto.

Y en ello estoy cuando escuchamos el timbre del ascensor llegando a esta planta y, poco después, el repiqueteo de unos tacones. No tardamos mucho en ver a la recién llegada, Abril. Escucho a Estíbaliz resoplar y cuando la miro la veo negar con la cabeza.

—Hola, Estíbaliz —Abril se muestra sonriente, pero es una de esas sonrisas falsas que se ponen cuando quieres hacer creer que la persona a la que va dedicado ese gesto te cae bien.

—Hola —Estíbaliz la ignora, volviendo a centrarse en mí—. No lo olvides, ¿vale, Julieta?

—No, tranquila que ya está anotado.

—Perdona, pero vengo a ver a Loren —ya está otra vez con el diminutivo, no la soporto.

—Mi hermano se llama Lorenzo, no Loren. No le gusta que le llamen así —le recrimina Estíbaliz.

—¡Ay, niña! Tu hermano me deja llamarlo como quiero. Cuando sea la dueña de todo esto...

—Espera, espera. ¿La dueña de qué, exactamente? —pregunta Estíbaliz, con los brazos en jarras.

—Pues de qué va a ser, de la empresa. En menos de un año estoy prometida con tu hermano, ya lo verás. Y a ti... —Mirando a Estíbaliz de arriba abajo con el gesto torcido, Abril se ríe como si acabara de ver algo gracioso— A ti no te dejará seguir perdiendo el tiempo aquí, que no tienes ni oficio ni beneficio.

—¡Anda, habló la Reina de Inglaterra! —protesta Estíbaliz— Mira, mejor será que te marches o...

—¿Abril? —pregunta Lorenzo al verla tras abrir la puerta de su despacho—. Pasa, por favor.

Y allá que va ella, con esa sonrisa de victoria en los labios.

—No la soporto, le tengo un asco... —murmuro al ver que la puerta se cerraba mientras Lorenzo recibe a la morena de mis pesadillas con un beso en los labios.

—Pues ya somos dos —escucho decir a Estíbaliz.

—¿Cómo dice, señorita?

—¡Ay, por Dios! Llámame Estíbaliz de una vez, anda. He dicho que yo tampoco soporto a esa mujer. ¿De qué va? ¿En serio se cree que mi hermano se casaría con ella? Ni en un millón de años. Además, tiene algo que no me gusta, no sé, creo que esconde algo. Nadie sabe a ciencia cierta quién es o a qué se dedica, ella simplemente aparece en las fiestas de gente adinerada y charla con todos. Conoce a gente, porque hay quien la saluda como si fuera parte de su círculo más íntimo, pero nadie es capaz de decir quién demonios es Abril.

—Pues habrá que averiguarlo, digo yo —comento así, como quien no quiere la cosa, y ella se gira sonriéndome.

—Tienes razón, y nosotras nos vamos a encargar de ello.

—¿Cómo nosotras?

—Claro, Julieta, tú y yo. Ya nos veo, *Sherlock y Watson*. Vamos a desenmascarar a esa mujer.

—Señorita, que si me meto en más líos su hermano me despide —aseguro, recordando el día que me lo dijo Lorenzo.

—Y si mi hermano se casa con ella vas a la calle igual. Vamos, que me da a mí en la nariz que te despide en cuanto se comprometan.

Por un momento me vi en la calle, sin el trabajo que me gustaba y, sobre todo, sin mi Lorenzo. ¿Será esta una de esas señales que a todos nos llegan en el momento oportuno para hacer algo que impida perder lo que queremos conseguir?

—Anda, Julieta, que he visto cómo miras a mi hermano. ¿Crees que no me di cuenta en su cumpleaños?

—Yo no... —intenté hablar, pero me lo impidió con una sonrisa y un gesto de la mano.

—Tranquila, si al final creo que hasta me vas a caer bien. Apunta mi número de móvil, que me voy a ir bajando a esperar en un taxi a que ella baje.

—¿Y si sale con tu hermano?

—No, tranquila, que Lorenzo me ha dicho que tiene unas cuantas cosas que hacer y después de comer se reúne con un muy buen cliente que no estará dispuesto a dejar plantado. Hazme caso, en cuanto entre en el ascensor me avisas. Te mantendré informada... ¿*Watson*? ¿O tú eres *Sherlock*? ¡Da igual! Trabajo en equipo. Me voy, antes de que salga.

Y así, sonriente y pizpireta como una niña que va a cometer una travesura sin que lo sepan sus padres, veo salir a Estíbaliz hasta llegar al ascensor. Desde luego, si me dicen que el halcón número dos de la oficina me iba a tener de aliada para investigar a “Lady extensiones”, no me lo creo.

Por más que agudizo el oído no escucho nada, así que es imposible que estén teniendo sexo ahí dentro porque se les oiría, ¿verdad? Que las paredes no son tabiques tan gruesos. Una risita seguida de lo que me parece un gemido... ¡Mierda! ¿Qué está pasando ahí dentro?

Estoy tentada de levantarme, abrir la puerta con una excusa, aunque sea mala y poco creíble, cuando veo que la puerta se abre y ella sale atusándose la melena con una sonrisa de oreja a oreja.

—Recuerda que me debes algo, amor. No siempre vas a ser tú quien quede satisfecho solamente —escucho que le dice a Lorenzo.

Cuando cierra de nuevo la puerta, me mira, pero no dice nada, simplemente sonríe y se marcha. Llamo a Estíbaliz para informarle de que nuestra enemiga está en camino y ella grita pletórica. Desde luego, bien sabía ella que acabaría persiguiendo en taxi a Abril hasta quién sabe dónde.

Paso el resto de mi jornada revisando los contratos que están próximos a renovarse, Lorenzo me dejó una carpeta con las nuevas condiciones que había que incluir en cada uno y es lo que llevo haciendo desde que entré esta mañana. La puerta de Lorenzo se abre y cuando sale sonrío al verle. Una sonrisa de tonta de esas que ponen las quinceañeras cuando ven al chico que les gusta. ¡Por Dios, estoy de atar!

—¿Necesita algo, jefe? —pregunto cuando se para frente a mi escritorio.

—No, voy a ver a Sergio. ¿Tienes listos los contratos de las empresas que van a renovar ahora?

—Estoy ultimando algunos, antes de irme le dejo la carpeta en su despacho.

—Bien.

No dice nada más, solo se gira y empieza a caminar hacia el despacho de Sergio, pero noto que se para a mitad de camino. No quiero ser una descarada y mirarlo directamente, así que lo hago disimuladamente por el rabillo del ojo mientras cojo uno de los papeles que tengo a mi derecha.

¿Por qué narices tiene que ser tan guapo este hombre? Y, ¿por qué sigo teniendo ganas de besarlo? Si ahora mismo viniese de nuevo a mí y me dijera...

—Julieta —escucho que me llama y del susto no puedo evitar sobresaltarme.

—¿Sí, jefe?

Lo miro, está callado, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, mirándome fijamente. Nuestros ojos se quedan clavados en los del otro unos instantes hasta que no puedo más y desvío la mirada levemente.

—Nada, solo que al final Víctor tenía razón —dice y sigue hasta que llega a la puerta del despacho de Sergio.

Tras dar un par de golpecitos y abrir, le veo desaparecer y me quedo ahí, mirando a ese punto vacío del pasillo hasta que vuelvo en mí.

—¿Qué querría decir con eso? —susurro mientras recojo los papeles para llevarle la carpeta a su despacho.

Cuando acaba un día más de trabajo para mí, vuelvo a casa donde me esperan mis padres. En cuanto traspaso la puerta ambos me saludan y me reciben con un sonoro beso en la mejilla. Para mi sorpresa están mi hermana y mi cuñado que han comido con ellos. Yo lo hago sola, como siempre, puesto que cuando llego a casa ya es tarde y no quiero que mis padres me esperen.

—¿Cómo te va en el trabajo, cuñada? —pregunta Víctor.

—Bien, muy bien de hecho. El jefe está encantado.

—¿Sí? Pues será ahora, porque... —empieza a decir mi hermana, pero Víctor hace que se calle de inmediato.

—Pues sí, y para tu información, hermanita, hoy me ha dicho que Víctor tenía razón. Lo que no sé es en qué, así que, cuñado de mis amores —nótese el retintín en mi tono, por favor—, si fueras tan amable de decirme en qué exactamente tenías razón...

—Pues no lo sé, la verdad.

—Claro, ahora resulta que se te olvida lo que has hablado con tu amigo — le reprocho.

—Julieta... —me llama la atención mi hermana, y por no discutir con ella, me voy a la cocina para comer sola y tranquila.

Y en eso estaba cuando recibo un mensaje de Estíbaliz, diciendo que quería que nos viéramos con urgencia, pero mucha, porque tenía algo que contarme. Al parecer su trabajo de investigación había dado sus frutos. Así que me cambio de ropa rápidamente, me despido de mis padres y las visitas, tanto la deseada como la que no deseaba ver, y salgo camino de la cafetería donde me había citado mi compinche. O la compinche era yo, no estaba del todo claro.

Y aquí estoy en la cafetería, esperando que llegue porque he sido más rápida de lo que pensaba con el coche, vamos, que si había radares me habrá saltado alguno.

—Julieta, te vas a caer muerta cuando te cuente —escucho que dice Estíbaliz cuando llego a la mesa.

Tras sentarse y pedirle al camarero una bebida que no sé si sería capaz de pronunciar, me mira con una sonrisa que juro que me recordaba a la de uno de mis sobrinos antes de hacer una de las suyas. Lo que me traía era jugoso no, jugosísimo, y lo que estaba planeando para quitarse de en medio a Abril era de todo, menos bueno.

—Nunca imaginarías dónde ha ido nuestra amiga cuando salió de la oficina. Ni en sueños imaginarías que iba al lugar al que la he seguido. Desde luego, cuando mi hermano vea estas fotos se va a quedar, como poco, a cuadros.

Y dándome el móvil con una foto de Abril en pantalla, empiezo a pasar una a una las imágenes,

sin parpadear en ningún momento porque vaya sorpresita que traía la señora debajo del brazo.

—¿Cuándo piensas hablar con tu hermano? —pregunto entregándole el móvil de nuevo.

—Pues, si puedo, mañana. Aunque me gustaría que estuvieras conmigo, que este es capaz de pensar que le estoy engañando. No sé qué tendrá esa mujer que mi hermano está como un loco detrás de ella. Si ya tuvieron su *affaire* la noche del cumpleaños.

—Pues debe ser que no se quedaron satisfechos, porque hoy también pasó algo en su despacho.

—¡Por Dios! ¿En la oficina? —pregunta con cara de horror y poco después empezamos a reírnos las dos— Empiezas a caerme bien, Julieta. Creo que al final hasta nos haremos amigas.

Y no sé por qué, pero eso mismo estaba pensando yo mientras veía reír a esta muchachita que algo me decía era tan alocada como yo. Tiempo al tiempo, y veremos hasta dónde nos lleva esta alianza entre *Sherlock* y *Watson*.

Capítulo 17: Lorenzo



Jueves por la mañana, y sin dormir casi nada...

La noche había sido un desastre, le di mil vueltas a la gilipollez que había hecho dando ese beso de recibimiento a Abril en las oficinas para dar celos a Julieta y, lo que es peor aún, lo hicimos en el despacho pues algo me decía que me estaba escuchando detrás de la puerta.

¿Cómo podía ser tan gilipollas? ¿Cómo podía convertirme en todo lo que siempre detesté? En fin, que me he pasado toda la noche reprochándome a mí mismo el que me hubiera comportado de esa manera, pero es que era tonto del culo y sin remedio.

Estaba llegando y lo único que quería era ver la cara de Julieta, le sonreí nada más tenerla enfrente, ella me respondió con la misma sonrisa.

—Le recuerdo que mañana tiene comida familiar.

—Gracias, Julieta. Por cierto, ¿me llevas el café?

—No osaría hacer lo contrario —me sacó el dedo pulgar mientras sonreía.

¿Y lo monísima que iba ese día con un peto vaquero cortito a modo de falda y una camiseta blanca? Me imaginaba subiéndoselo por las caderas mientras mis manos... ¡No joder! No podía seguir pensando esas cosas que al final iba a terminar majara perdido.

Me la tenía que llevar, ya era hora que me cogiera unos días de relax como hacía de tanto en tanto y conocerla más, quería tenerla en las distancias cortas y averiguar como con Abril, cómo era realmente. Lo mismo me tenía que llevar hasta a los trillizos... Me tuve que echar a reír de pensarlo.

Entré a mi despacho y me quedé mirando por la ventana hasta que ella, sin previo aviso, entró y puso el café sobre la mesa.

—Julieta, quería comentarte algo...

—Dígame, *Mr. Loren* —dijo con una sonrisa de oreja a oreja sabiendo que no estaba bien que me llamara así y a mí, bueno se me cayó toda la baba regada por el suelo. Encima se sentó sin que nadie se lo pidiera, como era ella, ni más ni menos.

—Verás —joder no tenía lugar ni destino pensado—. El lunes me voy por unos días...

—¿A dónde va usted sin mí? —esa fue la pregunta que no esperaba y que me vino como anillo al dedo.

—Pues mira, si te quieres venir, no me importaría llevar secretaria —carraspeé.

—Pues voy, voy, yo a usted no lo dejo solo, soy como el Rexona, que nunca te abandona —reía sentada en la silla frente a mí.

—Aún no dije adónde voy.

—Me da igual, si hay que ir a un país en guerra, yo llevo mis provisiones.

—No lo dudo, te veo capaz —sonreí viendo la tentación que me producía esa mujer.

—Bueno y, ¿dónde nos vamos?

—A Viena, voy a Viena.

—Vamos a Viena, jefe, que ya lo veo dejándome aquí.

—Tengo una reunión importante allí y de paso haré turismo —mentí como un bellaco.

—Estoy loca por conocer Austria. Y yo, ¿le acompaño a esa reunión o le espero en el hotel? —buena pregunta.

—Ya veremos... —carraspeé.

—Bueno, yo a sus órdenes como si usted fuera el jefe de estado —sonrió levantándose—. Me voy a mi puesto, cualquier cosa me dice y ya me indica cómo lo hacemos para irnos. Yo me llevaré la *tablet* con todo para ir contestando *e-mails*. Por cierto, ¿qué hacemos con la centralita?

—Déjala desviada a Sergio cuando termines mañana.

—Pues marrón para Sergio, y... ¿Cuántos días nos vamos?

—Una semana más o menos —le hice un guiño—. Por cierto, ¿qué pasará con tus trillizos? —pregunté para ver su respuesta, eso sí, tuve que aguantar la risa y hacer como el que estaba preocupado.

—Mi madre se quedará con ellos encantada, todo porque yo luche por mi puesto de trabajo.

—De lujo, me quedo más tranquilo.

—Tranquila me voy a quedar yo —sonrió con amplitud—. Bueno —dio dos golpes a la puerta —, me voy a seguir currando que el deber me llama.

Cerró corriendo la puerta y me puse a buscar vuelos, hotel céntrico y eso sí, iba a dormir conmigo, nada de coger dos habitaciones, aunque si se ponía tonta, allí mismo la mandaba a otra, esperaba que no.

Dejé todo preparado, solo me quedaba el día siguiente de trabajo y no quería dejar nada sin atar, además rezaba porque Abril no me diera mucho por saco ese día y los siguientes, me seguía causando una sensación fea y cada vez me sacaba más de quicio.

Julieta volvió a aparecer por mi despacho.

—*Mr. Loren*, que le quería decir para que no se preocupe, que ya avisé a mi madre por el tema de los niños, que se los queda felizmente, es más, se alegra de perderme de vista por unos días, no lo entiendo, si soy un amor y una chica adorable —se encogió de hombros.

—Vaya, necesita desconectar de su hija —sonreí.

—Verá lo que me va a echar de menos, ya se lo diré —decía con gesto de mano incluido.

—Una cosita, al final salimos el lunes a las seis de la mañana hacia el aeropuerto, te recogeré en la puerta de tu casa. ¿Te parece?

—Claro, ahí estaré como un clavo, a puntual no me gana nadie.

—Me parece genial —arqueé la ceja esperando que dijera algo más, pero no, se giró, cerró la puerta con fuerza y otro estruendo en el edificio.

La iba a matar a besos o a cosquillas, pero algo haría con ella, no podía dar esos portazos cada vez que cerraba la puerta, pero así era y así iba a seguir por lo que podía comprobar.

Bajé a la cafetería a tomar algo, a la que estaba a pie de calle, necesitaba tomar un poco de aire, estaba ese día un poco agobiado, triste, raro, no sabía qué me pasaba, aproveché para llamar

a Víctor, esperaba que estuviera mejor que cuando lo vi.

—Hombre, mi amigo Lorenzo —saludó casi feliz, casi.

—¿Qué tal, hermano?

—Pues mira, bien dentro de lo que cabe, pero no hice aún nada, no tengo el valor de dejar a Clara...

—Te vas a buscar una ruina.

—Lo sé, es lo que más me duele y, sobre todo, hacerle daño, no se lo merece.

—No puedes jugar mucho más tiempo, lo sabes. No te quiero reñir, ni hacer de padre, pero ya es hora de que tomes conciencia y lo frenes.

—Lo haré, solo necesito tiempo para aclararme, estoy más perdido que el barco del arroz.

—Por cierto, le mentí a Julieta con que tenía una reunión en Viena y que además haría turismo y se animó a venirse conmigo.

—¡No me jodas!

—¡No, no lo haré! En todo caso a ella —bromeé.

—Al final te veo enganchado a Julieta —comentó con una risa.

—Quién sabe, pero estoy como tú, la cabeza me va a mil y mi corazón no sabe ni lo que quiere.

—Desde luego que nos ponemos a liar las cosas y no tenemos tope, nos liamos y nos liamos...

—Y la cagamos solitos —terminé por él—. En fin...

—A ver si nos vemos un ratito el fin de semana.

—Claro, vamos hablando y ya sabes, cuídate.

—Lo mismo te digo, campeón.

Terminé el café y volví hacia la oficina, allí me paró Julieta antes de que pudiera entrar al despacho.

—Schhh —me hizo un gesto con la mano para que me acercara—. Me voy a ir de *shopping* a comprar unos modelitos monísimos de la muerte para estar a la altura de las circunstancias en el viaje.

—Bueno, siempre lo estás, no creo que te haga falta mucho.

—Nada, lo dije por si te apiadabas y me hacías un regalito a modo de aguinaldo para que me lo gaste en algún centro comercial.

—Madre mía, estás fatal, pero si quieres, algo puedo hacer...

—Claro, claro que quiero —soltó con descaro.

Reí y me metí en el despacho, ordené a Sergio que me trajera una de las tarjetas de prepago que se regalaban a clientes como obsequio de los publicistas, una con trescientos euros, y no tardó en hacerlo.

Mandé llamar a Julieta que vino como un rayo.

—¿Me llama por el aguinaldo? —Qué morro tenía la tía, pero a mí me hacía reír como el que más.

—Sí —reí negando—. Toma —le puse la tarjeta delante—. Aquí tienes un aguinaldo con trescientos euros para que lo gastes en las tiendas, te he generado un pin y es este —le di el papelito con el número.

—¡Le como toda esa cara, *Mr. Loren!* —dijo cogiendo el pin, la tarjeta y besándola— Me voy de compras en cualquier hueco, la voy a fundir con más ganas que nunca —reía.

—Que lo disfrutes y recuerda que el lunes...

—A las seis estoy en la puerta de mi casa.

—Eso mismo —sonreí.

Salió por la puerta con otro portazo de esos que me dejaban el ruido en todo el edificio, pero así era ella...

Terminé la mañana y me fui hacia casa, necesitaba comer relajado y ese día pasarlo en desconexión total, sin que nadie revoloteara a mi alrededor, intentando que nada rompiera mi paz y claro, mientras comía plácidamente el karma volvió a mí.

Me entró un mensaje...

Abril: *¿Te parece si cenamos este fin de semana juntos?*

Lorenzo: *No lo sé, tengo millones de compromisos, pero lo vamos viendo.*

Abril: *Espero que no los antepongas a mí.*

Lorenzo: *¿Y por qué no debería de hacerlo?*

Abril: *Perderías el juego...*

Lorenzo: *¿Y quién te dijo que esté jugando?*

Abril: *Espero que no sea por la fea...*

Lorenzo: *Espero que te mires al espejo y veas si te puedes permitir el lujo de llamar a la gente así.*

Joder, es que me estaba sacando de quicio y cada vez me jodía más que llamara fea a Julieta, primero porque no lo era y segundo porque no me daba la gana que se refiriera a ella así.

Abril: *Mira Lorenzo, no me hagas jugar mis cartas o...*

Lorenzo: *¿Me estás amenazando?*

Abril: *Te estoy advirtiendo...*

Lorenzo: *Que tengas buen fin de semana.*

Abril: *Y que los pase por momentos a tu lado.*

La ignoré, seguir contestándole era entrar al trapo de una niña enrabiada que quería llamar la atención y hacía muestra de unos celos nada bonitos causados por otra persona.

¿Quién cojones era ella? ¿A qué se dedicaba? ¿Qué quería de mí?

Pasé la tarde relajado, escuchando música mientras preparaba una cena muy elaborada, tenía ganas de eso, disfrutar de mí, de mi soledad y fantasear con lo que podía ser una semana de lo más explosiva con Julieta, en un país digno de desconexión.

Por la noche me comenzaron a entrar mensajes de Abril, pidiendo vernos el sábado, pero lo dejé en visto, eso la enfadó más y no paraba de poner *emojis* como de impaciencia, pues eso iba a tener, impaciencia por un tubo pues a mí esos ataques tontos de niña de quince años como que no me iban.

Por la noche me dormí pensando en Julieta. ¿No era para quedarse loco?, pero otra parte de mí seguía deseando a la Abril sexy y provocadora, así que en vez de contar ovejas conté locuras, que era lo que estaba pasando a mi alrededor, una verdadera locura difícil de controlar.

Capítulo 18: Julieta



Acababa la semana, y estaba de los nervios porque Lorenzo me había dicho que me llevaría con él a Viena. ¡A Viena!

Siempre he querido conocer Austria, y gracias a mi jefe se va a cumplir ese sueño.

Toda la noche cotilleando en *Internet* lugares que podríamos ver, y quedé enamorada de los preciosos jardines del Palacio Belvedere. En una de las fotos que encontré había una fuente donde me encantaría immortalizarme, y si pudiera ser con Lorenzo a mi lado... mucho mejor.

No sé la de postres que vi, todos con una pinta riquísima, pero sin duda yo quería probar el *Kaiserschmarn*, que son unos deliciosos trozos de *crepes* servidos con mermelada, compota de ciruela, manzana, almendras y uvas pasas, espolvoreados con azúcar *glaseé*. Y en una de las fotos además le habían añadido helado de vainilla, vamos que eso tenía que estar de muerte.

Nada más levantarme esta mañana le envié un mensaje a Marina, diciéndole que el sábado sin falta me tenía en su casa para contarle mis avances. Ni qué decir tiene que ella está deseando que Lorenzo finalmente se fije en mí, y no en Abril. Qué manía le he cogido a esa mujer, por favor.

—¡Buenos días, Julieta! —gritó Estíbaliz, a quien ni escuché llegar inmersa como estaba en mi mundo.

—Buenos días. ¿Qué te trae por aquí? ¿Tenías reunión con tu hermano? —pregunté revisando en mi ordenador la agenda rápidamente.

—¡No, no! Tranquila, vengo para que hablemos con él. Corre, ven conmigo.

No me dio opción a preguntar para qué quería que la acompañara, ni a negarme en caso de que no me interesara el motivo, porque me levantó de la silla cogiéndome de la mano y diría que prácticamente me llevaba a rastras.

Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta de su hermano, la abrió directamente entrando como si fuera la dueña del lugar.

—¡Muy buenos días, hermano! —exclamó ella, de lo más feliz, y Lorenzo resopló al escucharla, pero al verme a mí, arqueó una ceja.

Ni yo sabía qué hacía ahí, así que me encogí de hombros porque respuesta para él no tenía.

—¿Ha pasado algo? —preguntó él, indicándonos que nos sentáramos.

—Que quiero hablar contigo —respondió ella, sin perder la sonrisa, y no sé por qué, pero me daba a mí en la nariz que ya empezaba a entender de lo que iba a hablarle.

—Yo me vuelvo a mi mesa, que esto...

—No, no, de eso nada, Julieta, tú te quedas aquí conmigo que también te incumbe.

—No, de verdad, yo...

—¡Julieta, que te sientes ya! —Estíbaliz me miró con el ceño fruncido y me dio el mismo miedo que su hermano. Madre mía, el genio debía ser cosa de familia. ¡Qué humos tenía la niña!

—Me estáis poniendo nervioso —se quejó Lorenzo—. Estíbaliz, habla de una vez.

—Vale, bien —carraspeó un poco y la vi cambiar el *chip*, entrando en modo profesional completamente—. Tu amiguita Abril, la morena a la que recibiste el otro día con un beso en todos los morros.

—Sé quién es Abril —resopló Lorenzo, llevándose las manos a las sienes.

—Vale, veo que no olvidas a las mujeres a las que te follas.

—¡Estíbaliz! —la reprendió, pero ella le quitó importancia a lo que había dicho con un leve movimiento de mano.

—Vale, voy a lo importante.

—¡Al fin! —protestó Lorenzo— Por favor, empieza.

—Abril es una caza fortunas —así, sin anestesia va y lo suelta.

—¿Perdona?

—Hermano, que esa mujer te ha engañado. Para empezar, el otro día cuando vino, me aseguré que en cuanto fuera la dueña de todo esto, porque se va a casar contigo, se desharía de mí, vamos, que pretende echarme de la empresa, a mí, a tu hermana. Y no digamos a ella... —Me señaló con la mano al tiempo que torcía el gesto.

—Así que se supone que voy a casarme con ella —dijo él arqueando las cejas.

—Eso dice, pero vamos, que no la vas a querer ver ni en pintura porque... Bueno, ya sabes que es mejor ver para creer así que, toma.

Tras entregarle su móvil, Estíbaliz le pide que vaya pasando las fotos. La cara de Lorenzo lo dice todo, no se cree realmente lo que ve, como me pasó a mí cuando me las mostró. Sé el momento exacto en el que ve al que es el marido de la susodicha, porque si fuera el padre no le saludaría con un señor beso en toda la boca.

Abril tiene dos hijos a los que recogió, con un efusivo beso y abrazo de madre amorosa, en un colegio de esos de niños súper pijos en cuanto salió de aquí. Allí subió a un coche de esos que llevan los millonetas con chófer incluido y acabaron en un casoplón de tres pares de narices. A recibirlos salió un señor de varias décadas de edad, algunas más que ella, bastante estropeado, la verdad, pero que en las fotos se ve que huele a pasta a kilómetros.

—¿Esto qué mierda es? —pregunta Lorenzo cabreado.

—Abril, tu amiga, con sus dos preciosos hijos, esos que tiene con el vejistorio al que le da un beso y... mira, ¿ves la cara de asco cuando él se marcha? Y no digamos cómo mira al chófer, a ese también se lo ha pasado por el arco del triunfo, seguro —respondió Estíbaliz.

—No puede ser, pero si este es... —Lorenzo se queda mirando la foto en la que aparece el marido, la aumenta y suelta el móvil como si quemara— Ese tío es uno de los hombres más ricos. Tiene sesenta años y heredó su fortuna al casarse hace poco más de diez con una mujer bastante más joven, pero... ¡Joder! Si está casada, ¿qué mierda quiere de mí?

—Hermano, yo te lo digo. Dejar al viejito, que le deje una buena suma con el divorcio y cazarte a ti para que le des lo que él no puede hasta que se canse de follar contigo y para entonces

te habrá dado un retoño o dos que tendrás que mantener después.

—Otra vez no —murmuró Lorenzo, con las manos en la nuca recostándose en su sillón.

Yo no entendía qué había querido decir con eso, pero no pregunté al ver que Estíbaliz se ponía en pie y se acercaba para darle un abrazo.

—No la vamos a dejar, ¿de acuerdo? No sabe con quién se ha metido esa loca. A los hermanos Andrade nadie los pisotea.

—¿Tú sabías esto, Julieta? —me pregunta frunciendo el ceño.

—No, yo solo... Bueno, verá... —No me salían ni las palabras.

—Ella solo fue mi ayudante. Le pedí que me avisara cuando Abril saliera de tu despacho para poder seguirla y eso hizo Julieta. Nos vimos por la tarde, le mostré las fotos por si alguna vez había venido por aquí con los niños o algo... —comentó, así como quien no quiere la cosa, pero de sobra sabía ella que esa mujer siempre había venido sola.

—Y pensar que la llevé a mi casa... —murmura volviendo a ver la foto en la que Abril estaba con su familia.

—Nada, pues ya la sacas hoy de tu vida, ¿verdad? —pregunta Estíbaliz, a lo que él tan solo asiente.

—Si no me necesitan... —Me puse en pie y Lorenzo me miró con otros ojos, unos que parecían haberse oscurecido un poco, pero... tal vez solo fue una sensación que me dio.

—Puedes irte ya si quieres, Julieta —me dijo Lorenzo.

Al mirar el reloj y ver que faltaba aún media hora para que acabara mi jornada, levanté una ceja y él me respondió con una sonrisa.

—Tienes que preparar el equipaje, recuerda que el lunes salimos de viaje.

—¿Os vais de viaje? ¿Dónde? —preguntó Estíbaliz.

—Tengo una reunión en Viena, y me llevo a mi secretaria.

Tras escuchar a su hermano, Estíbaliz lo miró levantando una ceja y él se encogió de hombros. Aquí pasaba algo raro, pero yo estaba de lo más feliz porque me iba a pasar una semanita de turismo y relax en Viena, así que...

Me despedí de ellos, recogí mis cosas y me marché a casa para comer y empezar a planificar lo que iba a necesitar para el viaje.

Capítulo 19: Julieta



Nada más levantarme llamé a Marina para preguntarle a qué hora le venía bien que me pasara por su casa y al comentarme que no tenía a los trillizos porque Álvaro libraba todo el fin de semana, le pedí que nos viéramos en el centro comercial a media mañana y la invitaría a comer.

Iba de compras así que me venía genial tener compañía y es que mi amiga era lo más cerca que yo tendría alguna vez a una estilista particular.

Tras un café, una ducha de esas que hacen que te despiertes de golpe y ponerme ropa lo más cómoda posible, me despedí de mis padres con uno de esos besos sonoros que a veces tanto crispaban a Doña Esperanza y salí dispuesta a fundir la tarjeta de mi jefe.

Sí, de mi jefe, que cuando le pedí a modo de guasa dinerito para comprar lo que pudiera necesitar para mi viaje de negocios, me dio una de esas tarjetas prepago que tiene para sus clientes, vamos, que estaba yo más contenta que unas castañuelas con mis trescientos eurillos. Ya podía haberme dado algo más, pero bueno, eso está bien para empezar. Que se prepare para Viena...

Llegué al centro comercial y le puse un mensaje a Marina, me contestó que estaba tomando un café frente a los cines y para allá que fui.

En cuanto vi su melena, me lancé a ella y esta se asustó al escucharme gritar su nombre.

—¡Serás desgraciada! ¡Un día me matas del susto! —gritó dándome un manotazo en el brazo.

—¡Auch! Cabrita, que haces daño —me quejé frotándome la zona.

—Y tú asustas, coño.

—¿Tan fea soy? Joder, y yo que pensé que era mona de cara... Pues nada, tendré que empezar a ser más simpática a ver si me sale marido, ya que por fea no me caso.

—No tienes remedio, anda, siéntate y pide los cafés.

—¿No los has pedido? —pregunté llamando al camarero con la mano.

—Acababa de sentarme cuando me ha llegado el mensaje, no soy *Speedy Gonzales* —protestó, poniendo ese acento mexicano con el que hablaba el ratoncillo de los dibujos animados haciéndome reír.

Pedí nuestros cafés y, además, como me apetecía algo dulce, añadí a nuestro desayuno tardío un

par de *muffins* de chocolate, nuestro vicio no tan secreto.

—¿Qué tal mis hijos? —pregunté dando un sorbo al café que nos acaban de traer.

—Tus hijos... —Me miró negando con la cabeza mientras sonreía— Muy bien, ya han acabado con todo el cargamento de chucherías que les compraste el lunes.

—Madre mía, Lorenzo no va a tener dinero suficiente para pagarme el sueldo, se me va a ir en esos dulces —comenté riendo.

—Hija, qué quieres. Se sientan a jugar o a ver una película y cogen un buen cargamento. Mira que lo escondí en uno de los muebles de la cocina, pero los cabritos lo han encontrado.

—¡Esos son mis niños! Han salido igual de curiosos que yo. ¿Y Álvaro? ¿Cómo está?

—Bien, currando, ya sabes. Le ha tocado descansar estos dos días así que se lleva a los niños por ahí de pingo. Dice que así me los cansa para que no me den mucha guerra el lunes, pero esos tres tienen más cuerda de la que él piensa, al menos cuando están conmigo.

—Porque les sigues el ritmo, igual que yo —contesté a lo que ella sonrió y asintió.

—Bueno, ¿y a qué se debe que estemos aquí hoy, bonita?

—A que me voy el lunes a Viena con Lorenzo.

—¡Qué me dices! ¿Ya estáis juntos y os vais a celebrarlo? Hija, de verdad, sí que os habéis dado prisa, y no me dices nada. Ten amiga para esto...

—No, bobita mía. Es que tiene una reunión allí con algún cliente y dice que le va bien tener a la secretaria, así que, ya ves, viajecito al país de mis sueños con el hombre de mi vida.

—¡Ay, la hostia! Ya lo dices como si nada. Estás muy pillada, ¿eh?

—Que me gusta, y mucho, no te lo voy a negar. Que me muero por probar esos labios que me tienen loca, pues tampoco. Y que no me importaría ser la mujer del señor Lorenzo Andrade, tampoco. Si es que no me quito a ese hombre de la cabeza, Mary. El martes me ignoró todo el día, encerrado en su despacho, me gritó y yo a él, no sé qué le pasaba, la verdad, pero luego el resto de días hemos estado mejor y cuando me dijo el jueves que si quería acompañarle a Viena... Quiero que sea mi oportunidad de estar solos, ¿sabes? Que nos conozcamos de verdad, que vea cómo soy.

—Hasta las trancas, lo que yo te diga... —me dijo Marina, negando con la cabeza.

—Pues no sé si enamorada, qué quieres que te diga, pero sí siento algo por él que hace que cuando me mira o me sonrío, me convierta en *Miss* sonrisa perenne.

—Te entiendo... —al decirlo veo que Marina desvía la mirada y cuando voy a preguntar, le suena el teléfono.

—Es Álvaro, qué raro —me dice al ver la pantalla, descuelga y empieza a hablar con su cuñado con la confianza de que delante mía puede hacerlo sin problema—. Dime, ¿va todo bien?

De primeras su rostro se cubre por la preocupación de que a los niños les haya pasado algo, pero tras escuchar al hombre que hay al otro lado de la línea, la veo sonreír del mismo modo que creo que lo hago yo en la oficina. Vaya dos, la que nos ha caído. Pilladas por un par de hombres que me da a mí que no es que vayan a hacer por acercarse y afianzar nuevas posiciones.

Unos minutos de conversación y vuelve conmigo.

—¿Todo bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, solo que Rodrigo estaba diciendo que esta noche quería cenar pizza casera y... me toca ir a su casa.

—¡Pues planazo!

—¿Te apuntas? —pregunta con la esperanza de que le dijera que sí, pero vamos que allá que va ella solita a ver si Álvaro da un paso para cambiar de casilla.

—No, no puedo. En cuanto llegue a casa preparo la maleta con lo que me compre hoy. Que mañana quiero descansar un poco.

—Vale, ¿vamos entonces a ver modelitos?

—¡Claro que sí, guapi! —grité emocionada— Además, paga el jefe —comenté guiñando un ojo.

Nuestra primera parada fue una tienda en la que solíamos comprarnos camisetas y pantalones cómodos, aunque de lo más cucos, para cuando planeábamos hacer turismo por algún pueblecito cercano. Así que ahí me surtí bien de unos cuantos de cada, un vestido, además de unas zapatillas que me encantaron. Después fuimos a por algo más elegante, por si salíamos a cenar fuera del hotel y compré unos zapatos con los que tuve un bonito amor a primera vista.

—Y ahora, la lencería —comentó Marina cuando pasamos por delante de una de las tiendas de la marca más cara en lo que a conjuntos de ropa interior femenina se refería.

Acabábamos de terminar de comer e íbamos a por un helado como colofón a nuestro día, pero mi amiga nos hizo desviarnos para llevarme hasta este escaparate, como si no la conociera yo.

—Si igual ni se fija en eso, además tengo un buen surtido en casa —dije, pero la verdad es que estaba viendo en el escaparate un conjunto de lo más sexy.

—Anda, pasa y pruébate ese que estás viendo que como te quedas con las ganas, va a ser peor.

Hice caso a mi amiga y entramos en la tienda. La dependienta nada más verme supo la talla exacta que uso sin siquiera preguntar, y tras coger el conjunto que le había pedido, entro en el probador para ver cómo me sienta.

Madre mía, es precioso y perfecto, me súper encanta y me lo llevo, claro que me lo llevo.

—¿Cómo te queda? —Escuché la voz de Marina abriendo la cortina y al verme se queda con la boca abierta—. ¡Virgen de la Macarena! Qué bien te queda, nena. Te lo llevas, ¿verdad?

—Pues claro, me he enamorado, como de los zapatos —respondo riendo.

—Pues hija como te lo vea puesto Don Lorenzo... Esperemos que no la espiche.

—Se le ve saludable, yo creo que un asalto me aguantará, ¿no? —pregunto guiñando un ojo.

—Chiquilla, ese hombre seguro que aguanta dos y hasta tres seguidos. ¡Anda que no!

—Por eso se lo ha ligado “Lady extensiones” ¡Pero si no te lo he contado! —grité recordando que no habíamos hablado de lo mejor de todo, de Abril.

—¿Qué pasa?

—Espera, en cuanto salgamos y vayamos a por el helado, te cuento.

Y así hicimos, pagué el dineral del conjunto, que casi me había costado más que los zapatos y acabé con eso de fundir la tarjeta del todo. Bien que había estirado esos trescientos euros que me había regalado el jefe. Además, ¿no era para que él se alegrara la vista con mi presencia? Pues tenía que estar monísima de la muerte.

En cuento nos trajeron los helados, de dos bolas, con mucha nata, sirope y trocitos de almendra picada, empecé a contarle a Marina todo lo que le ocultaba Abril a Lorenzo. Tan solo me interrumpía para decir, “¡qué dices!” o “menuda lista”.

—A la chita callando, tiene más secretos que misterios por resolver Iker Jiménez —dijo cuando acabé de relatarle todo.

—Sí, pero Estíbaliz se lo contó todo ayer a Lorenzo y aunque al principio se le veía dudando, la creyó. Sobre todo, en cuanto vio quién es el marido.

—Ten cuidado con esa mujer, no sea que se entere de que Estíbaliz y tú habéis estado investigando y...

—Tranquila, que no puede hacernos nada. Lorenzo cuida de su hermana y sé que a mí tampoco

me dejará desamparada si intenta algo contra mí —le dije convencida y es que estoy segura de que Lorenzo, poco a poco, también está empezando a ver que soy algo más que una secretaria para él.

Después de un día de *shopping*, risas y charla con mi amiga, me despedí de ella y le dije que les diera un fuerte abrazo a nuestros tres niños. Cargada con más bolsas que *Julia Roberts* después de fundir la tarjeta de *Richard Gere* en la película, volví a casa donde encontré a mis padres tranquilamente en el salón. Mientras él leía el periódico, mi madre cotilleaba en una de esas revistas donde siempre salían los famosos, bien vendiendo alguna historia, posando en uno de esos falsos robados, o siendo perseguidos por los periodistas que no los dejaban ni a sol ni a sombra. De verdad que no sé cómo Estíbaliz se puede encontrar cómoda cuando está rodeada de tanta prensa, igual que Lorenzo.

Al menos esperaba tener un viaje tranquilo, nada de periodistas cotillas ni fotógrafos buscando el chisme con el que sus jefes vendieran más revistas.

Me encerré en el dormitorio, bajé la maleta del altillo del armario y empecé a guardar ropa interior, cosas de aseo, la ropa y los zapatos que había comprado hoy, y que no pasaba nada porque quedara un poquitín arrugada, que seguro que en el hotel al que íbamos tenían una plancha que dejarme.

Acabé en poco más de una hora y fui a la cocina a preparar una de mis tortillitas para la cena, acompañada de una ensalada. Me gustaba hacerlo y tener esos pequeños detalles con mis padres, aunque no soy una cocinera como los de la tele, pero esas dos cosas me quedaban de lo mejorcito.

Cuando estaba todo listo puse la mesa y los llamé para cenar, mi padre me dio uno de esos besos en la frente que me daba cuando era pequeña, ya soy una mujer lo suficientemente adulta como para recibirlos, pero a mí me sigue gustando.

—La niña de mis ojos —susurró con una sonrisa en los labios y a mí... A mí casi se me saltan las lágrimas.

Adoro a mis padres, a los dos, pero el haber compartido tantas tardes y noches de fútbol con él, le hacen para mí el verdadero hombre de mi vida, el más importante de todos.

Cenamos charlando de mi viaje, de que tuviera cuidado, que me abrigara bien no me fuera a poner mala que, si mi jefe me dejaba sola que no hiciera turismo sin avisarle, vamos, que parecía que en vez de treinta años tuviera quince y en vez de irme con mi jefe, me fuera con el instituto de viaje de fin de curso.

Tenía narices la cosa, pero en el fondo sabía que lo decían porque se preocupaban por mí y no querían perderme por nada del mundo.

Ni yo a ellos, mis padres eran y siempre lo serían, el motor de mi vida.

Capítulo 20: Julieta



A un día de mi súper viaje y seguía en la cama. No es que tuviera mucho que hacer y tras el recorrido que había hecho el día anterior por el centro comercial, estaba agotada, de ahí que fueran casi las once de la mañana y me acabara de despertar.

Y porque escuché el timbre de casa que, si no, aún seguiría dormida.

Me levanté y salí con mi pijama de flores hasta la cocina donde escuchaba a mis padres hablar de lo más animados.

—Buenos días —les saludé acercándome a ellos para darles un beso a cada uno.

—Buenos días, hija. ¿Has dormido bien? —preguntó mi madre.

—Ajá, como un bebé. Estaba agotada.

—No me extraña, si llegaste ayer cargada con una de bolsas... —se quejó mi padre.

—Pues lo necesario para el viaje, papá.

—¿A qué hora dijiste que te ibas?

—A las seis me recoge el jefe, mamá.

—¡Qué temprano! Te vas a tener que levantar cuando las gallinas, hija mía.

—Pues mira, mañana ponemos nosotros las calles, ya te lo digo —solté y ambos empezaron a reír.

Me serví un café con un par de tostadas con mermelada de fresa que me supo a gloria, ayudé a mi madre con todo lo necesario para preparar la paella, esa que no había domingo que faltara en mi casa, y después fui a guardar lo que me faltaba de equipaje.

Eran las dos en punto cuando sonó el timbre, sin duda ahí llegaban mi hermana y su amorcito.

Me vestí rápido con lo primero que vi y antes de que saliera del dormitorio, entraba mi hermana.

—Hola, señora secretaria —saludó sonriente.

—Hola, señora de su casa —le dije con retintín.

—Tú también podrías ser la señora de tu propia casa, ¿lo sabías?

—Sí, pero estoy mejor con los papás, ya te lo digo. Con ellos no discuto por quién se dejó la pasta de dientes abierta.

Rompimos a reír hasta que mi hermana vio la maleta.

—¿Y eso? No me digas que te vas de vacaciones ya, que acabas de empezar en el trabajo hace nada.

—No, no son vacaciones, es un viaje de negocios.

—¿Cómo de negocios? —preguntó sentándose en la cama y yo lo hice a su lado.

—Sí, que mi jefe tiene un viaje a Viena por una reunión y me lleva con él.

—Qué nivel, no sabía que Lorenzo tuviera clientes allí.

—Pues ya ves, al parecer sí.

—Y... ¿qué te llevas?

Antes de que me diera cuenta, mi hermana había hecho un movimiento rápido y en un santiamén estaba al lado de la maleta, tumbándola en el suelo y abriendo la cremallera. ¡Para matarla! Si es que era una cotilla de cuidado.

Empezó a revolverlo todo, de modo que yo estaba sintiendo sudores fríos porque después tendría que colocarlo otra vez. Hasta que dio con lo que no debería haber visto, el famoso conjuntito.

—¡Vaya, vaya! Parece que alguien va dispuesta a algo más que trabajar. ¿Cómo te queda? Es una monada, me encanta —dijo dándole vueltas y más vueltas delante de sus narices y de las mías, claro está.

—Pues muy bien, ¿cómo me va a quedar? Parece mentira que no sepas que tengo una percha perfecta para lucirlo.

—Deja que te vea con él, anda.

—¡Qué dices! No, venga, guárdalo que nos esperan para comer —intenté quitárselo de las manos, juro que lo intenté, pero aquí la enfermera parecía campeona olímpica de escapismo porque, joder cómo corría por toda la habitación y por encima de mi cama—. Vale, me lo pongo, pero luego colocas tú toda la puñetera ropa en la maleta, ¡que mira cómo lo has dejado!

Ella sonrió triunfal, me dio el conjunto y rápidamente me lo puse para que me viera. Asentía de manera aprobatoria y tal como le había pedido, ahí estaba Susy colocando bien la ropa de la maleta.

—¿Te gusta Lorenzo? —preguntó de pronto mirándome con los ojos entrecerrados.

—Si así fuera, ¿habría algún problema? —pregunté en respuesta.

—Claro que no, solo quiero que estés segura de que no haces nada de lo que después te arrepientas.

—Susy, hermanita... —La cogí de la mano, nos sentamos en la cama le di un abrazo— Tranquila, que, si pasa algo con Lorenzo, será porque los dos queramos que pase. Que ya somos mayorcitos.

—Vale, pero ten cuidado, ¿sí? No entregues este —me dice señalándome con el dedo la parte donde está mi corazón— antes de tiempo. No quiero que tengas otro Gonzalo, y no es por nada, pero Lorenzo tiene fama de mujeriego.

—La gente cambia, ¿no? Mira el Víctor de tu alma. ¿No decías que te confesó que picaba aquí y allá hasta que te conoció? —Susy sonríe y asiente— y ha cambiado, no es que sea santo de mi devoción ese hombre, ya lo sabes, pero al menos te quiere.

—Lo sé, y yo a él.

—No, tú estás enamorada hasta las trancas, bonita.

—Y tú de Lorenzo, ¿también? —preguntó dándome un abrazo de los que solía darme cuando era más pequeña.

—Hasta ese punto creo que no llego todavía.

—Pero poco te falta... —me aseguró ella.

—Pues no te digo yo que no.

—¡Niñas, a comer! —escuchamos gritar a nuestra madre desde el pasillo, así que nos levantamos y salimos a reunirnos con la familia.

En cuanto vi a Víctor y mi hermana se acercó a él, pude ver que ese hombre de verdad quería a Susy, tal vez antes de lo que yo pensaba nos sorprendía a todos con uno de esos pedruscos en un anillo pidiendo permiso a mi padre para casarse con ella.

La verdad es que mis padres para ser tan mayores son muy modernos, a su manera, claro está, porque cuando Susy dijo que se iba a vivir con su novio, mis padres aceptaron sin más, no le preguntaron si es que no tenían planes de boda ni nada de eso. Tan solo les dijeron a los dos que las puertas de esta casa estaban abiertas para cuando quisieran venir a verlos y como siempre han venido los domingos a por la paella, no íbamos a perder esa tradición.

Durante la comida mi cuñado se interesó por mí, cosa rara para qué engañarnos: que si estaba contenta con el trabajo, que si me trataban bien los compañeros y el jefe... Fue ahí cuando mi madre soltó que al día siguiente me iba de viaje con el jefe precisamente. Vi a mi cuñado sonreír de una manera nada habitual en él, lo que me daba a entender que estaba más que al tanto de ese viaje de negocios al que me llevaba Lorenzo. Vamos, que estos dos habían estado de cotilleo como dos marujas igual que yo con Marina y con mi hermana.

Después del café mi hermana quiso que viéramos una película, así que, ahí que fuimos los cinco al salón a ocupar cada uno el lugar que ya tenía escogido desde hacía tiempo.

A Víctor le noté distraído. Mi hermana estaba tumbada en el sofá, como siempre, con la cabeza apoyada en las piernas de su chico, mientras él le prestaba más atención al móvil, resoplando de vez en cuando, que a la película.

Cuando le vi levantarse diciendo que iba a por un vaso de agua, le seguí a la cocina y ahí que estaba tecleando sin para en el dichoso móvil.

—¿Todo bien, cuñadito? —pregunté, lo más tranquila que pude, porque juro que no quería pensar mal de él, de verdad que no.

—¿Eh? Sí, sí, trabajo, solo eso —respondió algo nervioso.

—Mi hermana y tú estáis bien, ¿verdad?

—Claro, ¿por qué no íbamos a estarlo? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Tranquilo, que solo preguntaba.

Fui a la nevera y cogí un batido de fresa, de vez en cuando el cuerpo me pedía uno dulce y fresquito, por eso tenía un buen cargamento.

—Oye, por si no te lo había dicho nunca... —Me acerqué a mi cuñado, sonriendo, hasta que quedé a unos pocos centímetros de él. Vale, que es más alto y más musculoso que yo, pero no me achantaba ante él— Si alguna vez le haces daño a mi hermana, te pongo tus joyitas de pendientes.

Antes de apartarme señalé con una leve mirada hacia su entrepierna para que le quedara claro. Di un trago a mi batido y volví al salón ocupando de nuevo mi sitio.

Ni dos minutos tardó en aparecer mi cuñado, que nada más sentarse besó la frente de mi hermana mientras le dedicaba una mirada llena de amor y le susurraba un “te quiero” que pensaba que no habíamos escuchado ninguno, pero no fui yo la única puesto que mi madre sonrió y no por lo que había en la película en ese momento.

Los tortolitos se fueron antes de cenar, por más que mi madre insistió en que se quedaran, que prepararía algo rápido, ambos dijeron que no porque al día siguiente empezaban temprano a

trabajar.

Yo me hice una ensalada de pasta, rápida y ligera, que me comí viendo las noticias con mi padre.

No cambiaba ni uno solo de esos momentos a solas con él por nada del mundo.

Les di las buenas noches a ambos, me di una ducha, puesto que a la mañana siguiente no iba a tener tiempo y antes de meterme en la cama le mandé un mensaje a Lorenzo.

Julieta: *Buenas noches, jefe. Le recuerdo que mañana tiene usted que pasar a recogerme a las seis. Ponga la alarma, no se vaya a dormir y perdamos el vuelo. Que descanse.*

Ni dos minutos tardó en llegarme la respuesta.

Lorenzo: *Buenas noches, Julieta. Alarma conectada para salir con tiempo. Espero que no seas tú quien se duerma, no quisiera tener que dejarte en tierra. Nos vemos mañana, preciosa. Descansa.*

Preciosa, sí, había leído bien, me había llamado preciosa. Eso quería decir que al menos no le parecía un adefesio. Sonriendo como una boba puse el móvil a cargar, conecté la alarma, cerré los ojos y el sueño llegó, claro que sí, pero antes de que cayera profundamente dormida unos ojos azules, acompañados de unos labios de lo más apetecibles hicieron aparición. ¿Y qué pasó en esos momentos antes de dormirme? Algo que esperaba que ocurriera en mi viaje a Viena...

Capítulo 21: Lorenzo



Nervioso, así me encontraba a las cinco de la mañana mientras me duchaba.

Me preparé un café para salir pitando a por Julieta, esa chica que junto a mi hermana me habían puesto al día de una parte de lo que escondía Abril, a la vez que esta se pasó el fin de semana mandándome un montón de mensajes para quedar, me hizo mil llamadas y yo, bueno, yo la ignoré en absolutamente todo.

Mi equipaje estaba preparado, me tomé el café y salí hacia el coche para ponerlo en el maletero e ir por ella, mi loca Julieta, esa que sabía sacarme tanto una sonrisa como de quicio, a partes iguales, pero que cada vez ganaba infinidad de puntos.

—Hola, jefe —sonreía nerviosa con su maleta a un lado.

—Hola, tormento —reí mientras cogía su equipaje y lo colocaba junto al mío.

—No soy un tormento, además, mire, dejé a mis tres churumbeles por no dejarlo a usted solo en esta odisea.

—¿Odisea? —pregunté mientras arrancaba el coche.

—Se pierde hasta en su despacho, imagine en otro país —soltó convencida de ello.

—Viajo infinidad de veces, he recorrido medio mundo. ¿Qué me estás contando? —reí negando.

—Bueno, yo sé lo que me digo, pero le advierto que conmigo todo será más fácil.

—Eso espero...

—¿Y tuvo noticias de la caza viejos? —preguntó refiriéndose a Abril.

—Algo, pero la ignoré. ¿Podemos dejarla de lado y hacer un viaje placentero?

—¿Cómo de placentero? Mire que no me depilé... —bromeó.

—Vaya, eso tiene fácil arreglo, llevo un par de cuchillas en la maleta —carraspeé siguiendo la broma.

—¡Ah no, de eso nada! Estoy bromeando, soy de las que tiene hecha la depilación definitiva, pero no se emocione.

—Vale, vale, no me emocionaré —aguanté la risa—, pero, por favor, ¿podrías empezar a tratarme de tú? Al menos, cuando estemos fuera del trabajo.

—No se preocupe, jefe... —La miré arqueando una ceja y ella sonrió— Vale, Lorenzo.

—Así está mejor.

Llegamos al aeropuerto casi una hora después, facturamos las maletas y nos dirigimos a la zona de embarque, no nos hicieron esperar ya que íbamos en clase preferente y eso a ella la hizo emocionarse como una niña pequeña, era como si fuese en un avión privado.

El avión despegó y Julieta se puso a aplaudir y vitorear emocionada. Unos señores que había en el otro pasillo empezaron a sonreír mirándola, yo no sabía dónde meterme, menos mal que aparte de ellos no había nadie más.

—Esto para mí es como montarme en el rápido de la feria —dijo cuando el avión cogió velocidad para despegar.

—Ya, ya —afirme rápidamente con la cabeza, qué cruz de viaje me quedaba, pero me hacía mucha gracia, esa era la realidad.

—¿Me estás tomando por loca?

—¿Yo? —Me hice el ofendido— Para nada, por favor, ¡Dios me libre!

—¡Tonto! —Me dio un golpe en el hombro que por poco me saca por la ventanilla del avión.

—Eres un poquito bruta, ¿no? —murmuré en su oído.

—Un poquito dice... —Hizo un gesto dándolo por hecho.

Me tuve que echar a reír, no me quedaba otra, además, ¡qué leches!, me las arrancaba con cada palabra que decía.

—Sabes, una vez me subí a un vuelo para ir a Canarias y me tocó al lado un loco, pero un loco de verdad, no como yo que me hago la loca —soltó con toda su jeta.

—No como tú, gracias por la apreciación.

—Tú sigue llamándome loca que a la vuelta vienes en primera clase de bodega y en una caja de madera, advertido quedas.

—¿Eso es una amenaza? —Arqué la ceja aguantando que no se me escapara la risa.

—En toda regla, así que cuidado *Mr. Loren*.

—Lo tendré en cuenta, lo tendré —hice como el que lo daba por sentado y estaba hasta asustado.

—Estoy pensando que tendré que comprarles algunas cosillas a los trillizos en el viaje. Mis niños... ¡Que los quiero mare!

—Por supuesto, les traeremos algún regalo —aguanté la risa, el caso es que tenía unos trillizos en su vida, pero no eran de ella, por mucho que se quisiera empeñar en hacerme creer que sí.

—Son el amor de mi vida y por mis enanos, ¡mato! —decía hasta con gesto de dedo y yo afirmaba, había que seguirle la corriente.

—Aquí vas a matar a mucha gente por lo que veo —reí.

—Mira, *Mr. Loren* —sonrió a la azafata que nos había traído un desayuno—, no sabes lo que puedo llegar a hacer si tocan a uno de los míos.

—No lo pongo en duda —arqueé la ceja.

Se pasó todo el vuelo hablándome de los niños, madre mía cómo se metía en el papel y disfrutaba hablando de ellos, contando sus cosas, vamos como si fueran de ella. Yo alucinaba, pero ya me lo tomaba como un juego, seguirle el rollo y ya.

Aterrizamos en Viena y fuimos directos a por el equipaje, ella iba dando saltitos como una niña pequeña y yo solo pedía que esos piecitos parasen un momentito y no me hicieran pasar esa vergüenza, pero nada, a respingones llegó a la cinta que las iba sacando.

Salimos del aeropuerto y nos montamos en un taxi que nos llevó al centro de la ciudad, a uno de los puntos más importantes, donde estaba nuestro hotel.

Un señor se acercó y nos cogió las maletas, le seguimos hasta recepción donde nos hicieron el

registro y entregaron las llaves.

—Jooderrrr —fue lo que dijo al entrar a esa *suite*, con una terraza bien amplia con una mesa y sillas para disfrutar de unas vistas espectaculares al corazón de la ciudad.

—¿Te gusta? —Puse la maleta a un lado y me fui a abrir una botella de vino blanco que había en una cubitera y que yo había pedido que enfriaran para cuando llegáramos.

—Me encanta —decía saliendo hacia la terraza.

Llené las copas y salí para poner una en sus manos que recibió con una sonrisa de felicidad que no podía con ella, le gustaba lo que estaba viendo y disfrutarlo con una copa de vino como el que más.

—¿Sabes? Llevo todo el fin de semana mirando a ratos imágenes de esta ciudad, pero ahora al verla así, en su esplendor, llena de gente, de vida, no sé es como muy impresionante.

—Claro, no es lo mismo verla que vivirla en primera persona.

—Yo he viajado, pero poco, jamás hice un viaje largo por Europa, lo máximo que fui es a las Islas Baleares y a las Canarias.

—Pues Europa es preciosa, ya es hora de que comiences a descubrirla —choqué su copa con la mía.

—Llévame contigo a cada viaje, prometo ser buena —sonrió y vi que sus labios pedían a gritos que los besara, cosa que estaba deseando, pero quería ir sobre paso firme, lo de Julieta era un sentimiento más inocente, menos desenfadado, más tierno y me gustaba disfrutar de los momentos sin prisas, sin ansias, pero con unas ganas enormes.

—Me lo pensaré... —Le hice un guiño y di un trago a mi copa.

Nos acabamos las copas de vino y salimos de la habitación para ir a tomarnos algo por ahí.

El centro histórico de Viena te transportaba de un siglo a otro, era increíble, para mí era una de las ciudades más bonitas del mundo.

Julieta parecía Estíbaliz, con tanta foto, hasta me pedía que saliera en sus *selfis*, cosa que me iba prestando a ello.

Nos sentamos a comer en una terraza de la plaza de San Esteban, donde estaba la catedral con el mismo nombre y que era, por cierto, el monumento más emblemático de la ciudad.

Nos pedimos un vino y platos de la carta que nos llamaron la atención, Julieta era como yo, arriesgaba en los platos y le gustaba probar de todo.

Ella miraba alrededor, lo curioseaba todo y me comentaba las cosas que le llamaban la atención, parecía una cría en un parque de atracciones.

Nos bebimos una botella de ese acertado vino blanco francés, que nos había recomendado el camarero del restaurante al que le dejé una generosa propina por la atención tan buena que nos dio.

Fuimos a pasear y a descubrir la ciudad, ella se enganchó a mi brazo con toda esa naturalidad que le caracterizaba y a mí me encantaba, en alguna que otra ocasión la cogí por el hombro para ayudarla a pasar por algún bullicio.

Por momentos me daba la sensación que estaba hablando con una persona con una cultura bastante amplia y es que la tenía, pero cuando ya se paraba delante de una tienda y se ponía en plan bipolar a decir que le iba a comprar unos regalitos a sus retoños, me recordaba su parte de locura que habitaba en ella, pero eso no la hacía menos adorable. Estaba dándome cuenta que era una mujer sensible, llena de amor, de vida y de muchas cualidades que la hacían tan especial.

Pasé la tarde acumulando bolsas de cosas para los peques que iba comprando, bueno iba pagando yo, que me adelantaba y ella no hacía ni el más mínimo intento de frenarme, no paraba de

decirme que yo sería el padre ideal de sus hijos, para matarla, pero no podía hacer otra cosa más que reír.

Se paró delante del escaparate de una famosa tienda de lencería, se quedó mirando un pijama de dos piezas muy veraniego.

—Entra, te lo regalo...

—Eso estaba pensando yo —entró a toda leche dejándome fuera para que la siguiera con todas las bolsas.

Cuando llegué a ella ya tenía en las manos el pijama y ropa interior, me la enseñó como diciendo si podía cogerlas también. Afirmé riendo. ¿Cómo le iba a decir qué no? En el fondo en ese punto creo que, si me pidiese la luna, me alquilaba un cohete e iba a por ella.

Nos habíamos recorrido todas las calles de los alrededores del hotel y de la plaza que era donde estábamos ubicados y paramos a cenar antes de subir.

—Joder, jefecillo, para ser el primer día fue de lo más *Pretty Woman*.

—Te faltó solo hacer el trabajillo de ella —bromeé.

—Si me lo pagas bien...

—¿Te parece poco que te regalé una semana con todos los gastos pagados?

—¿Entonces mañana puedo seguir comprando cosas para mis retoños y para mí?

—Claro —levanté la ceja mientras sonreía, me gustaba verla tan feliz e ilusionada.

—Eres un chollo, lo mismo hasta tienes suerte y te ligo —soltó con descaro tomando un sorbo de su copa de vino.

—Vaya, gracias —dije apretando los dientes.

—Y encima esta noche vas a dormir conmigo...

—¿Ah sí? ¿Te meterás en mi cama?

—¡No, so burro! En la misma habitación. Ya te digo que para conquistarme te lo vas a tener que currar mucho, sé que estás deseando, pero no te lo puedo poner fácil, aunque hoy con todos los regalos que has pagado para mis hijos, como que te has ganado muchos puntos.

—¡No me digas! —exclamé como haciéndome el emocionado.

—¡Claro! —me sacó la lengua y se echó a reír.

Tras la cena subimos a la habitación, primero se duchó ella que salió con ese pijama nuevo que le quedaba de infarto, la verdad es que tenía un cuerpo espectacular y estaba de lo más apetecible.

Me duché mientras fantaseaba con que hubiera la posibilidad de dormir conmigo, pero se me pasó rápido al salir y descubrir que no, que se había dormido y que de esa posibilidad ya no quedaba ni rastro.

Tenía decenas de mensajes de Abril, pero no pensaba ni abrirlos, no me daba la gana que me aguara este viaje y, mucho menos, que me hiciera poner de mal humor, ahora estaba disfrutando y no le iba a permitir a ella ni a nadie que me estropeará estos días que me quedaban por delante.

Me puse los cascos y escuché un programa de *YouTube* en el que hablaban de los lugares más bonitos de Viena, tanto para comer, como para descubrir, seguro que había muchos que no conocía y que podían ser todo un descubrimiento en este viaje en el que quería impresionar a Julieta y que recordara para siempre como el mejor de sus recuerdos, aunque el día de hoy ya había sido impresionante, me lo dijo en varias ocasiones.

Capítulo 22: Lorenzo



—¡Quiero desayunar! ¡Quiero café! ¡Quiero comprar! ¡Quiero pasear! —exclamaba saltando en mi cama como si fuera una cría de cinco años.

—Buenos días —reí mientras me incorporaba.

—Eres un dormilón, *Mr. Loren* —se tiró saltando y sentándose frente a mí—. Digamos que llevo despierta como... ¿dos horas?

—No me lo creo —negué riendo.

—¡Venga! —tiró de mis manos para que me levantara— Vamos a desayunar que me muerdo de hambre.

—No creo que sea así, pero vamos a desayunar, necesito también mi chute de cafeína.

—Y yo un negro para que me dé con su bate —reí al verla bailando la canción de *Tik Tok* que tantas veces le vi a mi hermana hacer.

—¿Te gusta el *Tik Tok*?

—Me sé todos los bailes —se puso de nuevo de pie sobre la cama—. Mami aquí llegó tu tiburón —hizo otro de esos bailes mientras yo me reía negando.

—Anda, me voy a asear y cambiar —me levanté, cogí mi ropa y me metí en el baño muerto de risa y es que no era para menos.

Se levantaba con buen humor, otro punto a su favor, ese día me la tenía que ganar un poco más, me volvían loco sus labios y no podía pasar un día más sin probarlos, tenía que sacar mi parte más juguetona y conseguir el premio.

Cuando salí ya estaba preparada, vestida monísima con un vestido de manga corta y una rebeca, en los pies unas deportivas Adidas, las de toda la vida, blancas con las franjas azules a los lados, era una preciosidad y ese toque añinado que me encantaba de ella.

Nos sentamos en una de las cafeterías a desayunar, ella aprovechó para llamar y preguntar por sus churumbes, imagino que, a Marina, estaba disimulando y lo tenía todo preparado, pero yo hacía gestos con la cara sonriente como si estuviera feliz de que hablara de sus hijos y se le escapara esas sonrisitas.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear, yo le eché el brazo por el hombro, ni lo pensé, quería ir acercándome a ella con más naturalidad y conseguir el beso, ese ansiado y deseado beso que me traía por la calle de la locura, como ella, era el motor de esos momentos, como si llevara

habitando en mí muchísimo tiempo.

No tardó en plantarse delante de una joyería de *Swarovski*.

—Esta firma le encanta a tu hermana —dijo recordando a Estibaliz, se veía que le tenía aprecio.

—Pues entremos, hay que llevarle algo a la niña para tenerla contenta.

—Sí, es un encanto y no se merece menos.

Entramos y me ayudó a elegir unos pendientes, pulsera, anillo y colgante, estaba emocionada eligiendo para ella, pero la sorpresa estuvo cuando le pedí dos de cada y que cada juego lo pusiera en bolsas independientes, me miró sin entender.

Salimos de la tienda y le puse una bolsita en sus manos.

—Esta es para ti...

—¿De verdad? —Aplaudió emocionada.

—Claro, no te iba a dejar con ganas.

—Bueno, pero ella es tu hermana, se lo merecía.

—Tú también lo mereces. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Nada, me merezco esto y mucho más —dijo con descaro sacándome la lengua y enganchándose a mi brazo.

—No lo dudaba —la apreté contra mí y le besé la coronilla.

Se dejaba querer, claro que se dejaba, en el fondo algo me decía que había en ella eso que yo buscaba y que estaba dispuesta a darme, aunque me soltara esos disparates como que la tenía que ganar. ¿Acaso no había una parte de ella que ya estaba ganada? Yo pensaba que sí y esa era mi idea, no quería pensarlo de otra manera, vivía el momento disfrutando de la más mínima tontería, pero me sentía bien a su lado y eso era todo lo que en estos momentos necesitaba.

Paramos delante de una heladería y se quedó mirando aquel inmenso escaparate con todo tipo de sabores, podía ver cómo se le hacía la boca agua decidiendo cuál sería su presa y al final se decidió por uno con sabor a caramelo de *Werther's Original*.

Había de todos los sabores así que me costó decidir y al final lo hice por uno de pistachos, siempre quise probarlo, pero me echaba atrás en el último momento y terminaba tirando al chocolate, pero esta vez no, esta vez estaba innovando, descubriendo y haciendo cosas que deseaba, así que, ahora era el momento.

Se pasó el camino con el helado metiéndomelo en la boca, cogía una cucharada del suyo y ahí iba sin previo aviso, lo mismo comencé a hacer con el mío, parecíamos dos tontos enamorados sin ese primer beso que tanto deseábamos, pero disfrutando del recorrido que nos llevaría a él.

—Me muero —se quedó mirando tres muñecos en plan héroes en un puesto ambulante de la calle.

—Me los llevo —dije señalando a los tres y dando por hecho que los quería para sus trillizos. ¡La madre que la parió! Pero hasta le estaba cogiendo cariño a esas criaturas que no eran ni de su sangre lejana.

Ella aplaudía con mis decisiones y viendo que me volcaba en cada uno de sus caprichos, lo siguiente fue en una zapatería y es que se le había antojado unos zapatos tipo bailarinas en color blanco para el día siguiente, decía que tenía un vestido que le vendría genial y ahí que empezó a probarse todos los modelos, aunque yo los veía todos igual, al final se decantó por unos que eran de lo más flexibles, podías doblarlos enteros, se veían de lo más cómodo y ahí que fue *Mr. Loren*, a pagar.

—¿Jugamos a un juego? —preguntó saltando sobre mi espalda y enganchándose a mi cuello con

las piernas por mi cintura.

Tuve que agarrarla y reír mientras caminaba con ella encima.

—Sorpréndeme con ese juego...

—Pues yo pido algo y si aceptas, luego tú pides y yo tengo que aceptar.

—¿Y si me pides algo imposible? —Lo mío estaba claro que iba a ser un beso, pero eso no se lo iba a decir tan fácil, quería jugar, pues jugaríamos.

—Será algo alcanzable, *Mr. Loren*.

—Venga. ¿Quién empieza? —pregunté, decidido.

—¡Yo, yo! Me tengo que asegurar de salirme con la mía —reía a caballo en mi espalda sin intención de bajarse y encima sacó el móvil con el palo *selfi* y nos tiró una foto.

—Venga, pues pide...

—Quiero que me lleves así, a borriquito, hasta el teatro Opera Estatal de Viena diciéndome piropos.

—Joder, cómo te pasas —reí, aunque estábamos relativamente cerca.

—Eso o me compras un reloj de diamantes, tú decides.

—Allá vamos, al teatro —comencé a correr con ella en lo alto ante la vista de muchos turistas que nos miraban sonrientes, total, allí no nos conocía ni Dios.

Llegué asfixiado, me costaba hasta respirar, pero llegué ante la carcajada que tenía ella y que no podía dejarla ir.

—Ahora me toca —dije cuando cogí aire.

—Pide, pide —cerró los ojos y puso sus morros para que los besara. ¿Me había leído la mente?

Y le di un beso, pero le metí los morros hacia dentro, se deshizo con aquel contacto de nuestros labios que comenzaron a jugar con leves mordisquitos mientras yo sujetaba su cara entre mis manos, pero notaba que ella también lo estaba deseando.

—En paz —dije cuando me separé y le puse mi codo para que se agarrara a mi brazo.

—Entonces ahora soy tu secretaria y tu amante. ¡Qué ascenso!

—Hombre, amante serías si tuviera otra mujer...

—Estás liado con “Lady extensiones” —soltó con naturalidad, causándome una carcajada.

—No estoy con ella y ya sabes que está casada, tiene hijos y una bipolaridad casi como la tuya —solté bromeando.

—¡A mí no me compares con ella! —Se paró en seco a modo de advertencia—, que te meto una colleja y te mando volando a la habitación sin pisar el suelo.

—Está bien... —Le hice el gesto de cerrar la boca con una cremallera.

—Mejor, mejor —rio y cogió mi brazo para meterse bajo él y que la llevara por el hombro.

¿No era un gesto de lo más bonito? A mí me tenía en una nube, algo de ella me hacía tener una paz y una buena vibra que hacía tiempo que no experimentaba. ¿Sería esta mujer la que decía mi madre que llegaría a mí y pondría mi mundo patas arriba?

Estuvimos paseando un buen rato y luego nos sentamos en una terraza a comer, nos gustaba hacerlo al aire libre, viendo el ir y venir de la gente en esa ciudad que era toda vida y, lo mejor de todo, se respiraba un ambiente de lo más acogedor y lleno de sonrisas.

Julietta tenía un buen estómago, además que no le hacía ascos a nada, así que era la perfecta compañera para probar muchas de las especialidades que había en ese país, cosa que a mí me gustaba, con el tema de la comida tenía un estómago de lo más abierto y receptivo.

Un artista callejero estaba tocando un tango en aquella ciudad junto a un chico y una chica que

lo bailaban como ángeles, daba gloria verlos. Nos quedamos embobados durante un buen rato en el que le echamos unas monedas y continuamos nuestro paseo.

Seguimos de compras, investigando la ciudad y disfrutando de una tarde que estaba perfecta, era un día de esos brillantes en el que se nos fueron escapando besos entre sonrisas y miradas que lo decían todo.

Cenamos cerca del hotel, en el mismo lugar de la noche anterior, ese que nos encantó, además había muchas comidas más para probar y ese era el momento.

La cena la pasamos discutiendo, yo le decía que iba a dormir conmigo y ella me respondía que me lo tenía que currar un poco más, que ella era de las antiguas y que la tenía que conquistar infinito para dar ese paso que era el dormir abrazada junto a mí.

Yo sabía y tenía claro que le gustaba bastante, pero también era consciente de que me la tenía guardada y bien guardada por lo que pasó con Abril, esa mujer que la sacó de quicio, realmente aquí todos nos sacamos de eso, pero bueno, ella vivía en su mundo y era lo que sintió, no le tuvo que resultar muy agradable escuchar como hacía gemir a otra que no era ella, así que la entendía bastante y yo estaba dispuesto a armarme de paciencia hasta conseguir tenerla plenamente entre mis brazos.

La cena se la pasó hablando de los trillizos, a ella le gustaba ver mis gestos y pensar que me la estaba dando con queso, hasta llegué a pensar que ya era conocedora de que yo sabía la verdad, pero le gustaba verme reaccionar ante las historias que se iba inventando con el tema de los niños.

Me hizo subirla a caballito de nuevo, o borriquito como le llamaba de joven a subirse en la espalda a alguien, hasta los de recepción nos miraron con cara de sorpresa, pero sonriendo. Ni qué decir tiene que al igual que los que subieron en el ascensor con nosotros y que aguantaban la risa como buenamente podían.

Ella entró directa al baño a ponerse el pijama, me temía que cuando lo hiciera yo y saliera me la encontraría de nuevo durmiendo como la noche anterior, al menos esperaba que no fuera así y se despidiera de mí con otro de sus preciosos besos.

En el baño me miré al espejo con esa sonrisa que llevaba puesta desde que la recogí para emprender este viaje. Estaba siendo mucho mejor de lo que había imaginado y me estaba haciendo sentir un *feeling* con ella que hacía mucho que no sentía por ninguna otra persona, es más, creo que jamás lo sentí a estos niveles.

Parecía que no me lo iba a poner fácil, eso ya lo tenía claro, al menos ese día, pero me conformé con que antes de dormir me dio un precioso y bonito beso que hizo derretirme y caer dormido flotando sobre una nube. ¿Me estaba enamorando hasta la médula?

Capítulo 23: Lorenzo



Por supuesto que esa mañana no iba a ser menos escandalosa que la anterior...

Saltaba sobre mi cama cantando la canción de “La vida es una tómbola” de Marisol, tenía todo tipo de repertorios.

Me froté los ojos y la vi ahí tan feliz. La agarré por las piernas y la hice caer hacia un lado de mí.

—¿Tú crees que me puedes despertar de esta manera? —pregunté de broma y sujetándola.

—*Mr. Loren*, ¿usted se piensa que puede dormir como una marmota?

—¿Una marmota? Ni las ocho horas reglamentarias me dejas, así que no soy ninguna marmota —le di un beso robado en los labios.

—Ah no, a mí no me vengas con besitos que me tienes que llevar de compras y ganarte los de hoy —dijo con descaro y fue ella quien me robo otro y salió corriendo hacia el baño.

Me encantaba, por momentos más y cuanto más la rozaba contra mi piel, más ganas tenía de atraparla entre mis brazos y sentirla de una forma más carnal. La deseaba demasiado y era algo inevitable.

Bajamos a desayunar y no paraba de buscarme la lengua, era como una niña pequeña que alegraba el comienzo y la duración de mis días en aquella ciudad austríaca donde todo parecía más bonito, más romántico. ¿He dicho romántico? ¡Ay, Dios!, de esta regresaba enamorado hasta las trancas y era yo quién quería huir de ese tipo de situación, sin embargo, ahora parecía que era lo que iba buscando, bueno no parecía, era lo que buscaba, deseaba y por lo que iba a luchar.

El desayuno fue divertido y muy de indirectas, me decía que le había robado besos, pero que aún no había probado sus fluidos salivares, que eso eran palabras mayores. ¿Qué hacía con ella? Pues cuando la pillara desprevenida no iba a ver nada que me frenase, me estaba buscando y yo tenía que encontrarla.

Me cogió de la mano cuando comenzamos a andar, pero era para verla, moviéndola hacia delante y hacia atrás como una niña pequeña mientras cantaba una canción que no había escuchado en mi vida, pero que debía ser de infantiles pues sonaba a eso.

De nuevo un escaparate y otros regalitos para esos niños, al final iba a llegar y los iba a secuestrar, ya les estaba cogiendo hasta cariño, parecían míos, era a cada momento ir cogiendo cosas para ellos. Desde luego la amiga la iba a comer a besos cuando la viera aparecer con tantos

presentes y los niños, esos ya la iban a terminar de querer que, por supuesto la querían, de lo contrario no habrían hecho por ella el papelón que hicieron en la oficina fingiendo que eran sus hijos.

Ella iba feliz, me agarraba del codo, parábamos a tomar un vino, hacía como si me fuera a besar y no lo hacía, dejándome con la cara partida y las ganas, pero me encantaba su juego, parecía que me habían quitado veinte años de encima y estaba viviendo un amor de lo más inocente y juvenil, como un primer amor, así me sentía con ella.

Paramos delante de un edificio precioso y a ella se le antojó hacerse una foto en plan *influencer* para enviársela a mi hermana, lo que me faltaba, ver a estas dos aliadas, dos terremotos en todo su esplendor, casi nada...

Y quedó chulísima, después de tropecientos fotos que le eché, eligió una y se la envió, mi hermana la agasajó a piropos y ella se puso loca de contenta enseñándome lo que le había dicho. ¿Sería posible? ¡Vaya dos!

A la hora de la comida Julieta la lio un poco, decía que la dejara elegir a ojo y encima con la carta en alemán, el idioma oficial de Austria, así que pidió al voleo y nos trajeron un montón de cosas raras pero que estaban de escándalo. Chuleaba del buen ojo que había tenido, el problema es que todo era en cantidades considerables, nada de tapas o platos normales, con razón el camarero nos miraba raro, sobró para un regimiento, no había ser humano que pudiera hacer el intento de acabar con aquello.

Esa tarde estuvimos merodeando por el Palacio de Schönbrunn, donde vivió Sissi Emperatriz.

Ella alucinaba con aquel palacio, no dejó de tirar fotos, de hablar sobre él, pues como ya dije tenía mucha cultura y se notaba, detrás de esa alocada chica había una inteligencia bastante grande, me confesó que había estudiado mucho a lo largo de su vida, además de que la historia siempre fue su debilidad.

Me abrazaba, se agarraba a mi codo, me hacía llevarla de la mano, tenía mil detalles bonitos que me hacían ver que sentía algo parecido a lo que sentía yo, pero no llegaba ese intercambio de fluidos como ella decía, aunque sabía que no tardaría en llegar y sería desde ese momento que todo seguiría fluyendo, pues algo me decía que esto era el comienzo de algo bonito.

Y otra vez pensando en algo serio. ¿Dónde estaba el Lorenzo de antes que huía de las mujeres? No lo sabía, pero ahora estaba bien y no iba a renunciar a ello.

Por la noche la llevé a cenar a un sitio que me habían recomendado, un lugar precioso donde ponían marisco y, vaya si comimos, de todo lo habido y por haber, era todo fresco, no me habían mentido ni exagerado, en la calidad y el sabor se podía apreciar todo, además de la atención y cómo preparaban los platos, era mucho cariño el que le ponían y se podía apreciar a simple vista.

—Me siento la mujer de un jeque —dijo chupándose los dedos.

—¿Y eso? —reí.

—Joder, en mi vida he ido a tantos restaurantes buenos tan seguido.

—Estamos de viaje...

—Bueno, yo he viajado por las islas de España como te dije y no me daba estos caprichos continuos, vamos, que tú es que estornudas y te sale un billete de quinientos euros, esos que sé que existen, pero nunca vi.

—Eres muy exagerada —volteé los ojos riendo.

—Soy realista, *Mr. Loren*.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así?

—Cuando nos casemos —sonrió causándome otra sonrisa.

¿Qué me pasaba? Me hablaba de boda y se me caía la baba. ¿Cómo podía ser?

Terminamos la cena y nos fuimos al hotel, primero me duché yo para que no se me quedara dormida, pero no funcionó. Salí de la ducha y ahí estaba zombi, la fui a despertar con cuidado y casi me mete tal hostia, que me dije a mí mismo que ahí se quedaba, ya se ducharía por la mañana, además no la iba a dejar salir de la habitación sin que nuestro beso largo y deseado se hiciera por fin realidad.

Me acosté y miré el móvil, tenía decenas de mensajes de Abril, pero me daba igual, ni los iba a abrir, ni los iba a leer, al igual que le había bloqueado las llamadas para que no me fuera insistente. Sé que probó con otros teléfonos a llamarme, pero me daba igual, estaba de viaje y no iba a atender ningún número desconocido.

Capítulo 24: Lorenzo



La escuché duchándose...

Esta vez la iba a obligar a besarme como Dios manda y digo obligar, porque no se me iba a escapar con la excusa de que me la tenía que ganar, ni de broma, ya había acumulado muchos puntos y los iba a canjear.

Llamé al servicio de habitaciones para que nos trajeran un desayuno de esos bien completo, quería desayunar con ella en la terraza, necesitaba ganar tiempo para ese beso y si no lo hacía así, se me iba a ir de rositas.

Hice una gestión para darle ese día una sorpresa que no iba a olvidar este viaje, así que confirmé todo y listo.

Salió preciosa con un vestido vaquero y corto, con esas bailarinas de zapatos que le había regalado, estaba monísima y encima se puso a bailar uno de esos bailes de *Tik Tok*, era para comérsela y me ponía el corazón a mil.

Le di un beso antes de ir a ducharme, vestirme y echarme ese perfume que sabía que tanto le gustaba, aunque recordé la odisea con el que me regaló. ¡Telita la niña!

Me acordé de Abril y de sus millones de notificaciones, pesada era a reventar. ¿No estaba con su hombre? Pues ale, que lo que menos me apetecía en estos momentos era saber de ella.

Ese día quería que fuera especial, diferente a lo que habíamos hecho los anteriores, así que estaba nervioso con lo que preparé.

Viena se estaba convirtiendo en el lazo rojo de la vida, ese que te llega a conectar a personas y que por mucho que se tense... ¡Nada! Que ni hilo, ni vida, ni leches, que iba a ser mía, eso lo tenía claro, yo ya estaba que bebía los vientos por esa mujer y no la iba a dejar escapar por nada del mundo.

Tenía claro que ella me iba a hacer pagar lo de Abril cada día de su vida, aunque yo le daba la razón. Sonreí al recordar cuando la conocí, la que me lio con ese primer café y sustituyendo sin previo aviso mi agenda a la que le tenía un especial cariño.

Lo que sí me quedaba claro es que tenía que aprovechar al máximo el tiempo que nos quedaba en este país para poder volver con ella de la mano, es lo que me apetecía y por una vez en mi vida me iba a dejar guiar por el corazón.

Salí del baño y no tardó en llegar el servicio de habitaciones con lo que pedí. Ella sonreía al

descubrir que traían un succulento desayuno que comenzaron a colocar en la mesa, incluida una rosa que pusieron en el centro dejada caer, ahí le había dado.

—Creo que estás haciendo lo imposible porque me enamore de ti —dijo con descaro mientras probaba una especie de pan dulce que venía en las bandejas con otro tipo de bollos y que tenían una pinta deliciosa.

—¿Se nota mucho? —carraspeé arqueando la ceja.

—Un poquito —sonreía con malicia y me volvía loco.

El desayuno fue espectacular, con esas vistas de la ciudad que hacían un momento de lo más romántico, ahí, los dos, entre miradas que lo decían todo y saboreando lo que había en la mesa para disfrutar relajadamente de ello.

—Me gusta cómo cuidan aquí todo, lo preparan con mucho cariño, hacen que te entren por la vista y te enamoren el estómago.

—Joder, Julieta qué bien te ha quedado eso, tienes pinta de ir para poeta —carraspeé riendo.

—No, no, lo máximo que quiero conseguir es escribir una novela.

—¿En serio?

—¡No! —se echó a reír.

—Vaya, ya te veía siendo una escritora de éxito y firmándome algún ejemplar.

—Y luego la loca soy yo —se señaló a ella misma y puso los ojos bizcos causándome una risa.

Sin exagerar nos pudimos tomar como tres o cuatro cafés cada uno, hasta me fumé un cigarrillo, era muy raro que lo hiciera, pero de vez en cuando me encantaba hacerlo, llevaba con un paquete como tres semanas y aún me quedaban unos cuantos.

Nos levantamos y le dije que tenía que preparar una bolsa con equipaje para dos días, me miró sin entender nada.

—No preguntes, no volvemos hasta mañana por la noche —me acerqué a ella cuando salí del baño de lavarme los dientes, la agarré y ahí le di ese beso con lengua.

Y se dejó llevar, para mi asombro lo hizo y noté cómo lo disfrutaba, cómo me abrazaba a la vez que lo hacía.

Nos separamos y nos quedamos mirando sonrientes.

—Me has engañado, *Mr. Loren*.

—Lo estabas deseando tanto como yo —le di un toque en la nariz y terminamos de preparar todo para irnos.

Cuando estábamos listos llamé al chofer que nos llevaría a *Innsbruck*, el viaje duraría unas cuatro horas y pico, pero sabía que el paisaje y las paradas merecían la pena.

A las diez en punto estábamos abajo, metieron las bolsas en el maletero y nos sentamos en el sillón de atrás, me dio tanto por saco que tuve que decirle hacia donde íbamos.

Se puso de lo más feliz ya que por lo visto había visto ese pueblo que estaba debajo de unas montañas en documentales y por *Internet*, así que iba loca de contenta por poder descubrir la magia de ese lugar que también era visita obligada en Austria.

El camino lo pasamos jugueteando con nuestras manos, observando los más bellos paisajes que nadie se podría imaginar y viviendo unos momentos de lo más divertidos en esas paradas en las que nos fuimos regalando millones de besos mientras descansábamos tomando un zumo, una cerveza o lo que nos iba apeteciendo.

Por fin llegamos a esa ciudad en el corazón de los Alpes, conocida por su arquitectura imperial y moderna, con un paisaje urbano de estilo gótico, yo la conocía y sabía que ella iba a quedar maravillada.

Nos dejaron en la puerta del hotel donde rápidamente se acercó el botones para llevarnos directos a hacer el registro y luego acomodarnos en una habitación preciosa, muy acorde con el lugar.

Eran cerca de las cinco de la tarde, con las paradas de tomar algo, comer y demás se nos había hecho el trayecto de lo más largo en tiempo, pero no en sensación, lo habíamos disfrutado demasiado y había merecido la pena hacerlo con esa calma.

Tras dejar las cosas en el hotel y abrigarnos un poco pues se notaba un clima más frío que en Viena, nos fuimos a perdernos por aquel lugar con tanto encanto.

Innsbruck tenía un ambientazo espectacular, era un destino muy codiciado por muchos turistas y al ser colindante con otros países cercanos como Italia y Alemania, pues hacía que hubiera mucho más añadido.

Vimos el tejadillo de oro después de pasear por la calle *Herzog Friedrich Strasse*. Aquel tejadillo era como el símbolo de la ciudad, lleno de más de dos mil y pico de tejas de cobre que con el brillo del sol parecían oro.

Cómo no, hizo tropecientos fotos y más, realmente se la hizo a todo lo que se encontraba a su paso y, claro, no podía faltar el...

—Este lugar parece sacado de un cuento de *Disney*...

—¿Y tú quién eres, Cenicienta? —pregunté apretándola contra mí a la vez que andábamos por esa calle tan animada.

—Bueno, yo soy la madrastra bruja, así que ojito, *Mr. Loren*, que cobras.

—¿Y cómo cobro? —hice un carraspeo, estaba buscándole la lengua.

—En especies no, que me tienes que seguir conquistando y vas por buen camino, pero no te relajés, que luego pasa lo que pasa y aparece mi príncipe azul, me conquista y te quedas con las ganas.

—¿Tu príncipe azul? ¿Acaso yo soy un desteñido? —reí negando y comencé a comerle la cara a besos.

—Digamos que eres un *latin lover*... —soltó una carcajada.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —pregunté asombrado con la boca abierta y muerto por lo que me había dicho.

—¿Te recuerdo cómo jadeabais tú y “Lady extensiones”?

—¿Lo escuchaste?

—Alto y claro.

Y yo que lo sabía, pero en estos momentos me daba una vergüenza ajena increíble, no era a mí a quien escuchó en esos momentos, yo era el que estaba aquí, con ella, disfrutando de la ciudad, de todo, el que quería pasar el día abrazándola, mimándola y cuidándola.

Me quedé en silencio mientras caminábamos con un sentimiento de haberla cagado con lo de Abril, pero es que la deseaba, en esos momentos hice lo que me pidió el cuerpo, no el corazón, ese habló para Julieta y lo que estaba ocasionando en mí.

Cogió el teléfono y se puso a hablar con los trillizos mientras caminaba, los llamaba por todo tipo de calificativos bonitos, vivía ese papel de madre que no le pertenecía, pero yo sabía que lo hacía para buscarme, para ver mis reacciones y a mí, a mí se me caía la baba, me hacía mucha gracia esa bipolaridad que sacaba y el morro que tenía para encubrir las cosas.

—Mis niños, que dicen que se mueren por abrazarme. ¡Cuánto amor en esos pequeños cuerpos!

—Normal —me encogí de brazos y le di la mano—. Eres una de las mejores madres del mundo —le seguí el rollo.

—Seguro que no encuentras una como yo para tus futuros hijos —me sacó la lengua.

—¿Y quién dijo que no la haya encontrado?

—¿Lo dices por “Lady extensiones”?

—Estás en unas preciosas vacaciones, disfrutando a tope, ¿no es mejor que la olvides?

—No se me olvida ni que soy secretaria, por cierto, ¿cuándo tienes la reunión esa por la que viniste? Ah no, que era una excusa para traerme y conquistarme —sonreía con malicia.

—Menos mal que te diste cuenta, me veía fingiendo una reunión y dejándote unas horitas solas —volteé los ojos—. Retomando el tema, no me refería a ella precisamente y lo sabes.

—No te dejaría, ella quiere viejos con dinero —rio y le puse la mano en la boca para que se callara.

—Y dale con nombrarla —reí.

Levantó las manos en son de paz y le volví a dar la mano para continuar caminando.

—Estoy pensando qué te puedo sonsacar de recuerdo de *Innsbruck*...

—Lo que quieras —arqueé la ceja.

—Qué fácil me lo pones...

—¿Ves? —Besé su coronilla.

—Lo que estoy pensando es que me estoy gastando una parte de la herencia de tus futuros hijos.

—No es para tanto —reí haciéndole cosquillas en el lado, por poco se choca con una turista que nos miró, que parecía que nos estaba echando una maldición.

Paseamos y paramos delante de una tienda de *Apple*.

—*Grey* le compró a Anastasia un ordenador y un móvil así —decía mirando a los aparatos que relucían en el escaparate.

—Sí, pero te recuerdo que la ataba y azotaba... —carraspeé.

—Oye, que por ese y ese —señaló un portátil y un móvil—, te dejo hasta que me tengas así veinticuatro horas, que una es honrá, pero no tonta —me sacó la lengua.

La cogí en brazos sin que se lo esperara y entré así con ella en la tienda ante los ojos alucinados del hombre de seguridad, que miraba que no nos cargáramos nada con lo que nos topáramos por el camino.

—Quiero el último *iPhone* en blanco y del mismo color el portátil mejor que tengas —dije al empleado mientras bajaba a Julieta que sonreía sin parar.

—A mí no me vas a tener veinticuatro horas chupándotela —dijo cuando el chico fue a coger los dos pedidos.

—Ya lo veremos... —Le hice un guiño.

—Dime que lo tienes depilado, que a mi tragar pelos me da mucho asquito —moría con ella, sabía que estaba bromeando tanto como yo, pero soltaba las cosas de una manera tan espontánea, que me dejaba sin argumentos.

—Eso tendrás que descubrirlo... —murmure acercándome a su oído.

—Una cosa, te añado dos horas más, sí me compras el *iPad* y ya me llevo todo al completo.

—Un *iPad* de la misma línea, por favor —dije cuando se acercó el chaval.

—Una pregunta... —Se agarró a mi codo— ¿Nos podemos casar?

—Claro, esto es la luna de miel, es que me gusta hacerlo todo al revés, ya a la vuelta sí eso preparamos la boda —sonreí.

—Joder, que facilón me saliste, me voy a aburrir de ti en dos meses —decía mirando al chico que ya venía con el *iPad*.

La multa ascendió a seis mil euros, el regalo más caro que le había hecho a una mujer, bueno

realmente quitando a mi madre y a mi hermana como que no le había regalado a nadie más.

Con ella era como que le entregaba la luna si pudiera acceder a ella, me tenía en un estado entre líquido que me hacía flotar y gaseoso que me causaba una explosión de felicidad.

Estaba con una cara de asombro al ver cómo preparaban todo, que parecía que había visto a Papá Noel a punto de entregarle los regalos.

Salimos de allí y ella iba riendo de modo aniñada con la mano en la boca.

—Ahora me dices que es un regalo para tu hermana Estíbaliz y le mando un sicario —bromeó.

—¡Tonta! —reí agarrándola con la mano que me quedaba libre.

Fuimos a dejar todo al hotel y ducharnos, eso sí, por separado, bonita era ella para pasar de un beso, me hacía gracia eso, pero me daba igual, lo bueno tarda en llegar, pero la espera merece la pena.

—Un beso y bien bonito —le exigí agarrándola por la cintura.

—Por supuesto, todo por no tenértela que chupar —bromeó y comenzó a besarme con ternura, de forma juguetona, tranquila, me encantaba esa sensación que producía en mí.

Salimos a cenar, anduvimos un rato hasta que nos decidimos por una especie de bocatería.

—Paso ya de comidas tiquismiquis de esas, quiero este bocadillo —señaló uno de la carta que tenía una pinta brutal.

—Pues que sean dos —le dije al camarero señalando la carta cuando nos trajo las cervezas.

—Una cosa, *Mr. Loren*.

—Dígame, señorita...

—¿Tú nunca comes comida basura?

—Yo sí, pero no con frecuencia, soy muy meticuloso con mis dietas —arqueé la ceja.

—Pues a mí me encanta el *Burger King*, voy con mis trillizos y nos llega el *kétchup* y la mayonesa hasta los codos, a chorretones que le echamos, luego nos relamemos hasta los nudillos.

—¡Nooo! —reí—. No eres tan así, no quieras hacerme ver lo que no hay —negué riendo.

—Que no dice... Verás ahora lo que le echo al bocata y hasta donde me llega la pringue.

—Miedo me da.

—Más miedo es acostarse con alguien con extensiones, postiza entera y si le pinchas una teta, hasta se vacía —dio un trago a la cerveza.

—Y que no la olvidas... —carraspeé.

Si hubiese sido Abril la que hubiera dicho algo así de Julieta, me lo hubiera comido, eso estaba claro, pero es que, con esta era imposible, todo me hacía gracia, me tenía con la risa caída.

Nos pusieron los bocatas tipo rústico y oye, tenían un sabor que...

—Esto es mejor que un orgasmo —dijo gimiendo mientras lo mordisqueaba.

—Bueno, tampoco es así, eso es que no diste con la persona acertada —murmuré aguantando la risa.

—Venga, “macho *men*”, que me conozco a los hombres, todos os creéis Nacho Vidal y luego sois Nacho sin umbral.

Me tuve que echar a reír como con todo lo que decía, además le salía sin pensarlo. ¿Cómo se podía tener tanto desparpajo?

Se puso a disimular disfrutando del bocata, hambre arrastraba y es que nos habíamos dado una buena panzada de caminar, aquel lugar invitaba a ello.

—Nacho Vidal... Vamos que ya me podías haber comparado con el Caimán turco que va arrasando por toda la geografía mundial.

—¿Perdona? Caimán no le estarás llamando a mi *Can Yaman*, ¿verdad?

—¿Lo ves?, algo me decía que a ti también te iba el Caimán.

—Mira, *Mr. Loren*, no hagas que me sienta mal el bocata, vas a perder puntos de forma considerable y te vas a arrepentir.

—¿Eso sonó a advertencia?

—Amenaza, yo no me ando con rodeos. ¡Por favor! Caimán a mi *Can Yaman*, con ese cuerpo, cara, barba, pelo...

—Vale, vale —dije afirmando, sabiendo que ni bromeando podía competir con ese hombre que arrasaba entre las fémimas.

—Es que tienes cada cosa —soltó a modo de riña, le encantaba buscarme la lengua.

—Yo no abro más el pico y si tengo que hacerme fan del Caimán...

—¡Otra vez! —Me escupió de los nervios el trozo de mordisco que le había dado al bocata— Joder, es que no paras, me voy a ahogar y “to” por tu culpa.

—Está bien —sonreí mientras me quitaba los trozos que habían ido a dar a mi camiseta.

—Mi *Can Yaman*... —Negaba replicando mientras yo no paraba de reír.

Para qué dije nada, se pasó el resto de cena contándome toda esa novela turca y lo que pasaba entre los protagonistas, en fin, la próxima vez le iba a hablar de algo más neutral pues con esto se estaba explayando, pero bien.

Cuando terminamos la cena subimos a la habitación, nos duchamos por turnos y nos tiramos sobre la cama. Bueno, yo la arrastré hacia la mía y la tumbé a mi lado, abrazándola de forma que no pudiera deshacerse de mí.

Se reía y a mí me brillaba la vida, Julieta sacaba lo mejor de mí y es que, verla así, provocaba hasta el cosquilleo de las famosas mariposas que revolotearan en mi barriga.

¿Así de cursi andaba yo? ¡No, por favor! Bueno sí y, ¡qué más daba! ¿Acaso no era bonito sentir que todo a su lado era perfecto? Me olvidaba del mundo, de mi trabajo, de todo ¿No era maravilloso?

La tenía abrazada sobre mi pecho y ya hasta me gustaba su mundo imaginario.

—Julieta, ¿sabes que estoy loco por jugar con los trillizos en algún parque? —pregunté a sabiendas de que le iba a causar una risa interior que iba a tener que aguantar.

—¡Ay mis niños! No me lo recuerdes, que me siento mala madre de estar de vacaciones y haber dejado a los niños encerrados en el piso con la abuela.

—Pero con ella están genial.

—Ya, pero con nadie mejor que con su madre —su tono era de decirlo con credibilidad. Era mi bipolar favorita.

—Eso sí, pero bueno, ¿y lo bonito que va a ser el reencuentro después de lo que te están echando de menos?

—Ya, y la de regalos que les he comprado —soltó con todo el morro, aún ni había abierto la cartera desde que la recogí el lunes en la puerta de su casa. Me entró un ataque de risa— ¿De qué te ríes?

—Nada, nada —intenté calmarme mientras le acariciaba el pelo—. Por cierto, esta noche no te voy a dejar que te vayas a tu cama, prometo portarme bien.

—Hostia que te llevas como te pases, pero bueno, que ya lo tenía decidido, por no moverme pago dinero.

—Seguro que me tocaría pagar a mí... —murmuré bromeando.

—¡Ah no! A mí no me vengas con que todo lo estás pagando tú, pues yo me vine una semana, o sea, mi horario laboral de aguantarte es ocho horas, no veinticuatro, así que no me estás regalando

nada, tú pagas, pero de lo que yo debería de cobrar de extra por este sacrificio —ladeó la cabeza.

—Yo no dije eso —reí. Vaya ingenio tenía para todo, tenía más salidas que un torero.

—Vamos, encima que vengo de cuidadora y canguro del niño...—Hizo el gesto con el dedo refiriéndose a mí.

Apagué en ese momento la luz, quería sentirla así a oscuras contra mí, mientras jugaba con mis dedos enredados en su pelo, escuchándola respirar mientras seguía soltando cosas de sus trillizos, esos a los que yo había dado pie con el comienzo de la conversación.

Y así fue como nos quedamos dormidos un rato después, la verdad es que estábamos agotados y el día había sido largo y bonito, pero, sobre todo, muy intenso.

Capítulo 25: Lorenzo



—Dime que no vamos a tardar ni cinco minutos en ir a desayunar, ¡me muero del hambre! —mordisqueó mi oreja.

—Si vuelves a hacerlo, puede que tardemos un buen rato más.

—¡Ah no! —Se levantó de un salto—. A mí me pones un “pedrolo” en el dedo y me pides amor con la rodilla en el suelo, o no hay “freguetón”.

—¿Freguetón? —reí mientras veía que cerraba la puerta del baño y se encerraba en él.

¿No era maravilloso levantarse con alguien así, que no hay momento en el que no consiga sacarte una sonrisa?

Salió un poco después con el móvil a toda hostia con la canción de “Me enamoré” de Shakira y se me cayó toda la baba al verla cantármela mientras meneaba ese cuerpo imitando a la artista.

—Te veo muy feliz —la atraje hacia mí y la besé.

—No más que tú, *Mr. Loren* —jugueteó a echarse hacia atrás y que no la besara.

—Y yo me pregunto... ¿Por qué me haces tanto la cobra? —carraspeé.

—Te lo tienes que currar —reía mientras yo le hacía cosquillas.

—¿Más?

—Un poquito más —se soltó de mí y me metí en el baño negando y riendo.

Me tenía con una sonrisa de oreja a oreja, enamorado de ella hasta la médula y es que eso no podía ser otra cosa más que el amor que llamó a mi puerta. ¿Estaba de nuevo hablando de amor y enamoramiento? Parecía ser que sí y lo mejor de todo es que no me provocaba ese rechazo que en el pasado me causaba esa palabra a la que me negaba.

Cuando salí ya estaba en la puerta con ella abierta como una niña impaciente por su desayuno, con los brazos cruzados, además de su pierna moviéndose.

—Ni mis trillizos me hacen esperar tanto —decía convencida.

—Imagino que antes les darás de desayunar a ellos —carraspeé.

—No, no. Primero desayuno yo y cuando soy persona es cuando le doy a ellos de desayunar. ¡Vamos hombre, hasta ahí podríamos llegar!

—No me lo creo —le dejé paso para entrar al ascensor.

—Pues no me conoces, a mí con caprichitos e impaciencia, ni “mijita” —hizo un gesto contundente con su dedo.

—Pobres niños... —Negué.

—Pobre yo, ¡qué dices! Mira lo sacrificadita que estoy que no paro de comprarle caprichos durante todo el viaje.

—Ya, ya... —asentí dándole la razón como a los locos.

Mientras desayunamos me comenzó a llamar con insistencia un número desconocido, pero claro, yo no era tonto y sabía que era Abril, me había bombardeado a mensajes la noche anterior, bueno realmente todos los días y Julieta me miró como diciendo que sabía que era ella.

—Es una patética, llamar en desconocido. ¿Me das el teléfono y lo cojo yo? Verás cómo no llama más —sonrió con ironía.

—Tú desayuna y relájate, no se lo voy a coger y mucho menos a contestar los mensajes.

—Bueno, pero me deberías de dejar a mí...

—No, sé resolver mis asuntos solo.

—Al final lo poco que me conquistaste lo vas a echar por tierra.

—No lo creo —carraspeé.

—¿No? Ponme a prueba.

—Dios me libre...

—Más te vale que te libre, estás jugando con fuego y al final te vas a quemar.

—No estoy jugando con nada.

—Bueno, veremos...

No contesté pues el tono que estaba usando no me gustaba ni un pelo. No quería que Abril causara nada malo entre nosotros y mucho menos que por una tontería se me fuera a pique lo bonito que estaba viviendo junto a Julieta, ahora mismo era lo que me importaba y no estaba dispuesto a perderla por nada del mundo, es más, iba a luchar con uñas y dientes por esto que había comenzado a afianzarse cada día y esperaba volver de su mano, como pensaba e imaginaba cada día.

Abril era como pasado y pisado, el instinto sexual que me producía antes, ahora se había convertido en todo lo contrario, me parecía una persona con muy pocos valores y eso echaba por tierra todo el morbo que un día sentí por ella.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear, esa ciudad a los pies de la montaña tenía mucho que ofrecer y después de comer partiríamos hacia Viena, así que había que aprovechar las pocas horas que quedaban de esa escapada relámpago a *Innsbruck*.

Algo que me sorprendió mucho de Julieta es que conmigo no se sacaba la cartera ni a tiros, ni yo lo iba a permitir, pero, sin embargo, persona que veía pidiendo, persona a la que le daba unas monedas, hasta llegó a darle a una madre con su hijo veinte euros, eso decía mucho de ella, se le veía que era sensible y sufría con las personas más desfavorecidas.

Esta mañana la veía un poco tirante, intentaba bromear y estar muy atento con ella, bueno atento estaba desde que la recogí el pasado lunes, pero no sé, la notaba más tristonera y un poco a la defensiva, cosa que conmigo no debía estarlo pues no le había dado motivos para hacerlo, además un rato antes me había estado bailando por Shakira.

—¿Te pasa algo? —murmuré a su oído mientras la llevaba del hombro.

—No me pasa nada —sonó a rabieta de niña pequeña a la que solo le faltaba cruzarse de brazos y no querer andar.

—No me lo creo.

—Ese no es mi problema —soltó como la que iba a hacer una pataleta y era jugármela y descubrirlo o, por lo contrario, callarme. Lo peor de todo es que sabía que una mujer enfada y

diciendo que no le pasaba nada... ¡Había que cagarse!

—¿Segura? —Me la jugué.

—Mira, *Mr. Cotilla* —se frenó y me miró con el morro hacia fuera y las manos a cada lado en plan enojada—. Te estoy diciendo que no me pasa nada, pero que, si tú quieres que me pase algo me lo dices, que yo hago que pase, no lo dudes —sonó a advertencia.

Aguanté la risa mientras levantaba mi ceja y ella resoplaba negando. Se giró y comenzó a andar unos pasos delante de mí, yo la intentaba alcanzar, pero se ponía a andar más rápido y en círculos para que fuera yo quien me adelantara, así que me vi como el ratón y el gato, pero es que no entendía ese berrinche que había pillado, solo que no la iba a dejar sola y si me tenía que pasar toda la mañana detrás de ella, lo haría. La quería con sus risas y sus tristezas y cuando quieres a alguien, la acompañas en lo bueno y lo malo, así que, si hoy tenía mal día, yo estaría a su lado para superarlo.

—¿Vas a dejar de seguirme?

—¡Pero bueno! —reí— Se supone que íbamos juntos.

—Tú supones mucho... —resoplaba mientras reanudaba su paso de forma ligera.

—Me has dicho que no te pasa nada —iba detrás de ella, ya ni me atrevía a ponerme a su lado.

—¡Del dicho al hecho...! —gritó desde delante.

—¿Puedo hacer algo para que se te vaya tu mal humor?

—Claro. ¡Desaparecer!

—Estás de broma, ¿no? —La alcancé y le eché el brazo por encima. Intentó quitármelo, pero no lo permití.

—¿Me estás obligando?

—Sí, pues hasta que no me digas qué te pasa no te voy a soltar.

—Pues tú lo has querido —entró a una papelería de esas preciosas que tienen un escaparate de lo más atractivo. Se fue directa para el chico que había ahí—. Quiero el bolígrafo de esa marca, que sea más caro —soltó así que hasta el dependiente la miró como diciendo, ni gustos ni nada, el más caro. Estaba alucinando.

Pidió el más caro como diciendo que me iba a joder, pero bueno, le sacó el más caro en tres colores, rosa, celeste y beige, eran una cucada, yo me hubiese decantado por el beige.

—Quiero este —señaló el beige. No podía esperar menos. Me miró como diciendo: “venga, bonito, paga”.

—Por favor —me dirigí al chico—. Ponle los tres colores —para chulo yo y para ella todo.

—Los tienes bien puestos —se refirió a mis huevos.

—Lo tendrás que descubrir —murmuré en su oído mientras el chico los preparaba en sus cajitas.

—Ni muerta, hoy me divorcio.

—¿Estábamos casados?

—No, estábamos en la prueba de cómo sería la luna de miel, pero vamos, ¡un desastre!

—Tampoco es para tanto —reí. El chico se acercó con todo preparado y le señalé una agenda de la misma firma y gama. Le dije que la pusiera. Otro punto para mí.

—A mí hoy me puedes comprar un yate, que el divorcio te lo comes igual.

—Pero bueno, al menos explícame por qué —le di al dependiente la tarjeta para que se cobrara y cogí la bolsa.

—¡Mujeriego! —exclamó en mi oído y salió hacia fuera, yo fui detrás en cuanto se efectuó el cobro.

¿Mujeriego? Bueno sí, lo había sido un poco, pero desde el lunes estaba exclusivamente para ella. ¿En qué se basaba para que de repente se pusiera así?

—¿Hola? —pregunté llegando a su altura.

—A mis neños no les has comprado hoy ni una goma. ¿Y tú querías ser su padre?

La de Dios, me tuve que echar a reír y casi doblarme, su locura era infinita y lo peor de todo es que me molaba muchísimo que se pusiera así, mezclando la realidad de sus sentimientos con sus hijos imaginarios, bueno no, los trillizos existían, pero no eran de ella.

—Ahora mismo vamos y le compramos un *Playmobil* a cada uno —paré de reír como pude.

—No, ahora mismo vamos y le compramos unos cuantos a cada uno, además hay que comprar una maleta que ya la cogemos de *Disney* y que sean para ellos, para meter todo lo que les he comprado, en nuestro equipaje no va a caber y tampoco vamos a ir con decenas de bolsa.

—Claro, para meter todo lo que les has comprado... Por cierto, ¿les puedo comprar yo algo que vaya de mi parte? —aguanté la risa.

—No, a mis hijos no te los ganas tú con regalos materialistas —soltó con todo el morro del mundo.

—Pues nada me los ganaré llevándolos al parque.

—Claro, dos semanas al mes que tendrás en la custodia compartida.

—¿Cómo que en la custodia compartida?

—Claro, nosotros salimos de aquí divorciados, pero tú te tienes que quedar la mitad del tiempo con los niños, ellos no tienen culpa de nada.

—Ni son míos —reí, y para qué...

—¿Lo ves? Ahí dando en la llaga, por eso estoy así, sé que no los quieres de verdad, lo tuyo es puro teatro.

Madre mía, ¿qué se había tomado esta hoy? Primero con Shakira y luego con el mal humor. Luego decía que no era bipolar.

—Te propongo algo...

—Lo tienes jodido.

—Bueno —aparté la silla de una terraza y le señalé para que se sentara—. Pide dos cervezas y me esperas quince minutos que voy al hotel que se me olvidó la pastilla de la tensión.

—No sabía que eras hipertenso... —sonrió con desganadas.

—Hay tantas cosas por descubrir.

Me fui pitando a buscar una joyería y no tardé en encontrarla.

Le pedí al chico que me enseñara una sortija fina, ya sé que estaba perdiendo la cabeza por esa mujer, pero hay gente que pierde otras cosas y más ilógicamente y yo no les digo nada, así que, tocaba seguir a mi corazón y ese me decía que tirara hacia adelante y lo hiciera.

Vi una que era preciosa, con tres diamantes pequeños, de oro blanco, muy fina y tenía que ser esa.

Le pedí que no la envolviera, con la cajita era suficiente, así que pagué y me fui corriendo hacia la cafetería.

Llegué sigilosamente para que no me viera y me puse a un lado con una rodilla sobre el suelo, se giró y abrió la cajita ante los ojos de los demás clientes de la terraza que tenían los ojos puestos en nosotros.

—Levanta o te mato —dijo apretando los dientes y con una sonrisa de querer matarme.

—Si me dices que saldremos de este viaje de la mano y con un futuro por delante.

—Si te digo que no, no te levantarás, ¿verdad? —¿estaba sonriendo con malicia?

—Verdad —reí.

—Vale, acepto —me besó para hacer el papelón, todos comenzaron a aplaudir y vitorear. Luego le puse el anillo.

Me senté a tomar la cerveza mientras ella me murmuraba que esa se la iba a pagar, eso sí, no dejaba de mirar sonriente su dedo y sus ojos tenían un brillo especial.

—Me has comprado con materialismo.

—Si quieres me devuelves todo y te lo demuestro día a día —me encogí de hombros.

—¿Todo es lo de *Apple* también? —abrió la boca.

—Todo es todo.

—¿Hasta lo de nuestros hijos?

—No, eso no —reí. No podía con ella, tenía una gracia impresionante y es que vivía todo lo que decía.

—Me niego...

—Entonces no te quejes —me encogí de hombros.

—Bueno, gracias por el anillo, estaba bromeando, no he estado enfadada ni nada, pero es que me encanta picarte —rio.

—Ya veo —negué.

—Esto con una buena cena esta noche en Viena y que yo luzca un modelito que traje de infarto, estás perdonado.

—Vaya, encima...

—Ni encima, ni debajo, aún tienes que currar mucho para eso —me sacó la lengua.

—Te advierto que te estás equivocando, te tengo ganada, pero tú no lo quieres reconocer.

—¿Tú advertirme a mí? ¡Ja!

Lo de la cena en Viena me parecía un planazo precioso y algo que añadiría encanto a todo lo que llevábamos hecho, así que me puse a revisar en *Internet* y encontré lo perfecto, iba a alucinar en colores.

Me sentí aliviado, pero no convencido, estaba de mal humor esa mañana y era por lo de las llamadas y mensajes de Abril. En el fondo la comprendía y sabía que le hacía un poco de daño.

Tras tomar un par de cervezas nos fuimos a caminar un rato antes de comer, no dejaba de mirarse la mano de la sortija, en la otra mano la de *Swarovski*, la verdad es que le quedaban genial, sus manos eran preciosas y sus uñas perfectas, así que los iba luciendo de lo más bonito.

Aquel día era otro regalo, soleado y con una temperatura perfecta, así que fue una mañana que acompañaba bastante.

Comimos cerca del hotel, ya estaba más divertida y cariñosa, decía que de vez en cuando me montaría un numerito para que le regalara algo, encima descarada y lo peor de todo, es que a mí me encantaba escucharla así.

El coche nos esperaba para volver a Viena y Julieta ponía carita de tristeza porque decía que había conectado mucho más con ese lugar, que tenía que regresar, que aquello era para quedarse una semana y tenía razón, *Innsbruck* tenía algo especial, era el lugar perfecto para apartarse del mundo unos días.

—A veces me pasa que descubro sitios, aunque sea en España que me doy cuenta que tienen mucho de lo que yo siempre había soñado —se refería a *Innsbruck* en este caso.

—En España conozco unos sitios que te voy a enseñar y te vas a quedar perpleja.

—Claro, allí tendrás lugares exclusivos para millonetas.

—Qué tonta eres —reí.

—Realista, anda que no veo documentales de restaurantes que no pisaré en mi vida, más que nada porque una comida me costaría lo que cobro en una semana, te recuerdo que soy pobre.

—Eres rica en muchas cosas.

—En dinero seguro que no —reía.

—El dinero no lo es todo en la vida.

—Ya, lo dice al que le sale por las orejas.

—Bueno, yo antes era un chico normal con unos padres currantes.

—Ya, pero tampoco te podías quejar y yo no me quejo, pero el nivel que tú tienes ahora es otra cosa.

—Empecemos con que te llevaré a comer donde quieras cuando volvamos.

—Ya me estas comprando.

—Mira que eres... —reí.

El trayecto lo pasó jugueteando con mi mano, estaba cariñosa, risueña, soñadora y digo esto porque miraba por la ventaba y la abría un poco para respirar el aire que por ahí entraba. Me encantaba verla así.

Paramos a merendar en un lugar precioso, un restaurante a pie de carretera de madera, al estilo del oeste, a ella le fascinó nada más verlo y gritó al taxista que parase, casi salimos por el cristal de delante, nos echamos a reír ante el susto y la cara de preocupación del chofer que nos pedía disculpas, pero es que fue por el grito de Julieta, lo asustó al pobre hombre que iba de lo más relajado conduciendo.

Se tiró mil fotos allí dentro, haciendo como que estaba en el oeste, con gorro y pistola de mentira incluida sobre un barril que sostenía las cervezas, me encantó cómo quedó la foto. Otra que si quisiera podría ser *influencer* como Estíbaliz ya que sabían poner mil tipos de cara y eso era una habilidad que pocos tenían.

—Algún día tendré un novio *cowboy* —me sonrió y mi cara debió ser un poema.

—¿Perdona?

—Nada, nada —se rio agarrando la jarra de cerveza—. Menos mal que íbamos a merendar —ironizó.

—Yo quería café, pero usted, señorita pidió estas dos jarras —arqueé la ceja.

—Porque vi en tu mirada que la necesitabas rubia y fresquita —hizo un gesto que vi que eso iba con doble sentido.

—Tengamos la fiesta en paz —choqué la mía contra la suya.

—Sí, la verdad que te conviene que así sea —seguía buscándome.

A las ocho de la tarde, después de un trayecto que no se nos hizo nada pesado, llegamos al hotel.

Íbamos directos a ducharnos, prepararnos e ir a la cena que le tenía por sorpresa a ella, bueno, sabía que íbamos, lo que no sabía era a donde y es que ese era en aquel momento mi mayor secreto, un lugar que esperaba que le impresionara tanto que no se le fuera la sonrisa de los labios en toda la noche.

Primero me duché yo y luego ella que tardó un buen rato, ya me estaba desesperando cuando apareció por la puerta...

—Estás espectacularmente preciosa —mi cara era de asombro y es que lo estaba y mucho.

—¿Qué te pensabas, que iba a ir a un lugar que imagino que es elegante, en vaqueros y con las deportivas? —Se puso a caminar en plan modelo y yo la seguía con la mirada, no era para menos, estaba deslumbrantemente guapa.

—Para nada, no me esperaba menos de ti, pero debo reconocer que me has sorprendido a pesar de todo —fui hasta ella y la agarré por detrás y mordisqueé con mis labios su cuello.

—¿Sabes? Aunque a veces sea tonta, una cascarrabias, algo infantil, bipolar y un montón de cosas más, estoy muy agradecida de los días tan bonitos que me estás haciendo pasar. Jamás nadie se portó conmigo así y debo de reconocer que tengo mucho miedo a que llegue ese momento en el que tengamos que volver y, dicho esto, no te emociones que te pienso seguir dando para el pelo.

—Gracias, gracias —reí, pero a la vez estaba emocionado de que ella me hubiera regalado esas palabras, en el fondo tenía necesidad de que me dedicara algún gesto o dijera algo que me hiciera confirmar que se lo estaba pasando bien y estaba feliz en este viaje junto a mí.

—No hay dé qué, jefe, pero no te acostumbres —carraspeó.

—Vale, vale —la abracé sonriendo pues es que me hacía estar en ese estado de felicidad.

Salimos hacia fuera y un coche nos esperaba, nos llevó ante el Palacio *Schönbrunn* donde cenaríamos viendo un concierto de música clásica.

Primero nos hicieron una visita por todo el interior del Palacio y luego directos al restaurante, a una zona privilegiada, donde comenzó a sonar música de *Mozart* y *Strauss*, desde la orquesta propia del palacio.

—Joder, la que me espera —volteó los ojos cuando comenzó a sonar.

—No me digas que...

—Esta me la pagas y bien —resopló.

—Es un momento impresionante...

—Los cojones —le salió del alma y se echó a reír evitando hacerlo fuerte, aunque estábamos en una zona muy privada, no teníamos mesas pegadas—. Hombre, ahí hubiera pegado La Pantoja, La Jurado o en su defecto Antonio Flores, pero estos —señaló al escenario— dan pena y ganas de llorar —negaba aguantando la risa y yo ya no sabía si estaba de broma o no, solo sé que me hacía gracia escucharla.

—Si quieres nos vamos —di un trago al vino y lo dejé en la mesa.

—No, no, espero que al menos la comida sea buena, porque si encima me ponen una mierda, te juro que le clavo el tenedor al jefe de la banda —señaló al maestro de orquesta y yo no podía más, tenía que estallar a reír, era imposible no hacerlo.

—Bueno —me eché hacia atrás cuando el camarero apareció con una ensalada con una pinta muy buena, esperaba que a ese primer entrante no le pusiera pegas.

—¿Me han visto cara de cabra para ponerme unas lechugas?

—Tiene muy buena pinta y lleva muchas cosas aparte de la lechuga, no me seas niña.

—Habló el “mucho hombre” —puso los ojos en blanco.

Estaba deliciosa y ella sonreía haciéndolo ver, lo que no iba a hacer era decirlo con la boca, esa que me volvía loco, pues el orgullo le podía más, pero buena cara de satisfacción se le ponía al comerla.

Después nos sirvieron una especie de croqueta gigante a cada uno con tres salsas por encima.

—Pruébala y dime si está buena.

—¿Te da miedo probarla tú? —Levanté la ceja

—Capaz de tener esto algo letal, dale, campeón, quiero ver tu cara.

Deliciosa y en mi cara lo pudo ver pues no tardó en probarla y soltar un gemido demostrando que estaba realmente buenísima, y lo estaba, aquel lugar se merecía los buenos comentarios que circulaban por las redes y es que no era para menos.

—Estoy por pedirle al *Dj* que me ponga algo de Bachata —sonreí. Al *Dj*, al que antes

mencionó como el jefe de la banda, menos mal que nadie nos escuchaba, nos hubieran tirado los cubiertos, las vajillas y todo lo que pillaran a mano.

Así se pasó toda la noche, eso sí, se tiró fotos de postureo por doquier y ponía en sus redes que la buena música, la historia de un mítico palacio y la compañía, eran los *tándems* perfectos para un equilibrio de cultura, encima descarada y me lo enseñaba tan pancha.

Debo reconocer que me lo pasé bomba, que era una noche de esas que no se te olvidan y más a la vuelta que salió cantando la de “Aleluya” con las manos en alto y todo. Madre mía, era un caso perdido, pero era mi caso y así la quería, alocada, feliz y libre de sentir, opinar y actuar como quisiera ¿Acaso le hacía daño a alguien?

Llegamos al hotel y se tumbó en su cama diciendo que la dejara conectar con el universo, eso de conectar era dormir plácidamente y sin que la molestaran, aunque a mí me hubiera gustado hacerlo abrazado a ella, pero respeté ese espacio.

Capítulo 26: Julieta



Despertarme un sábado en Viena, eso era un sueño tan lejano para mí. Pero aquí estoy, disfrutando de los primeros rayos de sol que entran por la ventana de la habitación en la que he pasado unas noches maravillosas.

Salvo el jueves, que por la mañana Lorenzo me dio la sorpresa de ir a ver *Innsbruck*, un precioso pueblecito austríaco del que vine enamorada.

Disfruté de cada minuto que estuve con él, de las veces que me pasaba el brazo por los hombros, cuando rozaba sin querer mi mano al caminar a mi lado, y de esos breves besos que uno u otro robaba en el momento oportuno.

Cierro los ojos, sonriendo como una loca enamorada, porque sí, ya lo tengo más claro que antes. Estoy enamorada de Lorenzo Andrade, mi jefe, el hombre que es capaz de sacarme de quicio cuando se cabrea y de hacer volverme una niña cuando me lleva de la mano por los bellos rincones de Viena.

Es un encanto, no ha puesto pegas a nada de lo que he querido comprar para mis niños. Temo el día que llegue y sepa que los trillizos no son realmente mis hijos, aunque cabe la pequeña posibilidad de que Víctor le haya dicho la verdad, puesto que es su amigo y si Lorenzo sacó el tema alguna vez...

No lo sé, mejor no pensar en ello por el momento. Lo que toca es vivir el presente, el aquí y ahora y disfrutar del sábado tan espléndido que ha amanecido y de un buen desayuno.

Me levanto, y como el resto de días, voy en silencio hasta la habitación de Lorenzo, caminando de puntillas para empezar a dar saltos en su cama y despertarlo.

—¡Te pillé! —exclamó Lorenzo, cogiéndome por la cintura y recostándome en la cama, haciendo que grite por la sorpresa.

Normalmente está dormido, me cuesta un mundo despertarle, pero hoy me ha pillado desprevenida, ¡qué cabrito!

Empieza a hacerme cosquillas por los costados y no puedo parar de reír, como siga así, me hago pis encima como un bebé. Madre mía, menudo ataque de risa me ha dado.

—Para, para, por favor —dije intentando calmar mi risa y creo que al verme roja y sin que

salga sonido de mi garganta, el susto que se lleva es tal que me suelta como si quemara.

—¡Por Dios, Julieta! Dime que estás bien —le escucho decirme preocupado.

Vuelvo a soltar una carcajada y me voy calmando, poco a poco, de modo que cuando al fin le miro, tan solo me queda una sonrisa en los labios que él recibe con otra antes de inclinarse para robarme un beso.

—Buenos días, Lorenzo —susurro cogiéndole el rostro entre mis manos para que no se apartara aún, dejando sus labios muy pegados a los míos.

—Buenos días, Julieta.

Nos miramos durante unos instantes y veo que sus ojos empiezan a oscurecerse. Me da otro beso, corto pero que sabe a gloria y aún sin soltarle me incorporo un poco para darle otro más.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunto sentándome con las piernas cruzadas frente a él.

—Por lo pronto, un buen desayuno. Después podemos ir a visitar algo que aún no hayamos visto, y esta noche, cenamos en el restaurante del hotel, en un reservado donde nadie nos moleste.

—Quiero ver el Palacio Belvedere —dije sin siquiera pensarlo—. Ví unas fotos en *Internet* y me encantó. Quiero hacerme algunas fotos en las fuentes que tiene y sus jardines son... ¡preciosos!

—Entonces, arriba, ve a darte una ducha y prepararte, mientras pediré el desayuno —ordenó antes de darme un beso y levantarse.

Con Lorenzo era todo tan especial. Si pedía algo, él se encargaba de conseguírmelo. ¿Estaría también enamorándose de mí? No creo. El tipo ideal de mujer para él debe ser como Abril, mujeres más próximas a su edad y con menos locuras de las que yo tengo y hago.

Corro al cuarto de baño, me doy una ducha rápida y salgo únicamente con la toalla como prenda de vestir. Fue oler el café y no me lo pensé, me planté en la salita de la *suite*, sentándome a la mesa para beberme mi primera taza y que me diera más energía.

No puedo evitarlo, en cuanto el primer sorbo de mi manchadito bien azucarado baja por mi garganta, cierro los ojos y me escucho gemir.

Lorenzo carraspea, me giro y veo que está con la taza a pocos centímetros de su boca.

—¿Qué? —pregunté dejando la mía en la mesa.

—Que no llevas ropa, estás demasiado cerca de mí y has gemido. Eso en un país en guerra se consideraría tortura para un hombre —respondió, haciéndome estallar en una carcajada.

Él sonríe y acabamos de tomarnos el café, un zumo y los deliciosos bollos recién hechos que habían traído.

Mientras él se ducha regreso a mi habitación para vestirme. Un pantalón ajustadito, camiseta y mis deportivas. Bien cómoda.

Ahí está, el vestido que compré por si alguna noche hacíamos algo especial y hoy podré lucirlo junto a la lencería que Marina prácticamente me obligó a comprar.

Salgo de la habitación y veo que Lorenzo está en el ventanal hablando por teléfono. Se ha puesto un pantalón vaquero, un polo y una chaqueta. En cuanto nota mi presencia, sonríe y se despide cortando la llamada.

—¿Lista? —pregunta acercándose, así que con una sonrisa asiento y me dispongo a disfrutar del penúltimo día en Viena.

El Palacio Belvedere es impresionante. Con esa fachada llena de ventanales y los tejados verdes. Hago unas cuantas fotos, todas para el recuerdo, esas que mostraré a mis padres y guardaré con cariño y que, algún día, compartiré con mis hijos y nietos.

Fue construido como residencia de verano del Príncipe Eugenio de Saboya, pero hoy en día en su interior se puede disfrutar de un museo de arte en casi todas las estancias, donde exhiben

colecciones de pintura. No queda nada de lo que fue el palacio, tan solo la capilla, el *hall* de entrada y el Salón de Mármol siguen siendo lo que una vez fueron.

Paseamos por los jardines y no puedo más que admirar la belleza del verde del césped y la variedad de colores que destacan en las flores de algunas zonas.

Pero es al llegar a la fuente que parece una escalinata donde sonrío y doy saltitos como una niña que acaba de abrir el regalo que quería.

Me hago selfis sola, con Lorenzo, fotos de cuerpo entero con la fuente y el castillo a mi espalda, incluso Lorenzo me hace una cuando me siento y estoy tan distraída que no me doy cuenta.

—Esta para mí —susurró al enseñármela en el móvil—. Estás preciosa, al natural, sin posar, con una sonrisa sincera y la mirada de quien admira lo que ve.

Me ha dicho todo eso mirándome a los ojos y noto un nudo en la garganta que me apresuro a tragar antes de ponerme de puntillas y besarle. Fue un beso de los que dejan huella, de esos donde las lenguas se involucran y las manos van por libre. Las de Lorenzo, posándose en mis caderas, llevándome hasta él, bien pegada a su cuerpo. Las mías, rodeando su cuello.

Cuando nos separamos ambos estamos jadeantes, con los ojos cubiertos de ese deseo que llevamos reprimiendo tanto tiempo y los suyos me hablan, sin palabras, de que, esa noche, será nuestra noche.

Sonrío tímidamente, me aparto y Lorenzo entrelaza nuestras manos para continuar con la visita por estos maravillosos rincones, inmortalizando las estatuas que parecen saludarnos cuando pasamos a su lado.

El siguiente lugar al que vamos, y que no me esperaba, es el *Prater*, el parque de atracciones más antiguo de todo el mundo.

Aunque conserva algunas de las atracciones de la época en que fue inaugurado, lo mejor de todo es la noria gigante y es que, montado en ella, puedes contemplar todo el parque y unas inmejorables vistas de Viena.

Tras un paseo por el *Prater*, nos damos el gusto de comernos un plato de *selchfleisch*, que es una deliciosa carne ahumada, acompañada de patatas, una botella de vino y el típico pan vienés. De postre, como no podía ser de otra manera, un pedazo de *apfelstrudel*, su famoso pastel de manzana y un *buchteln*, consistente en un bollo relleno de mermelada de albaricoque.

Saciados y algo cansados, regresamos al hotel tras habernos hecho cientos de fotos que podré mirar siempre que quiera acordarme de este viaje.

Me despido de Lorenzo con un breve beso y prometo que estaré preparada a la hora prevista antes de la cena.

Necesito una pequeña siesta porque esta noche quiero estar bien despierta para lo que pueda surgir.

Tal como le dije, estoy lista para salir a cenar con él.

Algo nerviosa, no voy a negarlo, porque me he puesto el conjunto negro de lencería que compré. El sujetador es sin tirantes y en el centro lleva una fila de pequeños cristales simulando ser diamantes, vamos, que ha costado una pasta, pero si fueran esas piedras preciosas de verdad, seguro que habría costado como ocho veces más.

La braguita es un tanga negro que, al igual que el sujetador, lleva cristales, pero, estos, alrededor de la cintura. La verdad es que es la primera vez que me pongo una tanguita de este tipo que me realza bien las nalgas y lo mismo pasa con el sujetador, que hasta parece que me hayan crecido los pechos.

El vestido es negro, entallado y a la altura de los muslos. Tan solo tiene la manga izquierda, que es de gasa y abierta desde el hombro hasta el codo, mientras que el brazo derecho queda completamente al aire.

Con los zapatos espero no partirme la crisma, pues son un poco más altos de los que estoy acostumbrada a utilizar, pero son tan bonitos, en negro mate y con dos cristales simulando lágrimas en la parte del talón, sobre el tacón, estoy encantada con ellos.

La melena, suelta, y el maquillaje, en tonos marrones con los labios rojo coral.

Me miro una última vez al espejo y respiro hondo antes de salir. Es la primera vez que me arreglo tanto para mi jefe.

Mi jefe, quién iba a decir que el hombre que, es más que probable, no me soportaba, me ha traído a Viena para que lo conociera, porque lo de la reunión...

Salgo para encontrarme con Lorenzo y está tomando una copa de *whisky* sentado en el sofá. Al verme, traga saliva y una vez deja la copa en la mesa, se pone en pie. ¡Madre mía, está impresionante! Con ese traje negro, camisa blanca desabotonada y sin corbata, tan sexy como siempre. Y qué bien huele...

—Estás preciosa —dijo acercándose y colocando un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—Tú también vas muy elegante.

—Vamos a cenar, que si nos quedamos aquí un minuto más...

Sonríó al verlo respirar hondo mientras niega con la cabeza, me coge la mano y salimos de la *suite*.

Una vez en el restaurante nos llevan al reservado, donde encuentro una mesa con un par de velas en el centro.

Sirven el vino que Lorenzo había encargado y nos toman nota de lo que queremos. Optamos por el pescado, además de unos entrantes que están deliciosos y como no podía ser de otra manera, para el postre me pido ese pequeño antojo que tuve en cuanto lo vi en *Internet*, el *kaiserschmarn*.

La velada está llena de risas, caricias en la mano, miradas y ese gesto que me vuelve loca en él, cuando se muerde ligeramente el labio al verme apartarme el pelo a un lado dejando la piel de mi cuello expuesta.

Me noto algo achispada, y es que no estoy acostumbrada a beber tanto como esta noche, creo que ha sido por los nervios. Aunque Lorenzo también ha tomado más copas de la cuenta.

Dejamos el restaurante, cogidos de la mano y así atravesamos la recepción, entramos en el ascensor y dejamos que nuestros cuerpos hablen.

Lorenzo me coge por las caderas, pegándose a él, haciendo que sus labios asalten los míos como si fuera el aire que necesita para respirar.

Nada más escuchar el sonido del ascensor llegando a nuestra planta, entrelaza sus dedos con los míos y me lleva hasta la *suite*.

Tengo el corazón latiendo a mil por hora, ni cuando subí por primera vez a una montaña rusa me iba a así.

Nada más entrar se pega a mi espalda, con las manos en mi cintura, llevándome hasta su habitación, se para en la puerta, como dándome opción a dejar que la noche acabe aquí, pero no quiero. Esta noche lo que mi cuerpo necesita es a Lorenzo.

—¿Duermes conmigo? —pregunta con ese tono de voz cargado de deseo. Y cuando ese maravilloso aroma que desprende me envuelve, cierro los ojos y asiento.

Tras pasamos la puerta y veo que hay algunas velas encendidas, lo miro sorprendida y él tan solo sonrío.

No puede ser cierto, debo de estar soñando, pero si es así, no quiero despertar, no todavía.

Me lleva hasta la cama, donde empieza a besarme el hombro desnudo subiendo hacia el cuello mientras las yemas de sus dedos me acarician los muslos.

Siento que todo mi cuerpo reacciona a él, y me apoyo en su pecho inclinando la cabeza para darle un mejor acceso a mi cuello.

Cogiéndome la barbilla con dos dedos, hace que lo mire y me besa, un beso que comparte dulzura y pasión a partes iguales. Hay roces de sus dientes en mis labios, leves mordiscos y el jugueteo de lenguas al que ya empiezo a acostumbrarme.

Me giro para rodearle el cuello y él me pega a su cuerpo, de modo que puedo notar que está excitado bajo los pantalones. No tarda en bajar la cremallera del vestido que hay en mi costado derecho, sin dejar de besarme, haciendo que este caiga a nuestros pies.

Cuando las manos de Lorenzo van a mis nalgas y toca que están desnudas, se aparta para contemplarme.

—Tan hermosa y toda mía —susurra antes de besarme con mucha más pasión esta vez.

El sujetador es lo siguiente que me quita y va dejando un camino de besos desde mis labios hasta el vientre, se queda de rodillas ante mí para deshacerse de la tanguita.

Me estremezco cuando le veo observarme, desnuda, tan solo con los tacones. Levanta la mirada y al encontrarme con sus ojos, él sonríe y sube con la mano derecha por el interior de mi pierna hasta que llega a ese punto que ahora mismo está deseoso de ser protagonista.

Sin apartar los ojos de mí, juguetea con el pulgar en mi clítoris y poco después introduce un dedo, haciéndome gemir y que tenga que sostenerme en sus hombros.

No para hasta que me tiene a su merced, deshaciéndome en un orgasmo tan intenso, como nunca antes había tenido.

Poniéndose en pie, me besa en los labios y le veo quitarse la chaqueta, seguida de la camisa y al ver ese torso desnudo, me paso la lengua por los labios consiguiendo que Lorenzo sonría ante mi gesto.

Tras deshacerse de los zapatos y el resto de la ropa, me coge con una mano por la cintura y con la otra por la nuca para besarme, compartiendo jadeos, gemidos y esas ganas de terneros el uno del otro.

Me recuesta en la cama, separándome las piernas para quedar entre ellas, se pone un preservativo que no sé de dónde ha salido, ni me importa y sin apartar su mirada de la mía, se inclina sobre mí y empieza a entrar despacio con su erección, abriéndose paso en mi interior.

Jadeamos ante el contacto, nos besamos, acariciamos y dejamos que nuestros cuerpos hablen en ese lenguaje tan antiguo como es el del deseo, el de la pasión. El del amor compartido entre dos almas que se entregan sin miedo.

—Julieta... —le escucho murmurar antes de besarme, mientras mis caderas iban al encuentro de las suyas, en busca de ese placer que sé que solo Lorenzo sabrá darme el resto de mi vida.

Grito su nombre un par de veces, aferrándome a sus bíceps cuando él se apoya con ambas manos en la cama. Nos miramos y en un momento dado sabemos que estamos llegando a ese punto de no retorno en el que alcanzaremos el nirvana.

Nos besamos, mordemos, acariciamos y jadeamos esperando que llegue, el orgasmo que nos haga gritar saciados y caer exhaustos en la cama. Lorenzo aumenta sus embistes, haciendo que nuestros cuerpos choquen y vibren por el placer que comparten.

El clímax nos alcanza a ambos, que, sudorosos, satisfechos y con los ojos llenos de amor, nos besamos mientras rodamos por la cama hasta acabar con brazos y piernas entrelazados.

Noto que me puede el cansancio, que el día me empieza a pasar factura y si a eso le añadimos el vino y la sesión del mejor sexo que he tenido en años, no es de extrañar que me quede dormida entre los brazos de Lorenzo.

¿Qué nos deparará el mañana? Quién puede saberlo. Yo no, solo sé que por ahora estoy donde he querido estar desde que fui consciente de que me moría por probar los besos de mi jefe.

Entre sus brazos, ese es el lugar en el que quiero acabar cada noche y empezar un nuevo día.

Capítulo 27: Julieta



Despertar con un brazo alrededor de mi cintura y notar el cálido aliento de Lorenzo en mi piel me hacen sonreír.

Recuerdo lo ocurrido anoche, el modo en que me besaba, cada caricia y cómo me miraba, como si quisiera grabar en su memoria todo mi cuerpo.

Me remuevo un poco hasta conseguir quedarme frente a él, hasta dormido está guapo, el muy canalla.

Un principio de barba empieza a asomarle, lo que le hace un poco más interesante de lo que es. Veo que tiene el pelo alborotado y entrelazo los dedos en él, jugueteando con esos mechones tan suaves que tiene.

Ni siquiera ha amanecido por completo todavía, puedo ver que el sol está empezando a salir llenando el cielo de esos colores anaranjados dejando atrás el negro de la noche.

Cierro los ojos y me acurruco más, bajo los brazos de Lorenzo, que, al notar movimiento, los estrecha aún más y respira profundamente.

Así es como quiero empezar cada día, entre sus brazos.

Vuelvo a mirarle y le acaricio la mejilla, deslizando después la yema de mis dedos dibujando la silueta de su rostro. Me gusta verle así, con esa expresión tan relajada, no cuando está enfadado y se le forman esas arruguitas tan feas al fruncir el ceño.

Hoy es el último día en Viena, esta noche estaremos de nuevo en nuestra ciudad, cada uno en su casa y mañana volveremos a la normalidad, a nuestras rutinas en el trabajo, donde él es mi jefe, y yo, su secretaria.

Noto un beso en la corinilla y sonrío pegándome a su pecho. Sus manos me acarician la espalda y es un gesto tan íntimo que parece que llevara toda la vida haciéndolo.

—Buenos días, mi maravillosa secretaria —murmura Lorenzo, sacándome una carcajada.

—Buenos días, mi jefe mandón.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta dejando otro beso en el mismo lugar que antes.

—Muy bien, mejor que nunca.

—Yo también.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunto, con algo de tristeza en el tono de voz— Es nuestro último día aquí.

—Vamos a visitar *Eisenstadt*. Es una ciudad que está a unos cuarenta kilómetros de aquí, así que iremos en un coche de alquiler.

—Bien, voy a darme una ducha y a vestirme —dije apartándome de él y al hacerlo, nuestros ojos se encontraron.

—Muy bien, preciosa —sonrió y se acercó para darme un beso en los labios.

Un beso que me sabe a poco, pero que no puedo prolongar puesto que estando donde nos encontramos y sin nada de ropa, la cosa podría acabar de mil maneras diferentes y las que se me ocurren no son precisamente con los dos de paseo por las calles de *Eisenstadt*.

Me levanto todo lo deprisa que puedo, corro hacia el baño y en menos de diez minutos estoy duchada y cogiendo uno de los vestidos cómodos que traje para estos momentos de turismo. Las deportivas, el bolsito y lista para nuestro último día.

—Voy a darme una ducha —me dijo dándome un beso en la frente—, tú desayuna que en cuanto salga nos vamos.

Asiento y me dispongo a degustar los deliciosos bollos que tengo delante. Reviso mi móvil y veo que tengo algunos mensajes de mi hermana, me pide que en cuanto llegue a casa de mis padres la avise, que no le importa la hora, pero quiere saber que el viaje de vuelta fue bien.

Por mucho que yo vaya cumpliendo años, ella siempre se portará como si aún fuera su hermanita pequeña.

El desayuno me sabe a gloria, y justo cuando estoy acabando el café, Lorenzo llega hasta mí.

—Vamos, quiero aprovechar bien el día —me dice cogiéndome la mano.

Al llegar a la recepción del hotel, Lorenzo les pide que nos dejen un coche y poco después nos avisan de que lo tenemos en la puerta.

Durante al camino, no para de cogerme la mano, acariciarla, llevarla a sus labios y dejar pequeños besos. Sin duda me siento con él como en una nube. Es todo tan bonito, tan perfecto, tan real, que no quiero que este viaje acabe nunca.

No quiero que tengamos que volver mañana cada uno a nuestras vidas.

Cuando llegamos a *Eisenstadt* me enamoro un poquito más de Viena y esos lugares que la rodean.

Pasear por estas calles es una maravilla, respirando el aire impregnado de diferentes aromas, la belleza de sus edificios, la alegría que se ve en cada niño que sonríe.

Paramos en una cafetería antigua donde tomamos un café y un riquísimo *buchteln*, que son unos bollitos rellenos de mermelada.

Con un folleto que le han dado a Lorenzo en la cafetería, vamos hasta el Palacio de *Esterházy*, una magnífica construcción que aún conserva ese esplendor que seguro tenía antaño. Caminamos por sus jardines y por un momento me siento como las damas de la sociedad de la época de Sissi Emperatriz.

Fotos y más fotos, con Lorenzo, sola, con el precioso palacio de fondo, sentada en los jardines. Todos esos recuerdos que quiero llevarme de este maravilloso viaje.

Cuando decidimos ir a comer entramos en un bar típico vienés y pedimos *tiroler gröstl* para compartir, un plato de patatas con jamón frito, y un par de *topfenkolatsche*, unos rollitos de hojaldre rellenos de queso que estaban riquísimos.

Para postre, no podía irme de Viena sin haber probado su famosa tarta *sácher*, ese delicioso manjar de chocolate con mermelada de albaricoque.

—Y dígame, jefe... —empecé a hablar y al tratarle de usted, me miró arqueando una ceja— ¿A qué se debe que siga siendo usted el soltero de oro de la ciudad a sus cuarenta años?

—Voy a hacer como que no me has llamado de usted y, ¿por qué me preguntas eso? —respondió mientras dejaba la taza de café en la mesa

—Porque quiero saber cosas de ti. Venga, confiesa. Tienes alergia al matrimonio, ¿a que sí? —pregunté, y él empezó a reírse.

—Ya te gustaría que fuera por eso.

—Ah, ¿no es eso? ¿Entonces?

—Vale, puede que un poquito sea porque no quiero comprometerme, pero otro poquito es porque no ha aparecido la indicada.

—Hasta ahora —dije sonriendo.

—¿Hasta ahora?

—Ajá, tenía que llegar yo, jefe, y aquí me tienes —respondí guiñándole el ojo.

—De verdad, no hay quien pueda contigo. ¿Crees que tendríamos futuro como matrimonio?

—Sí —y bien segura de ello que respondí.

—Con que sí, ¿eh? Veamos... —dijo mientras se rascaba la barbilla sin dejar de mirarme— ¿Cómo estás tan segura? Si desde que te conozco, me has sacado de mis casillas más de una vez. No —respondió tajante—, creo que como matrimonio discutiríamos mucho.

—Pues vaya cosa me dices. ¿Qué matrimonio no discute? Si hasta mis padres, que llevan cuarenta años juntos, alguna vez han tenido que discutir, aunque yo no los he visto, que conste.

—Mis padres también y llevan algunos años más que los tuyos.

—En la fiesta vi a tu madre de lejos, es muy guapa, seguro que fue un bellezón en su época. Y tu padre... —Me quedé mirándole y sonreí al recordar al hombre alto y canoso de ojos azules— Te parece mucho a él. ¿También era rubio?

—Sí, y mi madre era una morenaza de aúpa.

—Sigue siendo morena, no le vi ni una cana, como a tu padre.

—¿Me vas a decir que tu madre no se las tiñe? A ver si es que la mía es demasiado coqueta.

—Las dos son iguales, entonces. Se llevarían bien —dije pensando en mi madre.

—De eso no tengo duda. Seguro que comparten gustos.

—Pues... A mi madre le encanta cocinar, sobre todo postres. La especialidad de la casa es la tarta de chocolate. Le pone un ingrediente secreto que asegura no le revelará a ninguna de sus hijas jamás, solo cuando ella falte podremos descubrirlo en su cuaderno de recetas. ¿Tú te crees? ¡Ten madre para eso!

—¿Te gusta cocinar? —preguntó cogiendo la taza para darle un sorbo.

—¿Me resta puntos como futura mujer del señor Andrade si digo que no?

—Menos mal que tengo una chica que viene a casa... —respondió, suspirando mientras negaba con la cabeza.

—Oye, que la tortilla de patatas me queda riquísima y la ensalada, no digamos.

—Bien, me tendría que volver vegetariano contigo, por la ensalada, digo —contestó riendo.

—Podría aprender, eso seguro. Mira... ¿Me invitas a cenar mañana a tu casa y preparo unos macarrones?

—¿Macarrones? Qué plato más elaborado, por favor.

—Tendré que empezar por lo fácil, a ver si me vas a pedir que te haga un cordero asado.

—Eso es fácil, mujer. Poner los trozos de cordero en una bandeja, añadirle patatas, especias, un buen vino y a meter en el horno precalentado —respondió como quien no quiere la cosa.

—¡Coño, no sabía que estaba saliendo con Chicote!

—¿Saliendo? —preguntó arqueando una ceja.

—Sí... ¿no? Bueno, digo... no sé. A ver...

—Julieta —me cortó cogiéndome la mano—. Si quieres decir que tenemos una relación, pues dilo. Que ya somos mayorcitos y tenemos pelos en ciertas partes.

—Chsss yo no. Ya lo viste anoche, depiladito, depiladito —susurré llevándome el índice a los labios a modo de secreto, haciéndole reír a carcajada limpia.

Terminamos de tomarnos el café y vamos de la mano por las calles de *Eisenstadt*, hasta que me paro cuando me llaman la atención unas preciosas bolas de nieve *Perzy*. Y es que esas son las auténticas bolas de nieve, artesanales, pintadas a mano y en vez del típico plástico que suelen llevar, estas vienesas están montadas con vidrio.

Entramos en la tienda y cojo una con el Palacio de *Schönbrunn* para mi madre, le gusta mucho la película de Sissi, así que este es un buen regalo.

Cojo dos que tienen la Noria Gigante del *Prater* para mi hermana y Marina, y para mí la del Palacio Belvedere.

Lorenzo también coge dos, para su madre y su hermana, y además nos llevamos varias cajas de los típicos *Mozartkugel*, conocidos como bombones Mozart, un mazapán refinado de pistacho, con dos capas de crema de turrón fino y una cobertura de chocolate.

No me he podido resistir cuando la señora de la tienda nos ha ofrecido uno para probarlo y casi me pasa como a *Vivian* en *Pretty Woman* el día que fue a la ópera. Hasta ahí puedo leer.

Pero toca volver a la realidad, regresar al hotel y preparar el viaje de regreso a casa.

Una pena, porque si pudiera, me quedaría en este lugar del mundo en compañía del hombre que me lleva de la mano.

Subimos al coche y contemplo por la ventanilla el paisaje que vamos dejando atrás, recuerdo los lugares que hemos visto hoy, las calles y sus gentes, y ya siento un poquito de nostalgia.

Lorenzo me pasa el brazo por los hombros y así atravesamos la recepción del hotel, respiro hondo cuando entramos en el ascensor y él me acerca un poco más a su costado. Le miro y me regala una preciosa sonrisa a la que no me puedo resistir. Poniéndome de puntillas y cogiéndole el rostro con ambas manos, le doy breves besos en los labios.

Esa se ha vuelto mi nueva adicción, besarle.

Una vez en la *suite* vamos cada uno a nuestra habitación y preparamos el equipaje. Solo traje una maleta, pero con todo lo que he ido comprando para mis niños y mi familia, incluidos los regalitos que me ha hecho Lorenzo, no tuvo más remedio que comprar un par de maletas más para que pudiera llevarlo todo.

Cuando mi madre me vea entrar en casa, seguro que le da una de sus fatiguitas.

—Ya estoy lista —le dije cuando salía de la habitación con la última maleta.

—Bien, llamaré al botones par que nos bajen el equipaje al taxi.

Asiento y le veo acercarse a mí, y como yo hice en el ascensor, ahora es él quien me besa, pero un solo beso, uno largo, cálido y apasionado a partes iguales.

—Repetiremos esto —susurra mirándome a los ojos.

—¿Volveremos a Viena? —pregunté, sorprendida.

—Si quieres, sí, pero yo me refería a viajar juntos. Donde tú quieras, allí iremos —se acercó y volvió a besarme.

Antes de salir miro por última vez la *suite*, contemplo la ciudad por los ventanales y no puedo evitar coger el móvil y hacer una foto de esa bonita estampa. Un último recuerdo, algo que cuando

esté en mi casa, me haga saber que no ha sido un sueño, que esta semana en Viena ha sido tan real como que Lorenzo, mi jefe, y yo, estamos juntos.

Llegamos al aeropuerto y otra vez el momento de facturar equipaje. Claro que cuando vinimos fue bastante más rápido pues solo traíamos una maleta cada uno y ahora volvemos con cuatro.

Vamos hacia la puerta por la que sale nuestro avión y tras entregar los billetes, la azafata nos desea buen viaje.

Yo preferiría quedarme aquí, la verdad, y vivir mi historia con Lorenzo sin tener que preocuparme del resto de mujeres que seguirán persiguiéndolo.

No hemos hablado de lo nuestro, no sé si será bueno que se enteren en la oficina, o mejor mantenerlo entre nosotros por un tiempo.

Sea como sea, en cuanto nos vean los de la prensa rosa juntos, saldremos en todas las revistas.

—¿Desean tomar algo? —pregunta una azafata poco después de que nos acomodáramos en nuestros asientos, de nuevo en clase preferente.

Lorenzo le pide un café y yo un zumo y si tenían algo para el dolor de cabeza lo agradecía, porque me iba a estallar.

No tarda ni un minuto en traernos todo y nada más tomarme la pastilla, cierro los ojos y me recuesto en el respaldo.

—¿Estás bien? —pregunta Lorenzo acariciándome la mano.

—Sí, solo es un dolor de cabeza, tal vez sea porque hemos tenido una semana muy movida.

—Puede ser. Oye, hay algo que quería preguntarte...

—Dime.

—¿Qué le pasó a tu marido? —pregunta, haciendo que abra los ojos de golpe, y al ver que le miro como si le acabaran de salir un par de cuernos y la cola de demonio, aclaró— El padre de tus trillizos.

—Sé a qué marido te refieres, solo he tenido uno —respondí volviendo a recostarme con los ojos cerrados.

Bien, era hora de contar la verdad o de decirle lo primero que se me pasara por la cabeza.

—Era policía —eso no es mentira, diré en mi defensa—, su compañero atendió un aviso por radio y fueron los primeros en llegar. Un atraco a una gasolinera, ya ves qué tontería, ¿verdad? —dije mirándole y al ver que me escuchaba atentamente, seguí con mi relato—. Uno de los atracadores se puso nervioso, movió la pistola varias veces con la mala suerte de que se le disparó, hiriendo de gravedad a mi marido.

Y sigue sin ser mentira, que a Álvaro casi le perdemos hace un par de años, como le he contado, el arma se disparó de manera accidental, pero afortunadamente impactó en el chaleco.

—Lo siento —respondió llevándose mi mano a los labios para besarla— ¿Te gustaría que adoptara a los trillizos? Podrían ser nuestros primeros hijos. ¿Cómo se llaman?

Madre mía, esto empezaba a írseme de las manos. Miro a Lorenzo y juro que veo emoción en sus ojos. Espera...

—¿Quieres que tengamos hijos? —pregunto, sorprendida.

—Claro, me gustaría al menos tener dos. ¿A ti no?

—Yo ya tengo tres —respondo como si se le hubiera olvidado.

—Pero no conmigo, aunque te aseguro que los querré como si fueran mis propios hijos. Son parte de ti y todo lo que tenga que ver contigo, lo quiero.

Juro que si me pinchan en este momento no sangro, de verdad de la buena. Esto tenía que pararlo y cuanto antes mejor.

—Ya tenemos tres niños —siguió él, sonriendo—, así que no estaría mal que tuviéramos un par de niñas. Aunque, si tenemos la parejita, también me parece perfecto, pero no te hagas la olvidadiza, ¿cómo se llaman los trillizos?

—Álvaro, Rodrigo y Miguel —dije sin siquiera pararme a pensarlo. ¿De verdad estaba dispuesto a darles a mis supuestos hijos su apellido?

—Los trillizos Andrade, me da en la nariz que tendrían un poquito loca a la prensa. Si salen a su padre... serán un peligro para las mujeres.

No puedo evitar soltar una carcajada, porque esa frase la hemos dicho Marina y yo infinidad de veces y es que esos tres niños, tan iguales a su padre, sí que van a ser un peligro para las mujeres de cualquier edad, como lo es Álvaro.

Después de esa breve conversación no recuerdo nada más hasta que Lorenzo me despertó con un beso en los labios, sí, como si yo fuera la Bella Durmiente, vale, en ese momento lo era porque me había quedado completamente dormida.

Bajamos del avión, recogemos el equipaje y salimos al *parking* donde nos espera su coche. Tras colocarlo todo como si estuviéramos jugando al *Tetris*, subo al sillón del copiloto y espero que él tome asiento.

Una vez lo hace, no lo pone en marcha, se queda con ambas manos en el volante unos minutos y después me mira.

—Quédate conmigo esta noche —me pide entrelazando nuestras manos.

—No puedo, de verdad, quiero ver a mis padres, además, no sabría cómo explicarles que me quedo a dormir en casa de mi jefe.

—Para descansar e ir mañana juntos a la oficina.

—Tengo mi propio coche, ¿sabes? Un precioso Escarabajo rosa antiguo. Es una monada.

—Julieta... —responde, sonriendo y negando con la cabeza— ¿Qué voy a hacer contigo? —susurra apoyando su frente en la mía.

—¿Querermé el resto tu vida, hasta el infinito y más allá? —pregunto en respuesta y, tras una carcajada, Lorenzo me besó.

—Si me dejas, lo hago.

—Te deajo, te deajo.

Tras arrancar el coche, con la pena que eso me hacía sentir, puso rumbo a casa de mis padres. Aprovechando el camino le envió un mensaje a mi hermana para decirle que aterrizamos tan solo veinte minutos antes y que ya le contaría todo el viaje cuando pudiéramos vernos.

En cuanto paramos en mi calle, siento que me invade la pena, como si este fuera a ser el último momento feliz con Lorenzo, pero borro ese pensamiento de mi mente de inmediato. Antes de bajar, me atrae hacia él y me besa, me da leves mordiscos en el labio y baja con esos besos tortuosos por mi cuello.

—Para... Lorenzo... —le suplico, porque si sigue así, acabaré por pedirle que me lleve a su casa.

Después de unos minutos que me parecen horas, consigo convencerlo para que me deje bajar del coche, que no estamos en el mejor lugar para estas cosas, ya que las cotillas del barrio le pueden ir después con el cuento a mi madre.

Si es que ya las estoy escuchando...

«*Ay que ver, la hija de Esperanza, menudo magreo que se daba en el coche con un muchacho la otra noche.*»

Que no, que no me apetece ser la comidilla del barrio, otra vez no, que bastante tuvimos ya...

—¿Me vas a echar de menos? —le pregunto antes de bajarme.

—No lo dudes. ¿Y tú a mí?

—Un poquitín —respondo, juntando los dedos al tiempo que entrecerraba los ojos.

—Así que un poquitín, ¿eh? Bueno es saberlo. Vamos, te ayudo con las maletas.

Bajamos del coche y Lorenzo se encarga de llevar hasta el ascensor las dos maletas llenas de regalos, mientras yo me encargaba de la que había llevado.

—Te veo mañana —aseguró dándome un último beso en los labios.

—Hasta mañana, Don Lorenzo —respondo con retintín y sacándole la lengua justo cuando la puerta del ascensor se cerraba, aunque me dio tiempo a escucharle decir que, me iba a dar él a mí Don Lorenzo.

Era ya de noche cuando entré en casa, pero mis padres aún estaban despiertos, sin duda esperando que yo llegara.

—¡*Wilma*, ya estoy en casa! —grito anunciando mi llegada, como hacía Pedro Picapiedra.

—¡Mi niña! —escucho a mi madre en el salón, así que allí que me acerco y los dos sonrían al verme.

—¿Qué tal el viaje, hija? —pregunta mi padre, tras un abrazo y un beso que me supieron a gloria.

Sí, estaba en casa, con mis padres, las personas más importantes de mi vida y por quienes daría la mía de ser necesario.

—Muy bien, pude hacer turismo así que, ¡vengo encantada! Y... traigo regalitos.

Cuando mis padres salieron del salón y vieron que había vuelto con dos maletas más, empezaron a reírse.

—Desde luego, como para irte a recorrer el mundo, hija —dice mi padre.

—¡Uy! Si me voy como *Willy Fog*, ochenta días por el mundo, vuelvo con un tráiler en vez de una maleta.

—No lo dudo, hija, no lo dudo... —Mi padre me abrazó de nuevo y tras otro beso, se despidió de nosotras diciendo que estaba algo cansado.

Mi madre y yo llevamos las maletas a mi dormitorio y ahí nos pusimos la dos a cotillear un poco mientras veía las fotos que había hecho.

Quedó fascinada con el palacio de *Sissi*, y cuando le di su bola de nieve *Perzy*, aún más.

No dejaba de preguntar por mi jefe, que si me había hecho trabajar mucho, que si me trataba bien... Yo quería decirle que estábamos juntos, que me cuidaba y me trataba como a una reina, pero de momento seguía callada, tan solo le conté que había sido un buen jefe y me había dado tiempo libre.

—Claro, y te acompañó a hacer turismo... —me dice de repente enseñándome una de las fotos que hice.

Y para mi mala suerte, era uno de esos selfis en los que estaba dándole un beso en la mejilla.

—Nada, una tontería, mamá, era en agradecimiento por haberme llevado a ese viaje.

—Ajá... —respondió mientras seguía viendo las fotos— Por eso se te pone esa carita de quinceañera cuando hablas de tu jefe. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Lorenzo, mamá, se llama Lorenzo —respondo.

—Y, ¿besa bien, tu Lorenzo?

—Sí, mejor que... —Miré a mi madre que me observaba sonriendo y no pude evitar reír como una niña a la que han pillado en una travesura.

—¡Ay, cariño! A robar vas a venir tú a la cárcel. Te veo feliz, mi niña —dijo acariciándome la

cara—. Solo espero que no sea otro Gonzalo, porque a este le dejo calvo. ¿Estamos? —soltó arqueando una ceja.

—Estamos.

—Anda, acuéstate que mañana tienes que ir a trabajar. ¿O te ha dado permiso tu jefe para llegar más tarde?

En ese momento me entró un mensaje al móvil, sonreí al ver que era de Lorenzo que me ordenaba que no madrugara para entrar a trabajar, que no quería verme por la oficina antes de las nueve y media o las diez.

Se lo enseñé a mi madre y ella negó con la cabeza sin borrar la sonrisa.

—Ni que te hubiera oído, mamá.

—Pues hija igual ha sido por el altavoz del dichoso móvil. Buenas noches, cariño. Te quiero —me aseguró dándome un beso en la mejilla.

—Y yo a ti, mamá. Buenas noches.

Respondí a Lorenzo con un “a sus órdenes, jefe”, me puse el pijama y me metí en la cama, por la mañana desharía la maleta antes de ir a la oficina.

Estaba agotada, feliz, pero agotada. Había sido una semana de lo más ajetreada, aunque no la cambiaba por nada del mundo.

Había visto mi sueño de conocer Viena hecho realidad, sin duda me quedaron por visitar muchos lugares, pero me quedaba con la promesa de Lorenzo de que volveríamos allí, además de llevarme a conocer otros sitios, yo elegiría el destino y... el primero que se me vino a la mente fue Grecia. Quería pasar una semana en una de esas playas de *Santorini* o *Miconos*, tomando el sol y bañándome en sus aguas cristalinas.

Bueno, dicen que soñar es gratis y eso es lo que iba a hacer yo en ese momento, soñar. Soñar con Lorenzo, con nuestro idílico viaje a Viena, con su sonrisa, sus besos y con un futuro viaje a Grecia.

Quién sabe, si había visto cumplido mi sueño de conocer el país austríaco, ¿cumpliría con ayuda de mi jefe el de ir a Grecia?

Capítulo 28: Lorenzo



Tenía la sensación de que todo había pasado demasiado rápido y es cierto eso que se dice de que cuando algo se está disfrutando de verdad, pasa a la velocidad de la luz y así transcurrió ese viaje donde fui feliz a cada momento del día.

Ahora tocaba ir disfrutando de cada día, de cada momento, de eso tan bonito que había nacido entre nosotros y algo me decía que podría durar para toda la vida.

Hablando de toda la vida... ¿Quién me iba a decir hace dos semanas cuando no le daba la más mínima importancia y me caía fatal?

Lo que puede llegar a cambiar la vida de un día para otro, que me lo digan a mí, que antes soñaba con mil mujeres y ahora solo quería a una, a mi Julieta, esa bipolar que vivía fingiendo que era viuda y tenía trillizos.

Salí de casa y fui directo para la oficina, ya le había dejado claro a Julieta que no se levantara con prisas, que podía llegar más tarde, aunque a decir verdad y siendo egoísta, la iba a echar de menos al entrar en las oficinas y no verla allí con sus cosas.

Antes de comenzar la jornada fui a una cafetería que hay junto a mi empresa, pedí el café y me senté a revisar los *e-mails*, pero mi cabeza estaba en ella, pensando en esa mujer que no podía arrancar de mis pensamientos y que me hacía sonreír con cada recuerdo de aquel viaje.

Con Julieta aprendí que te pueden besar el alma y que, a pesar de sus locuras ella me hacía sentir lo que nadie jamás consiguió.

Era esa felicidad que antes no había encontrado, esa que te desordena el corazón y que hace que tu canción favorita ahora suene mejor que antes lo hacía, es esa persona que te hace bien y eso es una de las cosas más bonitas que te puede hacer sentir alguien.

Y lo increíble de todo, es que a pesar de poder elegir otras opciones no cabía la más mínima duda de que la seguiría eligiendo a ella. ¿Acaso no era aquello el verdadero significado del amor?

Como decía el gran Calderón de la Barca, “Cuando el amor no es locura, no es amor”.

Y no fue un café, si no tres los que me tomé allí sentando, disfrutando del recuerdo de los momentos vividos. Tres cafés cortos pero intensos que me acompañaron en el recorrido de aquel viaje que marcó un antes y un después a nuestras vidas.

Mi hermana apareció y me dio un abrazo bien fuerte, se notaba que me había echado de menos y es que, en el fondo, por mucho que me buscara, me quería tanto como yo a ella, un mundo.

Se pidió un café y aproveché para darle lo que le compré de recuerdo.

Se emocionó al ver los regalos de *Swarovski*, se puso a aplaudir como una niña pequeña.

—Esto no es cosa tuya, no sabes el nombre de esta firma.

—Hermana, no te imaginas lo observador que soy.

—¡¡¡Te quieres ir por ahí!!! —protestó riendo— Me juego el pescuezo y no lo pierdo que tuvo que ver mucho Julieta.

—¿En qué te basas? —carraspeé a media sonrisa, tenía toda la razón.

—No me hagas hablar, chaval y, por cierto, esa cara que tienes es de habértelo pasado muy bien...

—Genial, vine con una perspectiva muy diferente de todo.

—¿Enamorado?

—Digamos que muy ilusionado, pero sí, enamorado puede que también.

—Puede, ¡ja! Hasta las trancas, te lo digo yo que te conozco, hermano. Esa cara es de haberte quedado muy pillado.

—No sé qué me pasó, pero viví unos momentos en los que no había problema en el mundo que me agobiara, ni me acordaba del trabajo, ha sido impresionante cómo me lo pasado cada jodido minuto de esta semana y cómo me reído con ella.

—Es muy graciosa.

—Es bipolar, como yo la llamo, pero es genial.

—¿Y quién no es bipolar en la vida? —me preguntó encogiéndose de hombros— Todos lo somos en algún momento, o en muchos, al fin y al cabo, algunos lo hacen más notorios y otros pues lo hacemos más en silencio.

—Ella me hace ver que es la madre de los trillizos, pero son de su amiga...

—Ya, ya, ¡qué cosa! Imagino que interiormente se lo tiene que estar pasando pipa —dijo riendo, lo que hizo que yo sonriera también.

—Pero vamos, que lo vive al cien por cien, es más, no sabes la de regalos que les compramos en Viena.

—¿Tú también?

—Bueno, ya sabes cómo soy y más cuando estoy así, realmente los pagué yo todos —nos reímos.

—Para unos hijos que no son ni tuyos, ni de ella... ¡Ole vuestros cojones! —se reía mientras aplaudía lentamente.

—Para que veas hasta dónde llega su bipolaridad.

—Bueno, puedes recordar que yo tuve una amiga imaginaria para los ojos de Gustavo.

—Tú ex... —me reí.

—Uno de los tantos —sacó los dedos en plan victoria.

—Por cierto, ¿cómo te va con el actual?

—Genial, aunque ahora se fue unos días por un *spot* publicitario, así que, aquí estoy. Me pidió que le acompañara, pero yo tenía otro compromiso ayer que no podía romper ya que estaba firmado desde hacía tiempo.

—Te entiendo.

—Pero en nada nos iremos una semana por ahí, así que espero volver con la misma cara de felicidad que has traído tú.

—Seguro que sí.

—Bueno —se bebió el café y nos levantamos—. Me voy pitando que tengo cita en la

peluquería, me quiero cortar un poco las puntas y que me hagan las mechas.

—Perfecto, bonita. Nos vemos —nos abrazamos y entré a pagar para dirigirme a la empresa, ya era hora de hacer algo y en breve seguro que llegaba Julieta.

Estaba loco por abrazarla de nuevo, besarla, escucharla hablarme de “sus trillizos”, de que me soltara alguna de sus burradas o me llamara *Mr. Loren*, en definitiva, estaba loco por verla.

Saludé a Sergio que me puso rápidamente al día de todo y me fui hacia mi despacho a contestar y revisar *e-mails* de los nuevos patrocinios, además, comenzaba un concurso que llevábamos preparando mucho tiempo, así que quería ver el progreso de todo desde el minuto uno.

Un rato después la puerta se abrió sin previo aviso, como de costumbre, y ahí estaba mi Julieta sonriente y tan preciosa como siempre.

—Buenos días, mi bella durmiente —me acerqué a ella para abrazarla.

—Buenos días, jefe. Ejem... Este no es lugar para estas cosas.

—¿Cómo qué no? —Me dirigí a cerrar la puerta.

—Es mi lugar de trabajo, no puedo decir lo mismo que tú, eres el jefe, pero yo me debo a cuidar mi puesto.

—Esto está dentro del contrato —comencé a besuquearla.

—*Mr. Loren...*

Ni caso, la besé con intensidad y la apreté contra mí, tenía ganas de hacerlo, quería sentirla, olerla, abrazarla...

No la dejaba hablar, no quería separarme de ella, me daba igual que fuera el despacho, esa noche la había echado mucho de menos y ahora la tenía ahí, para mí. ¿Cómo dejarla ir?

Noté cómo mi miembro se venía arriba con el contacto de ella, cosa que no tardó en apreciar.

—Me parece que la culebra se levantó —volteó los ojos intentado deshacerse de mí.

Ocasionó el efecto contrario, la cogí en brazos, y la senté en la mesa, me puse entre sus piernas y comencé a subirle el vestido.

—Loren...

—Julieta —carraspeé para después soltar el aire, y es que me estaba viniendo arriba de forma considerable.

—Puede venir alguien...

—Está cerrado con pestillo y al jefe lo tengo controlado —comencé a besar su pecho.

—A mi jefe lo voy a denunciar por abuso —rio mientras ya comenzaba a faltarle la respiración, estaba poniéndose en el punto que yo quería.

—No serás capaz... —La eché hacia atrás, quería disfrutar de ella, acabar lo que había empezado.

Deslicé mis dedos por los lados de su braguita blanca, la hacía de lo más sexy sobre ese cuerpo moreno y ahora sin nada, completamente desnuda para mí.

Mis dedos se fueron directos a tocar su zona húmeda y jugar con ella, pronto echó su cabeza más hacia atrás y se agarró a lo que pudo de la mesa, estaba de lo más excitada y eso me ponía a mil por hora.

Comencé a jugar con su interior, con su exterior que ya estaba hinchado y deseoso de que no perdiera el ritmo para llegar a ese orgasmo que pedía entre jadeos contenidos para que nadie nos escuchara.

Llegó y lo hizo doblándose entera, estaba temblando y le faltaba la respiración. ¡Cómo me gustaba verla en ese estado!

La dejé reponerse mientras la acariciaba por las caderas y la hice levantar un poco después,

ahora la quería de espaldas, sobre la mesa y los pies en el suelo, ahí fue cuando la agarré y comencé a darle estocadas de lo más sincronizadas y excitantes.

Se veía que disfrutaba y volvía a ponerse de la misma manera que comenzó, excitada y pidiendo más, eso me gustaba, eso me hacía moverme con más intensidad, aquello era todo lo que necesitaba esa mañana, el contacto al cien por cien con ese cuerpo que me tenía condenado a su merced.

Se levantó rápidamente y se vistió mirándome con tono amenazante.

—Jefe, esto va en suplemento de nómina, advertido quedas —se puso el vestido bien y me sacó la lengua para luego salir por la puerta de la oficina cuando aún yo seguía en pelota picada.

—Si me traes un café... —El portazo fue un estruendo, hasta me asusté, luego estaba claro que me tuve que reír, volvía a ser mi Julieta en todo su esplendor.

Me estaba volviendo loco con ella, acababa de salir por la puerta y ya la echaba de menos, la necesitaba, el contacto con ella era algo que me hacía sentir que estaba en el lugar correcto, con la persona perfecta, mi chica favorita, bueno, la única.

Me senté a trabajar después de vestirme y apareció Julieta con el café en las manos.

—Si me tocas, chillo —avisó acercándose.

—Prometo no hacerlo —levanté las manos riéndome y vi cómo se sentaba en la silla.

—Hoy estoy de los nervios, mis padres se llevaron a mis trillizos a un parque de atracciones ya que no hay colegio y tengo una cosita en el estómago...

—Si quieres lo solucionamos invitándote a comer donde tú quieras.

—Mira, me parece una magnífica idea, ya es hora de que te rasques un poco el bolsillo —soltó de forma descarada.

—Creo que sí, que es hora —le seguí el rollo. ¡Para matarla! No había un solo día que no me hubiese dejado de desvivir por ella, pero así era mi bipolar favorita.

—Podríamos ir a la playa, está el día genial y ya el calor se hace pronunciado por estos lares, además, me compré un bañador precioso y me llegó esta mañana aquí, así que solo me lo tengo que poner.

—Pues yo tendré que pasar a cambiarme, pero saldré un poco antes, voy a casa, lo hago y vuelvo a por ti.

—Perfecto, *Mr. Loren* —empezó a aplaudir emocionada.

Se fue a su puesto y me puse a trabajar toda la mañana lo más deprisa que pude, aunque había adelantado.

Tan tranquilo estaba cuando la puerta se abrió y escuché a Julieta soltar de todo, claro, ahí estaba Abril, que le había hecho caso omiso a ella y entró como alma que lleva el diablo.

—¿Le pasa algo a tu teléfono o te tengo que comprar uno nuevo? —me preguntó Abril, sentándose de brazos cruzados.

—A esta te la echo a hostias —soltó Julieta.

—No hace falta, ya lo hago yo —miré a Abril—. Aquí no pintas nada y que sepas que desde que no te cojo el teléfono es, primero, porque no me interesas y segundo, porque estoy con ella — señalé a Julieta que la miró con una sonrisa maléfica.

—¿Con esta zorra?

—¡Ehhh!, tu puta madre lo será, ¡yo no! —hizo un gesto como para cogerla por los pelos, pero yo me había levantado viendo que se podía liar y la frené.

—No te pongas a su altura —le pedí mirándola a los ojos y suplicándole que se relajara.

—¿Has escuchado lo que me ha llamado? —preguntó ofendida Abril.

—Poco te ha dicho para lo que te mereces —le señalé a la puerta y se levantó enfada, nos miró y...

—No vais a durar ni dos telediarios y uno está a punto de emitirse —miró de arriba abajo a Julieta y salió por la puerta con ese aire altivo y chulesco que la caracterizaba últimamente.

—Le debería de haber quitado las extensiones y llevado a rastras hasta la puerta.

—Que no nos robe la paz, por favor —la besé.

—Paciencia la que estoy sacando para cómo debería de perder los papeles.

—No merece la pena...

—Bueno ya, me voy a currar que, entre el polvo y esto, al final me despiden —salió negando con aires de enfado.

A última hora me fui a casa a cambiarme y volver a por Julieta que ya estaba saliendo de la oficina y se montó directamente en mi coche.

Estaba con una sonrisa de oreja a oreja y no tardó en subir el volumen de la radio, estaba sonando una canción de Carlos Vives.

Cantaba mientras miraba por la ventana y de vez en cuando a mí, que se me caía la baba, lo mío era ya de traca. En ese momento, si me pedía que me casara con ella y tuviera hijos, creo que ni lo duraría.

La llevé al club donde estuve con Estíbaliz la última vez, frente al mar, con unas camas balinesas súper cómodas y un entorno de lo más glamuroso.

—Alucino con este sitio —dijo tirándose en la cama en forma de cruz y sonriendo por la felicidad que le causaba estar allí.

—¿Pescado o carne?

—Pescado, por favor y un buen vino blanco que burbujee en mi garganta con un toque de sabor a frutas.

—Por supuesto —sonreí mientras levantaba la mano al camarero que no tardó en venir a tomarnos nota.

—Lorenzo —joder, era la primera vez que me llamaba así— ¿Sabes que yo tuve un novio que tenía un chiringuito en la playa?

—No, no lo sabía —arqueé la ceja mirándola.

—Pues sí, se llamaba Pablo, bueno se llama, creo que no la palmó.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me los puso con las clientas que regentaban el lugar y que a él le gustaban, por norma general, todas, creo que no dejó títere con cabeza.

—Y por eso lo dejaste...

—Lo pillé una noche liado con una y las manos en los pechos, en fin, le pegué con una botella de ron que pillé a mano e hice que chocaran los dos, luego fue cuando me fui enterando que no solo había sido con ella, sino con medio mundo —volteó los ojos negando y riendo.

—¿Y no volviste a estar más con él?

—¡No! Cornuda, pero no gilipollas.

—Me gusta que pienses así.

—Y mira ahora, con el mayor mujeriego del mundo.

—Eso es un ataque gratuito, sabes que solo tengo ojos para ti y no me veo en otros brazos que no sean los tuyos —le hice un guiño.

—Más te vale, porque te faltaría ciudad para correr y te cogería.

—Lo tendré en cuenta —arqueé la ceja y se hizo un silencio al aparecer el camarero con la

botella, las copas y un entrante.

El vino le gustó, se le notó con ese primer trago que casi la hace gemir a lo loco, me eché a reír al ver su cara con la mano sosteniendo la copa, corrí a inmortalizarla en una foto que aproveché para ponerla de pantalla en mi móvil y a ella se le dibujó una sonrisa al comprobarlo.

Se quitó el vestido y se quedó en bañador, le quedaba de muerte, era precioso, fino y blanco, resaltaba su color moreno muchísimo y sus piernas, esas que me volvían loco y que me pasaría toda la vida mordisqueando.

La comida estaba deliciosa, además la brisilla hacía que pudiéramos estar allí sin pasar calor, pero con una temperatura ideal, así que comimos de lo más cómodos con la mesa que había delante, mirando al mar y con ella al lado. ¿Qué más podía pedir para ese lunes de regreso de lo que fue una de las semanas más maravillosas de mi vida? ¡Nada! En este momento lo tenía todo.

Pasamos la tarde allí, incluso nos dimos un baño, el agua estaba buenísima y ya era hora de ir cogiendo un poco de hábitos de verano pues se nos estaba echando encima.

Ella estaba relajada a pesar de la mañana movidita que habíamos tenido con lo de Abril, si no llego a frenarla le da la de Dios, vamos, que la saca por los pelos de las oficinas, pero es que la otra se la jugaba y bien. No fue acertado llamarla zorra, como tampoco lo que dijo Julieta, pero la habían provocado y se lo buscó solita, podía haberse callado la boca y no haberla encendido más de lo que estaba.

Nos quedamos ahí hasta a cenar, estábamos tan relajados y tan a gusto que era impensable moverse de ahí, al menos hasta después de disfrutar de una ensalada de la casa basada en el salmón que estaba de lo más rica. Ella se quedó encantada, así como con las tostas de anchoas que la dejaron en *shock* y diciéndome que tenía que traerla más a menudo para comerla.

La llevé a su casa y nos despedimos con un beso precioso, la intenté convencer de que se viniera a dormir conmigo, pero no, me puso la excusa de sus trillizos y lo mucho que los echaba de menos. ¿No era para reírse?

Llegué a casa, me duché y me tiré en el sofá con una sonrisa de oreja a oreja, quería que cada día pasara algo especial y que nos uniera más, necesitaba, poco a poco, conseguir que se viniera conmigo y fuera totalmente mía.

Capítulo 29: Lorenzo



La puerta del despacho se abrió y se me dibujó una sonrisa en los labios al ver a mi Julieta con dos cafés que puso sobre la mesa para después venir a mí y regalarme un precioso abrazo, además de un beso que fue la mejor forma de darme los buenos días.

—Ya traigo el bikini puesto para que me lleves a nuestro rincón favorito —sonrió.

—Eso está hecho, si supieras que traje las cosas para cambiarme... —carraspeé.

—Eso es que te hice pasar un día inolvidable, es que te tengo que ir sacando.

—Por cierto, ¿y los trillizos dónde los dejarás?

—Mi padre, se quiere ir con ellos a jugar al fútbol, los recogerá del colegio, así que hoy tengo de nuevo la tarde libre.

—¿Y cuándo tendrás la noche?

—Cuando te la ganes.

—¿Más?

—Te falta mucho, chaval —se tomó el café de un trago y se levantó—. Me voy que tengo que poner al día tantas cosas que voy a terminar necesitando una ayudante, así que ve planteándolo para contratarla.

Y dio un portazo de esos que retumbaron en todo el edificio, pero nada, lo raro hubiera sido que no lo hubiese dado, al final me iba a acostumbrar y todo.

En ese momento atendí una llamada que no debería de haber cogido, y me puso como una moto.

—Escucha, petardo —escuché la voz de Abril en ese tono chulesco—. Esa no es trigo limpio.

—Tú tampoco lo eres...

—Esa es peor, y te lo demostraré.

—Mira, Abril, ve a tocarle las pelotas a tu marido, haz el favor.

—Y a ti, y a ti, no lo dudes, cariño.

—Eres patética —colgué de lo más enfadado.

Vaya cruz me había caído con esa tía.

En fin, que seguí la mañana intentando olvidar ese momento tan feo que quedó tras esa llamada. ¿Pero no tenía a su marido? ¡Qué me olvidara, por Dios!

Julieta no volvió a aparecer por mi despacho en toda la jornada, esa quería librarse de lo que podía volver a suceder.

A la salida entré al baño y me cambié, la vi con cara un poco sofocada.

—¿Qué te pasa? —pregunté abriendo la puerta de su lado del coche.

—Los trillizos, que me echan de menos pero ya les he dicho que hoy toca disfrutar del abuelito, que mañana ya será otro día.

—Siento ser el causante de que su mami no esté con ellos —dije mientras conducía y metiéndome como siempre en el papel de su historia imaginaria.

En ese momento me llamó un cliente potencial, tenía el manos libres y se puso a decirme que mi secretaria le había expuesto algo que, aunque le iba a salir más caro de lo que habitualmente invertía en publicidad, lo había visto una brillante idea.

¿Desde cuándo Julieta hacía esas cosas? La miré sonriendo y ella hizo un gesto con sus dedos de victoria, desde luego que tenía mucha genialidad y no solo para inventarse ser una viuda con trillizos, sino también para conseguir una mayor publicidad que generaría un pastizal bastante fuerte de beneficios.

—Jefe, me debes hoy la botella más cara del restaurante —rio emocionada cuando colgué la llamada.

—Desde luego que acabas de compensar todos los gastos que me llevas acarreado desde la semana pasada.

—¿Qué dices? Eso era un extra por estar disponible para ti durante las veinticuatro horas.

—Te ahorraste trabajar...

—¡De eso nada! Anda que no me diste trabajo y dolores de cabeza.

—¿Qué dices? —reí.

—Venga, Lorencito, que resulta que soy un chollo para tu vida y la empresa.

—Bueno, eso debo de reconocer que también.

—Encima te cuido como nadie...

—Y me das para el pelo.

—Lo que te mereces, y poco te doy. Anda, mira para adelante que lo que me faltaba es que me pusieras en riesgo.

—Por nada del mundo.

—Bueno, no lo tengo eso tan claro...

—¿No confías en mí? —carraspeé.

—Ciegamente no, eso tenlo claro —rio con ironía.

—Bueno, vamos a disfrutar de otra tarde merecida.

—La que me la merezco soy yo, que te cerré un trato millonario.

—Tienes razón —le eché el brazo por encima y anduvimos hasta esa cama que tanto le gustaba a ella.

Nos trajeron una botella de vino y anotaron la comida, Julieta fue a darse un baño, yo la esperé mientras la observaba embobado, me encantaba todo lo que ella era para mí. Además de preciosa, era esa luz que faltaba a mi vida y que tanto renegué por no haber dado con la persona idónea y esa había resultado ser Julieta.

Mi hermana me llamó en ese momento, estaba feliz pues en nada llegaba su chico y decía que lo echaba de menos, otra que estaba viviendo un momento de lo más dulce.

Aproveché para llamar a Víctor, me contó que seguía con esa chica y que no podía más, que tenía que hacer algo, pero no llegaba a hacerlo. Decía que sí, pero volvía a caer y eso le iba a pasar una factura muy grande a su relación, pero lo peor de todo es que no lo superara ocasionando así el perder a Susy y luego se diera cuenta de lo que había perdido, cosa que le

solía pasar a la mayoría de los hombres.

Trajeron la comida justo cuando Julieta venía con una sonrisa llena de energías que le había chutado ese mar que lucía de lo más lindo y solitario, lo bueno de aquel lugar es que accedían pocas personas a él y eso lo hacía mágico y especial.

—Te has perdido un pedazo de baño.

—Bueno, luego repites y aprovecho para ir.

—No, conmigo ni a la esquina —me besó riendo y luego cogió un trozo de choco frito y se lo metió en la boca.

—Conmigo hasta el infinito —la miré a modo de protesta.

—Me lo pensaré, te lo tienes que seguir ganando, *Mr. Loren*.

—Creo que hace mucho que lo gané, pero tú te haces la sueca.

—¡Sí claro, la sueca! Ahora soy internacional —se sentó a mi lado y cogió la copa de ese vino que tanto le gustaba.

En esos momentos me daban ganas de echarla hacia atrás y hacerle mínimo lo que le hice el día anterior sobre la mesa de mi despacho, pero claro, estábamos a la vista de más gente y me tuve que contener, pero que estaba deseoso de hacerla mía, no cabía la menor duda.

Nos tiramos unas fotos chulísimas mientras comíamos, ella llevaba una especie de trípode para el móvil y fue coser y cantar, una maravilla de imágenes de las cuales tenía claro que imprimiría algunas para mi casa, algo que de Viena tenía pensado hacer para ponerlas en mi despacho. Había muchas que eran de lo más bonitas y adecuadas para tenerla ahí, para recrearme mirándolas mientras trabaja.

Mis padres querían que el fin de semana fuéramos a su casa a comer, cosa que a Julieta le puso muy nerviosa, decía que le daba mucha vergüenza, pero estaba claro que iba a ir.

En mi familia estaban al día de lo que había surgido entre nosotros, entre mi hermana, que era una lengua larga y una soñadora que les había contado todo como una película de *Disney* y yo, que no les pude negar nada cuando me preguntaron, estaban deseosos de recibirnos juntos.

Mis padres siempre nos habían dicho a mi hermana y a mí, que la vida con amor es mucho más bonita, que no es lo mismo estar solo que tener un pilar, que toda persona necesita de su media naranja y quien no lo ve así es porque no conoció a la persona adecuada.

Para mí ellos eran un pilar muy importante en mi vida, pero, sobre todo, el ejemplo de amor, fidelidad y lealtad que dos personas podían tener.

Me quedé un rato ahí pensando en esas cosas mientras miraba al mar y saboreaba la copa de vino, comer no quería más, me había quedado bien satisfecho, aunque Julieta seguía comiendo plácidamente, eso sí, ella era más lenta, mejor para una buena digestión.

Nos tumbamos a reposar la comida y nos quedamos dormidos un buen rato, cuando abrí los ojos pedí unos cafés mientras ella seguía ahí plácidamente descansando y pasando del mundo, pero fue oler el café y levantarse como si no hubiera un mañana, era como yo, de chutes de cafeína.

La llamaron por teléfono y les pasaron a los niños, me tuve que poner a llorar de la risa al escucharla echar una bronca a cada uno de ellos y es que la jodida lo bordaba, lo mejor de todo es que esos niños le seguían el rollo en todo, a saber, con qué los tenía sobornados para que siempre estuvieran tan dispuestos a meterse en el papel de ser sus hijos.

—Te juro que no puedo tener una tarde tranquila, estos niños son la hostia, ahora diciéndome que querían que les recogiera para llevarlos al cine. ¡Para cine estoy yo! Que tranquilo está su padre —miró al cielo haciendo un gesto de regañina— y que momentos de estrés se quitó del

cuerpo.

—No mujer, seguro que le gustaría estar disfrutando de sus maravillosos hijos —como siempre me metí en su historia haciendo creer que no sabía nada.

—Bueno, también, pero se ahorró varios sofocones. Vamos a bañarnos.

La seguí riendo y la cogí en brazos, corrí con ella hacia el agua mientras me soltaba un montón de insultos.

—¡Capullo! ¡Ni se te ocurra! ¡Me tengo que santiguar o moriré ahogada! ¡Tus muer...! ¡Suéltame! ¡Te juro que te mato! ¡Desgracia...!

Ya la sumergí conmigo cuando nos habíamos adentrado bastante, ni frío, ni calor ni nada, para dentro como los guerreros.

—Tampoco fue para tanto —me reí.

—Mira, *Mr. Gilipollas*, de verdad, que rabia me da —se santiguó.

—¿Eres muy creyente?

—Nada, pero supersticiosa un huevo y desde chica me inculcaron a hacerlo así que por si acaso... De todas formas, no me cambies el tema, eres un cabronazo, no me gusta entrar así de buenas, se me puede cortar la digestión o darme algo por el cambio de temperatura —me regañaba con un cabreo monumental.

—Bueno, ya pasó —no podía dejar de reír.

—¡Idiota!

Se puso a nadar y adentrarse un poco más, yo la miraba sonriente, era como una sirenita de esas que quieres capturar y comer, pero no, había que dejar que nadara y se le pasara el enfado de mi gracia, que solo era eso, una gracia que a ella no le había hecho ni la más mínima.

Por la cabeza solo se me pasaba en ese momento el verano, quería hacer algo especial con ella de una o dos semanas, llevarla a Las Maldivas, Seychelles, Mauricio, Tahití o algún lugar así paradisíaco donde disfrutaríamos los dos solos, del mar, del espectáculo de la naturaleza y de nuestra historia.

Me lo iba a comenzar a plantear seriamente esos días y mirar alguna cabañita en el mar en algún complejo de esos que no le faltan todo tipo de comodidades.

Me apetecía estar en un lugar así disfrutando de un buen vino, una estupenda comida, un cóctel, sin mirar el reloj ni las responsabilidades, babeaba solo de imaginarlo y estaba claro que lo iba a hacer. No me cabía la menor duda de que ella lo disfrutaría seguro.

Es más, mi mente volaba más allá, me veía recorriendo el mundo junto a ella, Camboya, Vietnam, New York, Australia...

Y para ir más lejos, hasta me imaginaba nuestra boda y la posterior luna de miel. ¿Cómo era posible en tan poco tiempo estar fantaseando con toda una vida a su lado y sin la más mínima visión de que fuera de otra forma?

El amor es eso que llega cuando menos lo esperas y me acordaba mucho esos días de esa frase que me dijo mi madre a lo largo de muchos años, como que me cogería desprevenido y comenzaría a disfrutar de la vida de otra manera más bonita, más especial, otra etapa muy diferente.

Ahora sabía de lo que hablaba y cuánta razón tenía cada vez que me lo decía, lo estaba viviendo tal cual, ni más ni menos, de improvisto y en otra dimensión, así me sentía ahora.

Tras el baño nos secamos y nos fuimos de allí, estuvimos un rato paseando y luego cenamos en una terracita de la calle principal del casco antiguo, así que terminamos de bordar el día antes de dejarla en su casa, que fue cerca de las once de la noche.

En mi casa miré el móvil y tenía diez mil mensajes de Abril desde otro teléfono, no había bloqueado más números en mi vida que en los últimos diez días, pero parecía que tenía tarjetas de todos los números y colores. ¡Qué cansina!

Si fuera al contrario ya me habría puesto de acosador y de mil cosas más, yo sin embargo me las tenía que tragar y digerir sin más.

El fin de semana iba a estar movido así que no dejaba de darle vueltas a la cabeza de que fuera un poco más y es que aparte de ir a comer con mis padres, la iba a sorprender con lo del viaje, quince días en una isla paradisíaca...

La acababa de dejar y ya la echaba de menos...

Esperaba que el fin de semana lo pasara entero conmigo, es más, le iba a dar hasta doscientos euros para que le pagara a alguien para quedarse con los niños, así le hacía la película más emocionante e incluso me agradecía el gesto, luego que hiciera con el dinero lo que quisiera, pero que se viniera conmigo o me iba a dar un chungo. Era muy triste dormir sin ella, fue probar eso y ya necesitarlo como una medicina para curar el mal.

Me acosté viendo destinos en el móvil, algunos *resorts* exclusivos por aquellos lugares, había muchos, pero yo quería dar con el perfecto, quería sorprenderla con lo más bonito que hubieran visto sus ojos en cuestión de entorno, quería que se le quedara grabado para siempre en las retinas.

Encima en esos lugares te preparaban bodas simbólicas, la podía sorprender con un primer compromiso no oficial que viviéramos los dos, más adelante, ya si se daba el caso, que rezaba porque sí, lo haríamos con los nuestros y de forma oficial, pero podía ser una gran idea lo de hacer una primera este verano. Me estaba emocionando de pensarlo, además se lo pediría en el mismo destino, con una cena de esas románticas en primera línea de playa, pegados a la orilla y bajo la luz de la luna.

Joder, no sabía que yo era tan romántico, ni mucho menos que me pudiera volver tan soñador y con ganas de sorprender. ¡Quién me ha visto y quién me ve!

Era increíble sentir cómo había cambiado mi vida, cómo todo se había vuelto diferente, era más divertido, más bonito y de todo esto solo había una culpable, una mujer que era el motor de mis días y no podía ser otra que mi amada Julieta...

Capítulo 30: Julieta



Decir que estos dos días de atrás con Lorenzo habían sido los mejores de mi vida, era quedarme corta, sin ninguna duda.

El lunes no llegué a la oficina hasta las diez, tal como me había ordenado en su mensaje la noche del domingo y cada vez que le veía pasar por delante de mi escritorio, me daba un vuelco el corazón.

Vamos, que estaba pillada por mi jefe, no, súper pillada, pero no perdí mi ritmo de secretaria eficiente, que a la oficina se venía a trabajar y punto final.

—Buenos días, Julieta —saludó Estíbaliz a media mañana llegando a mi puesto.

—Buenos días. ¿Vienes a ver a tu hermano?

—Sí, para una cosa rápida. ¿Está disponible?

—Sí, pasa —le dije sonriendo.

Ella entró sin llamar, como siempre, y es que, según Estíbaliz, donde hay confianza da asco, así que no era necesario.

Volví a mi trabajo, organizando la agenda de Lorenzo para la semana siguiente, con varias reuniones, desayunos y comidas.

Escucho el ascensor y me giro para ver al cartero, que trae un buen montón de sobres. Tras firmar un par de certificados, los voy seleccionando en montones de facturas, publicidad y cosas importantes hasta que veo uno del juzgado.

Lo abro porque quizás sea algo de lo que yo pueda encargarme, y me quedo a cuadros al leer que es por una demanda de paternidad contra Lorenzo.

¿Tiene un hijo y no me lo ha contado? No puede ser...

Leo la carta y compruebo que aún siguen con pleitos porque la madre no quiere que Lorenzo se haga las pruebas de paternidad, que es lo que él le pide.

Me pongo en pie y voy al despacho, llamo un par de veces porque cuando está con alguien nunca entro sin llamar y una vez que le escucho darme paso entro.

—Han traído correo —dije con una leve sonrisa al verle a él mirarme como si fuera una joya.

—Bien, déjalo en la bandeja —me pide.

—Lorenzo, esto... —no sé ni cómo decírselo, así que respiro y hablo al fin— Lo siento, no debería haberla abierto —confesé entregándole la carta—. Es del juzgado, por una demanda de paternidad.

Al escucharme, se le abren los ojos como platos y el rostro le cambia, de hombre amoroso y enamorado, a jefe cabreado.

—Ya no tiene vuelta atrás. Siéntate, por favor —me pide señalando la silla.

Lo hago y le veo leer lo que contiene la carta. A cada pocos minutos niega con la cabeza, se pasa la mano derecha por el pelo, alborotándolo, y cuando acaba la deja sobre el escritorio.

—Sigue negándose, ¿verdad? —pregunta Estíbaliz.

—Sí —responde él, y entonces me mira y sonrío de medio lado—. Una mujer con la que estuve hace años, que asegura que soy el padre de su hijo, pero es que no se parece a mí en nada.

—Es demasiado moreno, no tiene el pelo como nosotros, ni como la madre, vamos y encima dice que ha tenido que salir a la abuela materna. ¿Te lo puedes creer? —dice Estíbaliz, levantando las manos.

—Espero que acabemos pronto con esto, porque me voy a volver loco. Ya llevamos demasiado tiempo aplazando las cosas —protesta Lorenzo.

—¿Cuánto es demasiado tiempo? —pregunto, curiosa.

—El niño tiene tres años y ella lleva así desde que estaba embarazada de cuatro meses —me responde Estíbaliz.

—¡Oh! —dije sin más.

—Sí, ¡oh! —murmura Lorenzo.

Estoy a punto de volver a mi puesto cuando me empieza a sonar el móvil, cosa rara porque normalmente solo me mandan mensajes. Me disculpo con ellos y salgo tan rápido como puedo para cogerlo al ver que es Marina.

—¡Hola, reina mora! —saludo, feliz.

—¡Julieta, escucha! —grita ella, lo que hizo que me pusiera tensa en el instante—. Necesito que recojas a los trillizos, por favor. Te los están llevando mis padres.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, empezando a asustarme de verdad.

—Álvaro ha tenido un accidente, estaba trabajando y... —dice, pero enseguida se le quebró la voz— Voy al hospital, por favor, llévate a los niños.

—Tranquila, llamo a tu madre y bajo a por ellos.

—Muchas gracias, Julieta, de verdad.

—¡Anda, boba! Oye, llámame en cuanto sepas algo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. Te quiero.

Ni tiempo me da para contestar, me cuelga enseguida. Llamo a su madre y me dice que están llegando, así que dejo un momento mi puesto, ante la mirada preocupada de Lorenzo y Estíbaliz, y bajo en el ascensor a recoger a mis niños.

Poco después aparecen los padres de mi amiga con ellos, que corren hasta llegar a mí y me abrazan. Les digo que no se preocupen, que me hago cargo de ellos y que los llevaré a casa de mis padres. La madre de Marina, con los ojos vidriosos por contener las lágrimas, me lo agradece.

—Tía Juli, ¿vamos a comer en tu casa? —pregunta Miguel.

—Sí, cariño. Es que se han tenido que ir al médico con la tía y papá, pero antes de la noche os recogen.

—¿Vamos a ver a tu jefe? —ahora es Álvaro quien pregunta.

—Ajá y tenéis que hacerme el mismo favor que el otro día, ¿vale?

—Vale, pero nos compras un helado el próximo día que vayamos al centro comercial —pide Rodrigo.

—Eso está hecho, campeón. Venga, a mi oficina.

Subo con ellos en el ascensor, que no saben que su padre ha tenido un accidente y empiezan a planear la tarde tan divertida que van a tener conmigo, vamos, que después de comer con mis padres, quieren que los lleve al parque a jugar al fútbol con sus amigos y luego a merendar.

Cuando el ascensor para en mi planta, les pido que se porten bien y ellos asienten y sonrían, poniendo una cara de buenos que no se la creen ni ellos.

—Venga, sentaros ahí y no hagáis ruido, ¿vale? —les pido, y ellos obedecen.

Cuando Lorenzo nos ve a los cuatro, arquea una ceja poniéndose en pie haciendo que su hermana le siga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta llegando a mi escritorio.

—Es que mi madre tenía médico y la chica que se queda con ellos ha tenido una emergencia —digo, con una sonrisa esperando que no me cayera mucha bronca.

—Hola, chicos —dice Estíbaliz— ¿Queréis dibujar?

—¡Sí! —responden ellos al unísono.

—Pues venid conmigo, que al fondo del pasillo tenemos un armario lleno de cosas para que dibujéis.

Miro a Estíbaliz y sonrío, agradeciéndole en silencio que se los lleve. Lorenzo los contempla y cuando ya no pueden vernos me coge de la mano para llevarme a su despacho.

—¿Estás bien? —pregunta abrazándome pues sé que me ha notado nerviosa y temblando.

—Sí.

Pero no lo estoy, puesto que no sé realmente qué es lo que ha pasado, cómo ha sido el accidente de Álvaro, si está bien o...

No, no quiero pensar en lo peor, no puedo hacerlo. Álvaro es fuerte y él mismo no consentiría que sus hijos se quedaran solos.

—Julieta, estás temblando —me dice acariciándome la espalda.

—No es nada, de verdad. Creo... Creo que estoy incubando algo. Será un resfriado, seguro.

—Sabes que puedes contarme lo que sea ¿verdad? —pregunta cogiéndome el rostro con ambas manos para que le mire a los ojos.

—Que sí, coño, que te he dicho que estoy bien. ¡Ah! Qué hombre más cansino con la preguntita —miento, no quiero seguir haciéndolo, pero no es el momento de contarle la verdad sobre los trillizos.

Me abrazo a él, posando mi mejilla sobre su hombro, mientras me acaricia la espalda con sus manos. Estar así con él me hace sentir mejor, solo necesito unos minutos a su lado para que todo lo que me rodea desaparezca, para que todo lo que ocupa mi cabeza últimamente quede olvidado, aunque sea tan solo por un breve instante.

—¿Quieres que los llevemos a comer a algún sitio? —dice Lorenzo, haciendo que regrese del lugar al que me habían llevado mis pensamientos.

—No, tranquilo, nos iremos a casa de mis padres.

—¿Y si te digo que quiero invitaros a comer a los cuatro? No puedes negarte. Venga, me muero por una hamburguesa —dice guiñándome el ojo.

¿Cómo iba a decirle que no si me miraba de ese modo, si solo con una sonrisa suya ya me tenía ganada? Y, para colmo, quería ir a comer con mis hijos. Tres niños de cinco años algo revoltosos que no quedarían satisfechos solo con ir a un *burger*, sino que además pedirían alguna otra cosa.

—Avisa a tu madre, que hoy coméis conmigo —dijo, y en su tono de voz no había opciones para replicar nada. Me besa en los labios y se aparta, girándose para ir a su escritorio—. Recoge ya, que nos vamos.

—Pero... tengo que organizar tu agenda para la semana que viene —digo recordando lo que estaba haciendo cuando me llamó Marina—. Lo acabo y nos marchamos, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero date prisa. Deja la puerta abierta, así veo cuándo acabas.

—¡Sí, jefe! —lo saludo con un gesto militar y vuelvo a mi puesto.

Estíbaliz venía por el pasillo con los niños, cada uno con unos cuantos folios y algunos marcadores fluorescentes, que me enseñaron sonrientes mientras pasaban por delante de mi escritorio siguiendo a su nueva amiga, que se los llevó en el ascensor hasta su despacho.

Por más que le dijera que conmigo estaban bien, ella insistía en llevárselos, de modo que, antes de marcharnos tocaría ir a recogerlos.

Me di prisa en organizarlo todo, dejando tiempo suficiente entre una reunión y otra, ya que en el mismo día podía tener cuatro citas con clientes y debía dejar ese margen por si había imprevistos y que llegara puntual.

Cuando Lorenzo me ve empezar a recogerlo todo, sonrío y lo hace él, cinco minutos después estamos en el ascensor, donde me besa como si hiciera siglos que no lo hiciera.

—¿Duermes esta noche conmigo? —me pregunta, y es que, igual que había hecho el domingo por la noche, tanto el lunes como ayer me pidió que me fuera a su casa, pero no quería andar con explicaciones a mi padre por el momento, ya habría tiempo de que supiera que tengo novio.

—Pero tú, ¿qué te crees, que vamos a estar todos los días de refriego o qué? A lo mejor, si te lo curras mucho, puede ser que el viernes si me apetece... ¡Hum! ¿Quién sabe?

—¿Te vas a hacer mucho de rogar?

—Tal vez un poquito —dije antes de salir del ascensor.

Entramos en el despacho de Estíbaliz y me quedo loca al ver a los tres, sentados cada uno en una parte del escritorio, dibujando en silencio mientras ella trabaja en el ordenador.

—No puede ser... —digo, en apenas un susurro, pero que Lorenzo escuchó perfectamente.

—¿Qué no puede ser?

—¡Míralos! No suelen ser tan tranquilos con gente que no conocen.

—Será que les cae bien mi hermana.

—¿Les habrá dado chucherías? —pregunto, entrecerrando los ojos al tiempo que miro el escritorio por si había alguna bolsa de su vicio.

—No lo creo.

—¡Ah, ya estáis aquí! —dice Estíbaliz— Tienes unos hijos de lo más tranquilos y obedientes. ¡Me he enamorado de los tres! —exclama poniéndose en pie.

—¿Se han portado bien? —pregunto, porque de verdad que, si no lo veo, no lo creo.

—Sí, son un encanto. Miguel es el más tranquilo, ¿a que sí?

—Sí, el más revoltoso es Rodrigo.

—Empezaron un poquito alborotados, pero se calmaron enseguida. Adoro a mis nuevos sobrinos —dijo acercándose a Lorenzo—. Hermano, te los vas a ganar enseguida, ya verás —le aseguró dándole un beso en la mejilla.

Estíbaliz se despide de los niños, que le preguntan si pueden venir otro día a verla a lo que ella responde sonriente que sí y se marcha.

Les digo a mis niños que vamos a comer con Lorenzo que también quiere hamburguesa y ellos empiezan a saltar de lo más contentos. Madre mía, su padre nos los quita cualquier día porque no

quiere que coman tanta comida rápida, pero es que una vez al año, no hace daño.

Dejamos mi súper “cuqui” Escarabajo rosa allí y vamos en el flamante coche de Lorenzo hasta el centro comercial. Mis niños están encantados con su nuevo amigo Loren, para mí que no van a dejar de pedirle cosas en cuanto lleguemos a la hamburguesería. ¡Cómo se nota que han salido a mí! ¡Soy igual!

Nada más bajarnos, Álvaro y Miguel me cogen la mano, mientras que Rodrigo va por libre, como siempre. Es el mediano, pero con eso de que es el más revoltoso y al que más caso suele hacer su padre, asume el papel de mayor que da gusto, y claro, dice que puede ir andando sin agarrar la mano de nadie.

Una vez llegamos al paraíso de la comida grasienta, Lorenzo se ofrece para ir a pedir, pero le digo que se quede con los niños en la mesa, porque no quiero que se sorprenda de la de cosas que hay que decir.

Y es que, cada uno de estos tres tiene alergia a una cosa diferente, vamos que es una pequeña odisea cuando los llevamos a comer a cualquier sitio.

Álvaro toma productos sin lactosa, así que nada de queso para él.

Rodrigo es alérgico al pepinillo y Miguel al tomate.

Pido los menús, recalcando que me especifiquen cuál es cada uno y voy a la mesa con las bebidas hasta que nos llamen para ir a recogerlo.

—¿De qué habláis? —pregunto al ver que los tres se reían con Lorenzo.

Me siento al lado del rubio de mis amores que me recibe pasando el brazo por mis hombros y un beso en los labios, que hace que los tres diablillos vuelvan a reír.

—Lorenzo ha dicho que después nos lleva a los recreativos —contesta Miguel, de lo más feliz.

—Sí, va a jugar una partida con cada uno a los coches, le vamos a ganar —dice Rodrigo.

—Eso está por ver, chicos. Seguro que os gano, soy bueno pilotando.

—Pero eres viejo, no sabes jugar a la consola.

Miro a Álvaro y escucho a Lorenzo reírse a mi lado, al menos no se ha enfadado por llamarlo viejo.

—No soy tan viejo, ¿o veis que lleve bastón como los abuelos?

—No, eso no —respondieron los tres.

Cuando escucho mi nombre, Lorenzo me pide que me quede ahí y va a por la comida y al volver deja cada caja correspondiente delante de los trillizos y es que la chica ha puesto los nombres tal como le pedí.

Comemos escuchando las historias de mis niños, esas que ya me sé de memoria de las veces que las han contado, como el día que su amigo Arturo se quedó atascado en uno de los columpios del patio del cole y ellos intentaron ayudarlo a salir, pero no pudieron.

Lorenzo se ríe con ellos como si los conociera de toda la vida y mis niños están de lo más entregados a él. Desde luego, se han ganado mutuamente en poco tiempo.

¿Qué pasará cuando le cuente la verdad? ¿Que no son míos, que solo soy su tía postiza, pero que los quiero como si llevaran mi propia sangre?

Miro a Lorenzo que al sentirse observado ladea la cabeza y tras una amplia sonrisa me da un beso.

Mis tres trastos sonríen de ese modo que todos lo hacemos cuando, siendo niños, vemos a dos adultos besarse y cuando les miro uno a uno susurran eso de “sois novios” y no puedo evitar soltar una carcajada.

No cambio a mis tres sobrinos postizos por nada del mundo, por ellos, y por cualquiera de los

míos, doy la vida y mato a quien sea que les haga el más mínimo daño.

Salimos camino de los recreativos y me sorprende al ver que Rodrigo, ese que se auto proclama el mayor de los hermanos, le coge la mano a Lorenzo que me mira sonriendo y con los ojos muy abiertos. Miguel, quien va cogido de mi mano izquierda, también entrelaza su pequeña manita con la de Lorenzo, en la que prácticamente se pierde.

Vamos hacia los recreativos ganándonos la mirada de la gente y es que somos una estampa digna de ver.

Lorenzo con traje y corbata, yo con falda, camisa y mis tacones, llevando a tres niños igualitos de la mano, cambiando cada poco al que va entre nosotros ya que todos quieren que les hagamos volar, como ellos dicen, cogidos de nuestras manos.

Una vez llegamos a la zona donde ellos van a disfrutar como enanos, les dejo con Lorenzo mientras me quedo fuera para poder llamar a Marina, y es que sigo sin tener noticias suyas.

—Hola, Julieta —responde y la noto con voz de haber llorado y mucho.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Y Álvaro, sabéis algo?

—Está... mal, Julieta. Está mal —responde volviendo a llorar—. Iban en el coche patrulla siguiendo a alguien que había atracado una farmacia y en una rotonda, el camión que estaba circulando no los vio llegar y chocó contra ellos. Julieta, si le pierdo...

—¡No!, ¿me oyes? ¡No digas eso, no vamos a perder a Álvaro!, ¿estamos? Ese hombre se desvive por sus hijos, no los va a dejar, ya te lo digo yo y como se le ocurra, es que soy capaz de ir a ese hospital y liarme a golpes en su pecho hasta que le vuelva a latir el corazón.

—¡Ay, Julieta!

—No me llores, anda, que te me pones fea. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, dentro de lo que cabe. Mi madre no ha parado de llorar.

—Como tú, que te conozco yo a ti, chiquilla —dije y al menos conseguí sacarle una carcajada

—¿Habéis avisado a sus padres?

—No, aún no. Hasta que no me digan algo más no quiero llamarles.

—Si me necesitas, me lo dices y voy, ¿vale?

—Lo sé, pero de momento quedaros con los niños en tu casa, por favor.

—No te preocupes, cariño, que sabes que Esperanza los cuida como si fueran míos.

—Sí, tu madre es más abuela de mis sobrinos que la madre de Álvaro.

—Oye, te dejo que voy a entrar a los recreativos, que nuestros niños están solos con Lorenzo.

—Pero, ¡qué me dices!

—Sí, hija, sí, que el jefe quiso llevarnos a comer y mira, hamburguesas para todos.

—¡Ay madre, esos tres son un peligro! Se camelan a cualquiera, Julieta.

—¿Y qué quieres? Si se pasan la vida con sus tías favoritas —dije riendo.

—También es verdad.

—Te quiero, mi chica guapa de España.

—Y yo a ti, rebonita mía.

Cuelgo con la satisfacción de que al menos esta breve conversación le ha venido bien a mi amiga y le he sacado unas risas, cosa que siempre sucede cuando hablamos de nuestros trastos favoritos.

Entro y me encuentro a los niños dando saltos de alegría y a Lorenzo mirándolos con el ceño fruncido y cruzado de brazos. Verle a él, tan alto y corpulento, con esos tres pequeñines alrededor, es un contraste de lo más divertido.

Y los niños le quedan bien, muy bien, de hecho. Puedo imaginarlo cogiendo en brazos a sus

propios retoños, un niño y una niña rubios como él y su hermana Estíbaliz, con los ojos claros y esa preciosa sonrisa que tiene Lorenzo.

Cuando me ve sonrío de medio lado y me tiende la mano para entrelazarla con la mía, me acerca a él y me besa la frente.

—Estos tres diablillos me han dado una paliza a los coches en un momento de nada. ¿Qué les dais de comer? Menudos reflejos tienen —dice entre risas.

—Es lo que tiene estar todas las tardes un rato sentados delante de la videoconsola. En vez de hacer caso y jugar a otra cosa.

—Desde luego, veo a estos tres ganándose la vida como pilotos de carreras y sin problemas, te lo aseguro.

—De eso nada, dicen que van a ser policías, como su padre —dije mirándolos y al recordar a Álvaro me estremezco.

Mi amigo está en un hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte y sus hijos aquí, ajenos a todo. Es mejor así, aún son pequeños para saber algunas cosas. Me acerco a ellos y nos damos un abrazo de los nuestros, de esos cargados de amor y cariño que tanto nos reconfortan cuando lo necesitamos.

Noto que se me humedecen los ojos y parpadeo varias veces evitando así derramar las lágrimas que ahora mismo quieren salir.

Me recompongo y tras tranquilizarme me giro encontrándome con Lorenzo que me coge por las caderas y pega la frente a la mía.

—Estoy aquí para ti, Julieta, no lo olvides. Siempre me vas a tener.

Asiento, cierro los ojos y respiro hondo el aroma que desprende.

Los niños empiezan a pedir helado, así que salimos de la zona de juegos para ir en busca de esa heladería que tanto nos gusta visitar cuando venimos con Marina.

Como siempre, tres bolas con nata y sirope para ellos, yo me pido una tarrina de helado de frambuesa y Lorenzo una de turrón.

Nos lo tomamos mientras ellos hablan con Lorenzo de lo mucho que les gusta el fútbol, incluso Miguel asegura que cuando sea mayor, además de policía, le gustaría ser futbolista.

Una vez acabamos, Lorenzo nos lleva a casa de mis padres, asegurándome que no me preocupe por cómo iré al trabajo al día siguiente cuando recuerdo que mi coche se quedó en la oficina, ya que él vendrá a recogerme para que lleguemos juntos.

Llamo al telefonillo y cuando mi madre contesta, le pido que abra para subirle a los niños.

Lorenzo se queda mirándome con el ceño fruncido y le aseguro que no tardo en bajar.

—¡Mis amores! —grita mi madre al verlos dándoles un achuchón— Hija, ¿no entras?

—Enseguida subo, mamá, voy a hablar con Lorenzo que está abajo.

—Son novios, abuela —susurra Miguel con una sonrisa.

—Sí, mi niño, la tía se ha echado un novio muy guapo. Anda, ve a despedirle.

—No tardo, de verdad —dije dándole un beso a mi madre.

Entro en el ascensor y voy pensando si contarle la verdad ahora, aunque creo que es mejor hacerlo cenando, los dos solos y en un lugar tranquilo.

Cuando abro la puerta del portal le veo apoyado en su coche trasteando en el móvil.

—Ya estoy aquí.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, tranquilo. He prometido no tardar así que...

—Lo sé —susurra abrazándome—. No quiero excusas para que te vengas la noche del viernes

conmigo, ¿de acuerdo?

—Lo pensaré.

—No, lo pensarás, no —respondió frunciendo el ceño—. Quiero pasar tiempo contigo, echo de menos los días en Viena.

—Yo también —reconozco apoyando la mejilla en su pecho—. Pero esta es nuestra realidad, ya sabes. Trabajar, la familia...

—Tendremos que ir planeando un viaje para el mes que viene. Al menos así me aseguro el tenerte una semana entera para mí solo.

—¡Eres de lo que no hay! —protesto riendo.

—Pero te gusto tal cual.

—Eso sí, y mucho —respondo poniéndome de puntillas para darle un beso—. Lorenzo... Hay algo que quiero contarte, pero necesito que sea en un lugar tranquilo, los dos solos y que me prometas que no te vas a enfadar conmigo.

—¿Tan grave es? —pregunta arqueando una ceja.

—Depende de cómo te lo tomes. A ver, no he matado a nadie —dije levantando las manos provocándole una carcajada.

—Y, ¿por qué no me lo cuentas ahora? Estamos solos y aunque posiblemente haya alguna vecina cotilleando en la ventana para después hablar de la joven Julieta, esto está tranquilo.

—No, de verdad, aquí no. El viernes, cenamos juntos y si después de lo que tengo que contarte aún quieres que me quede en tu casa, prometo que paso la noche contigo y el fin de semana entero si me lo pides.

—Hecho, te tomo la palabra, pero desde ya te digo que sea lo que sea que vayas a contarme, no me importará y te voy a tener todo el fin de semana para mí. Lo has prometido —dijo señalándome con el dedo.

—Sí. Ahora me subo, nos vemos mañana.

—Te recojo a las siete y media, ¿de acuerdo?

—Genial. Buenas noches, mi jefe mandón —dije antes de despedirme.

—Buenas noches, mi maravillosa secretaria.

Ya en casa, llamo a Marina para ver si hay noticias y me dice que Álvaro está grave, pero al menos le han estabilizado, le han operado una pierna que no va a perder pero que necesitará mucha rehabilitación además de cortar la hemorragia interna que tenía, así que, las próximas horas serán decisivas. Marina va a pasar la noche en el hospital, sus padres se marchan a casa y le digo que los niños se quedan aquí.

No es la primera vez así que tenemos algo de ropa suya para casos de urgencia.

Me despido de ella y cuando le digo a mis tres trastos que duermen con nosotros, gritan locos de contentos porque disfrutan con las historias que mi padre les cuenta antes de dormir.

Voy a mi dormitorio pensando en el viernes, en que ya ha llegado el momento de que le cuente la verdad a Lorenzo, no solo lo de los trillizos, sino todo lo que me trae de cabeza desde hace meses.

Espero que no se enfade por la pequeña mentirijilla de que soy una viuda madre de trillizos. Siendo como es y conociéndolo un poco como lo hago, se reirá de eso.

Y después un fin de semana completo con él, los dos solos, como estuvimos en Viena.

Capítulo 31: Julieta



Termino mi desayuno y antes de irme paso por el antiguo dormitorio de Susy para ver cómo están los pequeñajos. Son una estampa que te hacen sonreír, aunque no quieras. Cada uno en una postura, durmiendo a pierna suelta en una cama de matrimonio.

Camino despacio, procurando no hacer ruido para no despertarlos y dejo un beso en sus cabecitas. Los padres de Marina vendrán a recogerlos a las nueve, según me dijeron cuando hablamos anoche, así que dentro de un rato mi madre los pondrá en marcha para que se vayan desayunados.

A las siete y media, tal como dijo Lorenzo ayer al despedirnos, está esperándome en el coche.

Entro, me recibe con un beso y ese “buenos días” sonriente que me alegra las mañanas.

Antes de subir, pasamos por la cafetería que hay a pie de calle de nuestro edificio y me invita a un café.

—¿Qué tal los niños? —pregunta cuando nos sentamos.

—Bien, cayeron rendidos enseguida, mi padre ni acabó de contarles la historia.

—Son unos críos estupendos.

—Gracias. A veces es complicado hacerse con los tres, pero, aunque tienen ese punto de diablillos, son muy obedientes — le aseguro y es que nuestros trastos, en el fondo, son unos niños buenísimos.

Terminamos el café y vamos a empezar la jornada, hoy será un día tranquilo porque apenas tiene una reunión y no saldrá de la oficina.

Sergio nos saluda cuando llegamos y entra con Lorenzo en su despacho para hablar de algunos empleados nuevos que están a punto de contratar.

Ocupo mi puesto y una vez el ordenador está encendido, me pongo en marcha.

Contestar *e-mails*, revisar contratos, atender llamadas y programar citas nuevas para dentro de dos semanas.

Así paso las primeras horas hasta que me llama mi madre para decirme que los niños se han marchado y aprovecho para hacer un pequeño descanso.

Voy a prepararme un café mientras marco el número de Marina, necesito noticias y espero que

sean buenas.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —pregunto nada más escuchar su voz.

—Cansada, no he dormido nada.

—¿Y Álvaro? Dame una alegría, anda... —le pido sonriendo.

—Ha superado la noche, que ya es buena señal. El médico dice que le quitarán la sedación a media mañana y una vez que despierte y le examinen, nos podrán decir algo más.

—No has ido a trabajar, entiendo...

—No, he llamado al ayuntamiento y me han dicho que puedo cogerme los días que necesite, que no hay problema.

—Me alegro. Oye, si quieres que vaya después de comer a hacerte compañía, me avisas.

—Está tu hermana por aquí. Empezó anoche su turno de veinticuatro horas de guardia y al enterarse de que Álvaro estaba ingresado, vino en sus pequeños descansos a darme conversación. La verdad es que se lo agradezco.

—Entonces estás en buenas manos. Voy a seguir trabajando un poco. Cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo?

—Sí. Gracias, Julieta, por todo —me dice con el tono de voz de quien está a punto de llorar.

—Para eso estoy, tonta, para ayudarte y apoyarte, como siempre.

—Lo sé, y si no fuera por ti y tus padres...

—Anda, no seas boba, ahora lo más importante es que nuestro poli se ponga bien y cuando esto pase nos tomamos unas copas a su salud, ya verás.

—Sí, seguro que en cuanto salga del hospital querrá comida decente —dice riendo.

—Ni lo dudes, a eso que dan allí no se le puede llamar comida. Cuídate, ¿sí?

—Lo haré. Un beso, preciosa.

—Chao, guapa.

Regreso a la oficina con un café para Lorenzo y otro para Sergio, llamo a la puerta del despacho y entro dejándolos en el escritorio.

—Julieta, tienes que modificar la agenda de la próxima semana —me pide Lorenzo—. La última reunión del miércoles a la una la han cambiado para ese mismo día, pero a las cuatro.

—Bien, ahora mismo lo modifico, jefe —dije asintiendo.

Busco en la agenda la reunión que me ha dicho y hago los cambios, cuando le salta a Lorenzo en su agenda, me manda un mensaje instantáneo por la red de la empresa confirmando que lo ha recibido y sigo con mi trabajo.

Hay algunos clientes nuevos que Lorenzo quiere valorar y ver qué necesidades tienen para darles el mejor servicio a cada uno, así que hago un breve informe con sus datos, lo que han consultado y lo que están pagando actualmente en otras empresas para que les lleven todo el tema publicitario.

La mañana ha ido pasando relativamente rápida, Lorenzo acabó su reunión con Sergio y cuando llegaron los clientes les atendió durante una hora.

Estíbaliz me mandó un mensaje, quería tomar café conmigo así que allá que voy camino de su despacho con dos vasos de nuestro chute de energía.

—Aquí está el café —dije sonriendo y entrando en su despacho.

—¡Hola! Pasa, siéntate. ¿Qué tal estás? —pregunta cogiendo el vaso que le ofrecía.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien. No te agradecí el detalle de las cositas de *Swarovski* que me trajisteis de Viena. Es todo precioso y la de *likes* que tienen esas fotos, ¡ni te imaginas! —dice emocionada.

—A mí no tienes que agradecermelo, lo compró tu hermano.

—Sí, lo sé, pero porque tú le dijiste que es mi marca favorita. A ver, que está harto de ver mis fotos, incluso de hacérmelas él, pero dudo que alguna vez se haya fijado de dónde son las joyas que uso.

—Claro que se fija, solo que no lo dice.

—Bueno, el caso es que yo te lo agradezco a ti porque fuiste quien le dijo que me comprara algo. ¡Ah! Y esa bola de nieve, ¡es divina! Una monada, de verdad.

—Me alegro que te guste. La verdad es que el viaje fue... mágico. No sé cómo explicarlo.

—Vinisteis los dos más relajados y, si me permites decirlo, aún más enamorados —aseguró sonriendo—. Mi hermano está más feliz que nunca, de verdad. No le había visto jamás tan pendiente de una mujer.

—No sé si será cierto lo que dices, pero por el momento estamos bien así que con eso es con lo que yo me quedo.

—Claro que es cierto, Julieta, te puedo asegurar que en ti ha visto ese algo que no encontró en otras, vamos, que vas a ser mi cuñada durante mucho tiempo, creo yo.

Iba a contestarle cuando mi teléfono me lo impide. Veo en la pantalla que es mi madre quien me llama y me extraña, puesto que no suele llamarme a no ser que sea una emergencia.

—Dime, mamá.

—¡Julieta! —grita llorando, lo que hace que me ponga en pie rápidamente— ¡Julieta, tu padre!

—¿Qué le pasa a papá, mamá? —pregunto, ya nerviosa y prácticamente temblando.

—¡Un infarto, le ha dado un infarto!

Esas palabras me caen como un jarro de agua fría. Mi padre está bien de salud, siempre lo ha estado. Creo que ni siquiera recuerdo una vez en la que haya tenido un simple resfriado.

Salgo corriendo del despacho de Estíbaliz y la escucho caminar detrás de mí. Ni siquiera me paro a esperar el ascensor, subo por las escaleras tan rápido como puedo con los tacones y voy a mi escritorio para recoger todas mis cosas.

Entro como si de un huracán se tratase y por el rabillo del ojo veo a Lorenzo ponerse en pie y salir. Le pregunta a Estíbaliz y ella tan solo se encoge de hombros.

Mi madre ha seguido diciéndome que ha sido de repente, que estaba en el sofá y le escuchó desde el dormitorio que la llamaba.

—Mamá, tranquila, ¿has avisado a una ambulancia?

—Sí, están llevándose a tu padre ahora.

—Vale, voy ya para el hospital, ¿de acuerdo? Susy está allí, no vas a estar sola, ¿me oyes?

—Sí, hija, no tardes, pero ten cuidado con el coche, que no quiero más sustos.

—No te preocupes, ya mismo me tienes allí. Te quiero, mamá.

Cuelgo la llamada y escucho a Estíbaliz preguntar qué ha ocurrido, cuando les doy la noticia Lorenzo me coge de la mano diciendo que él me lleva, que no me va a dejar conducir en este estado de nervios en el que me encuentro y yo se lo agradezco porque, aunque sé que llegaría al hospital, estoy temblando tanto, que dudo siquiera ser capaz de meter la llave en el contacto del coche.

Estamos a punto de salir para ir al ascensor cuando vemos que se abren las puertas y aparece Abril, mi peor pesadilla, con un periódico en la mano y una sonrisa en los labios.

—Abril, no tengo tiempo para tus tonterías. Creía que había quedado claro que no quería saber nada más de ti —dice Lorenzo sin soltarme la mano.

¿Cuándo ha hablado con ella? No me ha comentado nada. ¿Sería durante nuestro viaje a Viena?

¿O cuando volvimos?

—¡Oh, Loren!, creo que sí tienes tiempo para esta pequeña tontería mía —aseguró sin perder la sonrisa.

—A ver, estúpida con extensiones —le dice Estíbaliz cogiéndola del brazo para que se aparte —. Que te vayas, que tenemos prisa.

—¡Suéltame, niñata! —grita Abril de malas formas y dándole un manotazo.

—Si vuelves a tocar a mi hermana, te arrepentirás de hacerlo —le dice Lorenzo con los dientes apretados.

—¡Ay, Loren, Loren, Loren...! Qué engañado te tiene tu secretaria. ¿Sabes que la empresa en la que trabajaba se fue a la quiebra? —pregunta y yo sentí que el suelo empezaba a temblar y resquebrajarse bajo mis pies.

—Sí, lo sé. El tipo tenía un mal socio.

—Y ese socio, una magnífica secretaria —responde ella señalándome.

—Abril, en serio, tenemos que ir al hospital, el padre de Julieta...

—¡Vaya! Entonces ya ha debido ver la noticia. ¡Qué eficiente es la gente cuando le das un poquito de dinero! —sonríe ella aún más ampliamente, con una de esas sonrisas cargadas de malicia.

—¿De qué coño estás hablando, Abril? —pregunta Lorenzo, gritando tanto que vi salir a Sergio de su despacho.

—¿No has leído el periódico hoy? Muy mal, Loren, en el apartado de economía hay noticias muy interesantes —responde ella poniéndole el periódico con un golpe en el pecho.

Lorenzo lo coge y veo que está abierto justo en la noticia que ella quiere que todos sepamos.

El suelo parece abrirse cada vez un poco más y cuando veo mi nombre, el de la empresa donde trabajaba y que me acusan, de manera oficial, de ser la cómplice del socio del dueño en el robo del dinero, el mundo se me cae encima.

Meses con esa incertidumbre, esperando que nunca llegara esta noticia, que jamás se hiciera oficial esa maldita sospecha infundada.

Pero ahí está y Lorenzo cuando acaba de leerla me mira con el rostro del hombre que se cabreaba en mis primeros días de trabajo.

—¡¿Qué significa esto, Julieta?! —pregunta gritando al tiempo que agita el periódico frente a mí.

—Es mentira, te lo juro, yo no hice nada, Lorenzo, de verdad.

—No es eso lo que dice aquí —vuelve a agitar el periódico.

—¿Vas a creer lo que dicen ellos y no a mí? Te digo la verdad, es mentira. Yo era la secretaria del socio de mi jefe, sí, pero no hice nada, ni siquiera sabía que él estaba robando dinero. Lorenzo... llevo meses con esa mierda a mis espaldas, pero no es cierto. Estaban investigando, sí, pero aún tengo que hablar de nuevo con quienes llevan el caso, de verdad, es mentira, pero la prensa es así, quieren carnaza y yo soy el eslabón más débil de todo ese circo. Tienes que creerme, por favor —le suplico, aguantando las lágrimas.

—¿Que te crea, dices? Dime, Julieta, ¿cómo voy a creer lo que me dices, si llevas mintiéndome desde que entraste en mi despacho el día de tu entrevista? —pregunta y frunzo el ceño al no saber a qué se refiere.

—No te entiendo...

—Ah, ¿no? Bien. Hablemos de tus hijos —dice y siento un mareo. ¿Lo sabía? ¿Lo había sabido todo este tiempo? — ¿Pretendes que te crea ahora, cuando me mentiste diciéndome que eras viuda

y madre de trillizos? Dime, Julieta. ¿Debería creerte ahora? No son tus hijos, si no los sobrinos de tu mejor amiga.

—¿Cómo has...? —intenté preguntar, pero no me dejó.

—Tu cuñado, Víctor, es mi amigo, ¿o lo has olvidado?

Supuse que podrían haber hablado del tema, pero me convencí de que tal vez no hubiera sido así. Cierro los ojos, hundida al ver el odio que hay en los suyos.

—Iba a contártelo, de verdad.

—¿Cuándo? ¿El día que me presentara con los papeles de su adopción para darles mi apellido? Porque estaba dispuesto, te aseguro que sí, porque te quería, Julieta.

—Lorenzo...

—¡No! Basta de mentiras. ¿Qué pensabas, que no me enteraría de esto también? —agitó el periódico una vez más antes de lanzarlo sobre mi escritorio— Julieta, las mentiras tienen las patas muy cortas, ya deberías saberlo.

—¡Lo siento! Lo de los niños solo fue una mentirijilla, necesitaba el trabajo y pensé que si te daba un poco de pena...

La carcajada que sale de sus labios resuena en toda la planta. Miro alrededor y veo a Estíbaliz llorando, mientras Sergio me mira con algo parecido a la compasión.

Abril, sin embargo, está sonriendo como quien se sabe vencedora en esta guerra, con los brazos cruzados sobre sus pechos plastificados.

—Pregúntale a Víctor, por favor, Lorenzo —le pedí, suplicándole como nunca antes en mi vida. No podía perder al hombre del que me había enamorado por una tontería.

—Dime la verdad, por una vez. ¿Lo de Viena significó algo para ti? Estos días, ¿han significado algo, siquiera?

—¡Sí, claro que sí! —grito, porque no quiero que ponga en duda que habían sido unos días maravillosos—. Lo significa todo, Lorenzo, de verdad. Tú lo significas todo para mí.

Se queda callado unos momentos, mirándome y mantengo la esperanza de que se arrepienta, de que se retracte de sus palabras, pero me sorprende cuando vuelve a hablar.

—No puedo creerte.

Me niega la mirada, apartándola y dirigiéndola al periódico que está sobre mi escritorio.

—Dame al menos el beneficio de la duda, por favor —suplico, pero al mirarme veo la determinación en sus ojos—. Lorenzo, dijiste que habría un nosotros, querías tener una familia conmigo.

—¡Ay, por favor! —grita Abril—. A mí me prometió amor eterno la primera vez que nos vimos y ni siquiera nos habíamos acostado. De verdad, tienes que aprender que los hombres mienten para poder follarnos después.

—¡Tú te callas, vieja loca! —grita Estíbaliz, interviniendo por primera vez en la conversación.

Miro a Lorenzo, esperando que me diga algo, lo que sea, pero que me crea. Necesito que me crea.

—Cuando supiste para quién trabajarías debiste alegrarte, también querías mi dinero, ¿verdad? Eres como todas, como cada mujer que se ha acercado a mí en estos años en busca de mi fortuna. Eres como Abril, una zorra sin escrúpulos que juega con los demás para conseguir lo que quiere.

¿Es posible que el corazón se rompa en cachitos? Porque creo que es lo que acabo de sentir cuando Lorenzo me dice esas palabras sin apartar los ojos de mí, unos ojos cargados de furia y odio.

Tengo ganas de llorar, me he mantenido firme hasta ahora porque no quería que me vieran

hundirme un poco más en la miseria, pero no puedo controlar una lágrima que cae y que aparto rápidamente con toda la rabia que tengo ahora.

No lo pienso, voy a mi escritorio y tiro contra el suelo con todas mis fuerzas la *tablet*, el portátil y el móvil que me regaló cuando fuimos a Viena. ¿Cree que quería su puta fortuna? ¿Se atreve a compararme con “Lady extensiones”?

—¿Eso es lo que piensas, maldito gilipollas? —grité quitándome los pendientes de *Swarovski* y tirándoselos a la cara, igual que hice con el anillo y la pulsera del conjunto—. ¡No tienes ni idea! —Me arranqué el colgante para lanzarlo, dándole de lleno en la nariz—. ¡Eres un imbécil! Crees a la prensa, aun sabiendo que han mentido con tus putas aventuras amorosas cientos de veces, en vez de a mí, a la mujer con la que has compartido algo más que días de trabajo. Te vas a arrepentir, Lorenzo Andrade, te aseguro que te vas a arrepentir de esto. Llegará el día en que tengas que tragarte tus palabras, que vengas arrastrándote a mí para que te perdone y te juro que te va a costar que lo haga. Que se te grave bien en la puta cabeza, que Julieta Molina es inocente de lo que le acusan los carroñeros de la prensa.

Escucho sonar mi teléfono y me recrimino mentalmente por haber perdido el tiempo aquí, en vez de ir al hospital donde mi madre me espera mientras mi padre no sé ni cómo se encuentra.

Paso por el lado de Lorenzo y me coge por la muñeca, me giro para mirarle y con los dientes apretados da la estocada final para provocarme la muerte.

—Se ha terminado, lo nuestro acaba aquí y ahora. No vuelvas a la oficina, también estás despedida.

Trago saliva, me aguanto las ganas de escupirle en la cara, pero soy una señorita, tengo una educación y no voy a rebajarme a eso. Recuerdo el anillo con tres pequeños diamantes que me regló en Viena. Ese con el que me pidió que le prometiera que intentaríamos tener un futuro juntos.

—No se preocupe, Don Lorenzo, que no pondría un pie en su empresa ni, aunque mi vida dependiera de ello —me quito el anillo y se lo dejo en el pecho con un golpe seco—. Un futuro juntos, me pediste —susurré—. Pues ese futuro y tú podéis iros a la mierda, o a tomar por culo, si te place más.

Me suelto, miro a Estíbaliz que no ha dejado de llorar y es ella quien me sorprende antes de marcharme dándome un abrazo.

—Yo te creo, Julieta —susurra entre sollozos—. De verdad que sí.

—Gracias, mi niña —digo dejando que las lágrimas afloren al fin.

Me seco las mejillas antes de apartarme y al pasar por delante de Abril, la educación que tengo se evapora unos instantes, los justos para darle una bofetada a mano abierta, haciendo que el golpe seco resuene en el silencio que reina el espacio que nos rodea a los cuatro.

—Eres la mayor hija de puta que alguna vez me he echado a la cara —le digo mientras veo cómo se frota la mejilla donde sin duda, se le va a quedar la marca de mi mano durante un tiempo—. Espero que el karma sea sabio, y que ese pobre hombre al que llamas marido, se entere de la clase de golfa con la que se casó. Dime, los hijos que tienes, ¿realmente son suyos, o del chófer?

La escucho soltar un grito por la sorpresa y, sin saber nada de lo que esta mujer haga en su vida, creo que he dado en el clavo, le endosó a un hombre veinte años mayor que ella unos hijos que no son suyos. Miro a Lorenzo, que se queda mirándola con los ojos como platos y lo único que me sale hacer es decirle unas últimas palabras.

—No, no piense que yo soy como esta mujer porque jamás le haría algo así a un hombre y menos al que ame de verdad.

Mientras espero que el ascensor llegue, oigo a Estíbaliz pedirle a Sergio que me acompañe,

que no me deje sola y que me lleve al hospital, pero me giro a mirarlos y niego con la cabeza, no necesito que nadie me acompañe ahora mismo. Quiero estar sola, quiero llegar cuanto antes junto a mi madre, ver a mi padre y saber que está bien.

Entro en el ascensor y antes de que las puertas se cierren escucho hablar a Lorenzo.

—¡No! Vete, Abril. Sal de mi oficina y no vuelvas. No quiero verte jamás en mi vida, ¿me has oído? Y ten por seguro que no voy a permitir que juegues con otros hombres como has hecho conmigo.

Sola en este pequeño habitáculo me apoyo en la pared con los ojos cerrados y dejo que las lágrimas se deslicen por mis mejillas.

Lo he perdido, he perdido a Lorenzo por no haberle sido sincera, pero, sobre todo, porque él no ha querido creermelo.

Sabía que esto podía pasar, que la bomba estallaría en algún momento y que mi secreto acabaría salpicándome.

Llego al hospital y voy a la zona de urgencias donde me han indicado que está mi madre. Al verme, se lanza a mis brazos igual que mi hermana.

—¿Cómo está? —pregunto, pero por la cara de ambas sé que he llegado tarde. Que mi padre se ha ido y ni siquiera he podido despedirme de él

Que lo último que ha visto es el nombre de su hija en un periódico en el que la acusaban de algo que él bien sabía que no había hecho, pero un susto como ese, por muy fuerte que uno sea, no hay corazón que lo resista.

Lloro con mi madre y mi hermana, las tres abrazadas sabiendo que hemos perdido nuestro mayor pilar en la vida, que se ha ido el marido más bueno y el mejor padre que alguien podría desear tener.

Noto unos brazos rodeándome la cintura y al apartarme de mi familia veo a mi mejor amiga, que también está llorando y me lanzo a sus brazos.

Dejo que salga toda la rabia que he contenido en la oficina, que el odio que siento hacia Abril se aleje de mí, porque esa mujer ha sido la encargada de que mi padre viera el periódico. Cómo lo ha hecho, no tengo ni la menor idea, pero ha conseguido quitarme al hombre que de verdad siempre ha sido, y será, el más importante de mi vida.

—Julieta, pensé que vendrías con Lorenzo —me dice mi hermana—. Avisé a Víctor y me dijo que había recibido un mensaje tuyo, que venía contigo.

—No va a venir, Susy. Ni ahora, ni nunca. Lo que sea que hubiera empezado entre nosotros se ha acabado hoy. También me ha despedido, así que vuelvo a estar en el paro —confieso.

—Hija... —Mi madre me abraza de nuevo— Lo siento mucho, mi niña.

—No pasa nada, mamá. Ya encontraré otro trabajo y, además, hay más hombres en el mundo, no se acaba todo en Lorenzo Andrade.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó Marina.

—Lo que podía pasar y yo temía que así fuera —miré a las tres mujeres que me rodeaban esperando que hablara y finalmente lo hice—. El secreto de Julieta ha visto la luz.

Las tres saben a qué me refiero, ese secreto que les pedí a ellas y a mi padre que no le contaran a nadie, incluso a mi cuñado Víctor le supliqué que lo obviara cuando hablara con la gente a la que conocía y que pudieran darme un trabajo. Él aseguró que no lo haría y después de hoy sé que se lo ha callado sin contarle nada a su mejor amigo.

Ahora espero que, igual que ha guardado silencio, que hable con Lorenzo y le cuente que todo lo que dicen de mí es mentira, que me crea a mí y no a la prensa que a veces lo único que hacen es

manchar la imagen de las personas.

Sí, mi secreto ha visto la luz, ahora todo el mundo sabe quién es Julieta Molina, pero llegará el día que todo se aclare y la verdad calle las bocas de quienes ahora me criticarán a sus anchas.

Un secreto me ha llevado a perderlo todo, pero la verdad me hará limpiar mi nombre, lo juro por la memoria de mi padre.